(Detalle de una capilla de la Catedral de Murcia.)

ESTUDIOS HISTORICOS

SOBRE LAS BELLAS ARTES EN LA EDAD MEDIA.

ARQUITECTURA.—SIGLOS XIII—XIV—XV.

III.

..... Spirit of Free Masonry.....
HUTCHINSON.
.....Alors quiconque naissait poëte se faisait architecte....
V. Hugo.

Estátua del siglo XIII.

Grande alteracion y trastorno trajo á la Europa, en el último tercio del siglo XII, el movimiento democrático de las ciudades que por su saber, industria y comercio habian adquirido mas importancia social, y que exigian ámplias franquicias y derechos. Los ciudadanos y aun los pecheros empezaron á tomar gran parte de poderío y á influir del modo mas activo en los hechos políticos de los estados. Desde aquel momento comenzó á manifestarse en toda su fuerza ese esclarecimiento popular que puso coto á las demasías de los monarcas, y que detuvo al feudalismo en su atrevido vuelo.

Esto no obstante, un número considerable de historiadores reconoce como patrimonio del siguiente siglo, la noble autoridad y la unidad absoluta del poder teocrático; pero creemos que del estudio filosófico y detenido de la sociedad en dicha época, resulta todo lo contrario. No hay duda que el gran órden moral que regia á los pueblos habia sido fundado por la Iglesia; no hay duda que las doctrinas sublimes que el clero habia predicado germinaban vigorosamente y producian muy sazonados frutos; pero, si nos es permitido espresarnos así, el cristianismo se secularizó: la ejecucion práctica de los dog-

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

mas enseñados anteriormente, la fé, la caridad que Jesus habia traido al mundo, brillaron en las sociedades democráticas y seglares de un modo mucho mas eficaz que en el seno del sacerdocio. La supremacía eclesiástica que habia ejercido largo tiempo su celosa tutela sobre la sociedad cristiana, terminó con Inocencio III; y todos los hechos notables de la historia del siglo XIII manifiestan claramente que el espíritu de libertad política se desarrollaba en casi todos los pueblos de la Europa. Alfonso X de Castilla protegia mas á la ciencia que á la nobleza y al clero; el Dante anatematizaba á los tiranos; el poder del derecho canónico, el mas robusto auxiliar de la Iglesia, desapareció en Francia ante las sábias leyes de San Luis; en Inglaterra el Rey Juan otorgó la *Magna Carta* en 1215, y las Cruzadas que habian hecho prevalecer la autoridad del Papa sobre los poderes temporales, se terminaron en dicho siglo.—El clero que casi siempre habia prestado apoyo á la aristocracia, y que tambien señor á su vez, habia hecho pesar sobre el pueblo duro y caprichoso yugo, hallábase en esta época naturalmente mal quisto y desacreditado. Los Monasterios habian sido hasta entonces los santuarios de las ciencias y las artes, pero las grandes riquezas que adquirieron embotaron su actividad intelectual. Perdido el respeto á la sublime religion que profesaron, la soberbia, la gula, el abandono, hallaron acogida en las santas y venerables bóvedas de los claustros, y los principios de la ciencia y el cultivo del arte, fueron totalmente dados al olvido. Necesario es confesar que este estado deplorable no duró largo tiempo y que muchos religiosos, que se conservaron puros de tan peligroso contagio, hicieron en diferentes concilios, y á veces con grande éxito, todos los esfuerzos imaginables para reformar semejantes abusos.

Entretanto las nuevas ideas sobre las necesidades y y deberes de la sociedad, nacidas por su constante progreso, quedaron desconocidas á los monjes, que si alguna vez tomaban parte en el movimiento del siglo, era solo para manifestar la mas imprudente hostilidad. Desde entonces las artes no brotaron ya del seno de la Iglesia que las habia cultivado durante la minoría, por decirlo así, de los pueblos cristianos, y en aquel momento aparecieron simultáneamente y como por milagro una multitud de artistas seglares que consiguieron dar al arte otra forma mas bella, otra espresion mas adecuada.

Ya hemos dicho en nuestro primer artículo que la arquitectura sacerdotal, hija de la bizantina, y cuyas tres variedades mas marcadas son los estilos llamados sajon, lombardo y normando, era una arquitectura exótica que nacia mas bien del dogma que del suelo donde se cultivaba; que no habia sido inspirada por la fé y las costumbres de los pueblos que recorria: reinaba siempre por derecho de conquista eclesiástica y no tenia otro principio, otra raiz que la Iglesia y los cánones. La mayor parte de los elementos que componian esas construcciones eran restos y reminiscencias del paganismo, y los que no eran paganos manifestaban á primera vista su orígen bárbaro y rudo. Pero á principios del siglo XIII la arquitectura se lanzó repentinamente fuera del [illegible] tradiciones gentiles, y ese violento empuje fué dado por artistas seglares, que reunidos en numerosas asociaciones, tomaron sobre sí el noble empeño de regenerar y purificar el arte.

Los miembros de estas sociedades se llamaron *Franc-masones* ó constructores libres.

Desde antes del siglo IX existian en Inglaterra grandes asociaciones cuyos miembros eran pobres albañiles, canteros y tallistas que trabajaban á las órdenes de los monjes y que se coligaban para prestarse mútua proteccion y asistencia en las enfermedades y en la miseria. Las mismas sociedades se habian creado espontáneamente en casi todos los pueblos de Europa; pero en el siglo X tomaron un carácter mas importante, pues no solo se reunian ya con el fin de socorrerse y ayudarse, sino mayormente para que cada miembro que descollaba en la ciencia arquitectónica enseñase sus secretos á los demas, consiguiendo de este modo el mayor progreso y engrandecimiento.

El mas antiguo documento que nos han legado es la *Gran Carta* ó constitucion de las lógias masónicas de Inglaterra escrita en el año de 926, y conservada en Lóndres en los archivos de la *Gran Lógia* (1). Tambien hemos tenido ocasion de ver en una biblioteca de Oxford una copia hecha en tiempos de Enrique VI de otro precioso libro que se compone de cuestiones sobre el orígen, esencia y objeto de las referidas asociaciones.

Se ha creido siempre que las misteriosas sociedades masónicas de la edad media eran solo formadas por fanáticos políticos con pretensiones de justicieros, que se proponian conspirar y cambiar el órden social existente entonces, para entronizar gobiernos de una perfeccion ideal, y por lo tanto imposibles; y que se ligaban en semejante confraternidad, y tenian sus reuniones envueltas en el mas profundo misterio para no ser sorprendidos en sus temibles maquinaciones, y defraudados en sus miras de reforma. Los Franc-masones han sido comparados frecuentemente con los Caballeros andantes, cuyo singular objeto de proteger á los desvalidos y de reparar las injusticias humanas ha hecho y aun hace reir á tanto filósofo estóico, y sin duda con justicia, si se atiende al ridículo y lastimoso estado en que hoy se hallan todas las sociedades secretas y cuyos desvaríos nos ha revelado hace poco M. Clavel en su *Historia de la Franc-masonería*, la cual, sea dicho de paso, es mas bien una relacion de su estado actual, que una verdadera historia de sus diversas fases y vicisitudes.

Esto no obstante, del exámen detenido de los escritos citados que nos quedan de la edad media, resulta que los secretos principales de esas sociedades consistian especialmente en los elementos de las artes, y sobre todo en los del estudio de la arquitectura, basados en el conocimiento de las propiedades matemáticas. Allí se vé claramente que las referidas reuniones solo tenian por

(1) La *lógia* es un nombre, de origen lombardo, á lo que creemos, que fué dado primitivamente á la habitacion del arquitecto próxima al edificio cuyos trabajos dirigia. Despues llamaron asi á los cuerpos de Franc-masones residentes en un mismo punto y regidos por los mismos gefes y leyes.

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

eto la enseñanza de los métodos mejores que era necario adoptar para *formar las bóvedas*, para *edificar los umentos*, y en general para todo lo que dice relacion rte de construir. Consta asímismo en dichos documtos, y en otros muchos cuya enumeracion omitinos, que los miembros de estas cofradías eran iniciaen sus periódicas reuniones, en el *conocimiento prondo de la naturaleza*, en *las propiedades de la fuerza e ella encierra*, en *los efectos de esta fuerza*, pero *prinpalmente* en *las ciencias de los números y medidas*. ambien se hace mencion allí de la *combinacion de las rmas*, de la *eleccion de las figuras* cuyo *eterno modelo* de e siempre ser la *variada naturaleza*. Se exigia el secreto todoslos miembros sobre el modo de utilizar estos conoimientos para *bien de la humanidad* y sobre todo *en sus plicaciones diversas á todo género de construcciones;* y se daba como móvil razonable para guardar dicho secreto y depositar en solo cierto número de iniciados los principios de la ciencia, el conservarlos fuera del alcance del vulgo que las hubiera profanado y corrompido. Uníase ademas á este fin el que no les hubiera sido lícito, aunque lo hubieran querido, hacer públicas sus doctrinas durante largo tiempo por temor de incurrir en los terribles castigos con que les amenazaban los partidarios de las rancias costumbres y del monopolio sacerdotal; pues es cierto y la historia lo prueba con muchos ejemplos, que los esfuerzos hechos por los láicos para cultivar cualquier ramo del saber humano, fueron mirados por la Iglesia como peligrosos y hostiles y con su inmenso poder logró impedir á los arquitectos seglares, el que ejerciesen abiertamente sus talentos, y solo cuando se desvaneció la supremacía del poder temporal de la Iglesia, y cuando el pueblo supo adquirir una posicion en el seno de la sociedad los artistas seglares fueron protegidos.

Por último, en la fórmula donde se recomendaba el secreto á los masones, se anunciaba claramente el fin que se proponian, pues dicen los libros que se prohibia severamente el que se revelase á los no iniciados, el *arte de dar á las piedras el corte y figura que debieran tener en su empleo*, y el *arte de la composicion y combinacion armónica de las bellas formas*.

Los paises donde mas se agitó este espíritu de asociacion y de reforma artística, fueron los habitados por los anglo-sajones (pueblo, que es sabido fué el que conservó mas largo tiempo y mas fielmente el carácter de las razas germánicas) y la cofradía de York es la primera que nos consta haber sido organizada legislativamente, pues su curioso código que estableció gerarquías, tradiciones etc., data como hemos dicho desde los años 926.

En 1066 la batalla de Hasting puso sobre el trono de la Inglaterra una nueva dinastía y un inmenso número de sajones, entre ellos muchos sábios constructores, no pudiendo soportar el nuevo yugo, emigraron á paises estrangeros. Los unos partieron á Flandes, otros á la Frisia y á los paises sajones de las orillas del Elba, y otros en fin llegaron hasta Constantinopla. En todas partes encontraron proteccion asilo, principalmente en los conventos fundados por los escoceses en Francia y Alemania, donde aun se conserva grande amor á los hábiles artífices. Poco despues estos emigrados promovieron en casi toda la Europa nuevas sociedades de constructores, comunicándolas el singular entusiasmo de que ellos estaban animados por la reforma y regeneracion de la arquitectura.

Mientras que el clero construyó esclusivamente los edificios religiosos, los Franc-masones estuvieron dedicados á la arquitectura doméstica y aun á la militar; pero llegó un tiempo en que robustecidas por el mas perseverante y asíduo cultivo de las artes, apoyadas en su inmenso saber, esas comunidades aspiraron á dirigir tambien la construccion de los templos. Gran número de Príncipes y magnates movidos, ya sea por deseos de vengar las antiguas injurias recibidas del poder teocrático, ya por mero espíritu de revueltas, ya por verdadero amor al progreso de la arquitectura, brindaron á las tentativas de los Franc-masones con firme y poderosa proteccion.

En medio de su degradacion y decadencia el clero se manifestó sumamente hostil y pretendió conservar siempre el antiguo monopolio que habia ejercido hasta allí de los secretos científicos: entonces empezó entre los artistas láicos y sacerdotales una guerra sorda en verdad, pero tenaz y prolongada, que duró hasta mediados del siglo XIII, terminando por la transacion entre los partidos rivales.

El arco apuntado fué la forma que adoptaron los Franc-masones para que fuese el signo de la oposicion, el estandarte de la rebelion, el emblema de la libertad artística, y en la vigorosa competencia quedó la victoria por la ojiva, por la forma que tendia á elevarse al cielo.

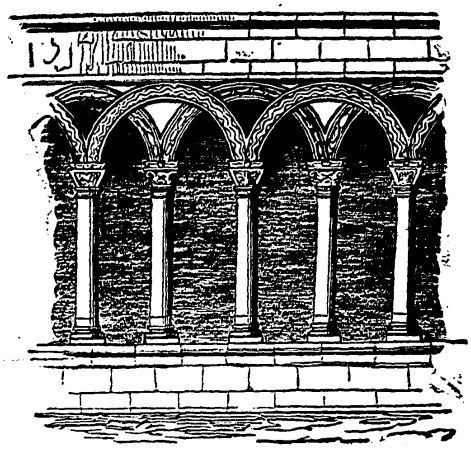
Ha llamado la atencion de muchos arqueólogos el que, salvo algunas ligeras aplicaciones del arco apuntado hechas en el siglo XII en varios edificios del estilo anterior, la arquitectura gótica apareciese desde luego robusta y formada en todas sus partes: fué sin duda la causa de este fenómeno, el que se estuvo elaborando secretamente y no vió la luz del dia hasta que pudo ostentarse en medio de la lucha, grande y magestuosa, brotando del seno de las comunidades masónicas, como Minerva de la cabeza de Júpiter, completamente armada para asegurar el triunfo.

Ya hemos dicho que el arco apuntado era muy conocido desde tiempos remotos en todos los paises que habian tenido arquitectura; pero un sistema lógico, razonado en todas sus partes, en todos sus detalles, con leyes fijas é inviolables, no se vió hasta principios del siglo XIII.

En muchos monumentos de la edad media pertenecientes á los estilos normando, sajon y lombardo se encuentran con harta frecuencia, ya como ornamentacion, ya como construccion, pero nacidos siempre del mero capricho, muchos arcos de medio punto, enlazados entre sí, que forman en sus intersecciones una larga série de ojivas; la viñeta del márgen tomada de una galería del siglo X lo indica claramente (1).

(1) Muchos arqueólogos y entre ellos los célebres D. Lysons (Magna Britania.)—J. Milner.—W. Vilkins.—J. Carter y J. G. Busching, han creido que los casos mencionados fueron los que dieron la idea de un nuevo sistema de arcos y causaron la formacion de la arquitectura llamada gótica.

© Biblioteca Nacional de España



Siendo uno de los principales distintivos de la arquitectura gótica esa tendencia á elevarse atrevidamente, cuyo móvil dejamos manifiesto en nuestro primer artículo, es muy natural que los Franc-masones en su calidad de escelentes constructores echáran mano de esa forma de arcos, pues bien debian ya conocer la virtud que encierra de hacer descargar el peso de las masas elevadas sobre ellos hácia los apoyos laterales, cualidad que no posee tan en alto grado el arco de medio punto, cuyo empuje central es enorme. Ademas el arco piramidal implicando en sí el triángulo equilátero, símbolo tradicional del Misterio de la Trinidad en las antiguas religiones del Norte, los arquitectos sajones, primeros motores de la revolucion de la arquitectura aplicaron en los templos de la nueva religion que profesaban, y que les enseñaba el mismo dogma, esa forma que traia á su mente reminiscencias vagas y poéticas de los mitos y consejas que les habian sido inculcados en su infancia.

En muchos monumentos de Francia y Alemania construidos por los Franc-masones, llama la atencion de todos los anticuarios el gran número de inscripciones en caractéres rúnicos de los que usaban los anglo-sajones en su escritura: esto hace pensar que las lógias inglesas no solo deben ser reconocidas como las mas antiguas, sino que al mismo tiempo son las que guardaban mas tradiciones de su orígen y mandaban mas artífices por Europa. Todas estas sociedades tenian correspondencia entre sí, y cuando se edificaba un templo se ayudaban mútuamente enviándose los miembros que mas descollaban. Desde el momento que el clero cedió en sus pretensiones, terminó la hostilidad de esos gremios de constructores contra el poder teocrático, pues los referidos artífices no habian sido nunca enemigos de la religion, de la Iglesia y de su autoridad; antes al contrario viéronse brotar de su seno grandes modelos de virtudes y de abnegacion cristiana. Nadie como ellos ha sabido imprimir en los templos ese fervor religioso del pueblo de la edad media; nadie como ellos ha sabido activar y sostener, pintar y reproducir en las obras del arte la antorcha brillante de la fé y de la esperanza.

La índole propia del arco apuntado manifiesta que esta forma y todo el sistema donde la línea vertical domina simpáticamente, ha sido engendrado en el Norte: el sentimiento de la armonía tal como le comprenden los pueblos meridionales, reside en la tendencia plana y horizontal: los edificios elevados en las bajas zonas no necesitan la techumbre inclinada y la elevacion que exigen las nieves, la humedad y la crudeza del clima septentrional; por esto no es estraño que veamos aparecer la arquitectura gótica en la baja Europa medio siglo mas tarde que en el Norte.

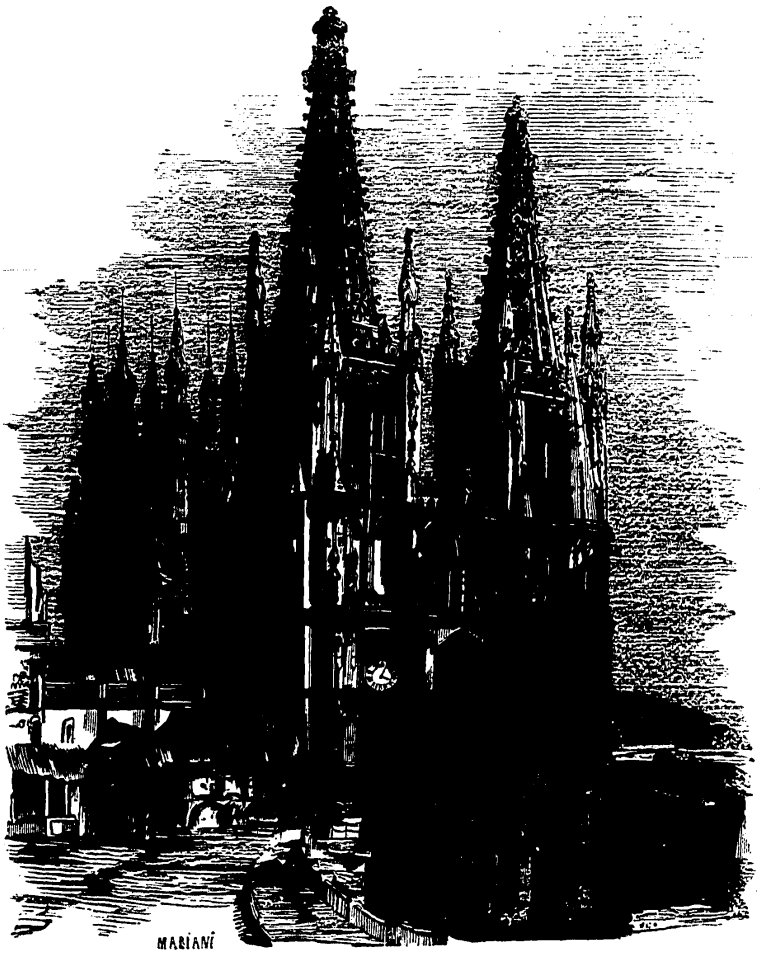
A pesar de la exactitud de estos hechos, nuestra España puede presentar á la admiracion de los artistas, modelos perfectos de ese estilo encantador, donde brillan con purísimos destellos las prendas mas celebradas de los entusiastas de la bella arquitectura religiosa. Las soberbias catedrales de Leon, de Toledo y de Sevilla, y la gallarda y delicadísima de Burgos, perteneciente en su mayor parte al segundo período de la arquitectura gótica, son poderosos testimonios de la veracidad de nuestro aserto. No hay duda que los bárbaros del Norte, y especialmente los godos que conquistaron nuestra patria en la época de la decadencia del imperio romano, modificaron nuestro carácter y prepararon el terreno para que posteriormente pudiésemos recibir y asimilarnos sin gran estrañeza las sublimes concepciones de los pueblos septentrionales; por eso nuestra genuina literatura tiene tal vez mas puntos de contacto con la alemana y la inglesa, que con la griega, la latina, la italiana y la francesa.

Pero volviendo á los Franc-masones, principal asunto del presente artículo, diremos que en la historia de Estrasburgo encontramos noticias positivas sobre dichas asociaciones.

Erwin de Steimbach, autor del pórtico y de una parte de la magnífica torre, es citado como *el primer arquitecto seglar* que haya recibido franquicias y privilegios del Emperador de Alemania, Rodolfo de Habsburgo, y habiendo sido autorizado para llamar cerca de sí otros artífices capaces de secundarle en el desempeño de su concepcion jigantesca, estableció entonces la lógia de Estrasburgo, que poco despues se constituyó regularmente por medio de una jurisdiccion particular, y solo de este modo logró mantener el órden y la tranquilidad en el gran concurso de operarios que trabajaron bajo sus órdenes. En 1278, el Papa Nicolás III, dió á esta lógia una bula de absolucion, renovada por sus sucesores, y últimamente por Benito XII en el siglo XIV. Yodoco Dotzinger, maestro de obras de la catedral, estableció en 1452 la mas estrecha alianza entre todas las lógias de Alemania, y en 1459 se formaron en Ratisbona los estatutos y reglamentos de la asociacion. Fué convenido que se creasen cuatro lógias principales en las ciudades de Estrasburgo, Colonia, Viena, y Zurich que tenian bajo su jurisdiccion una infinidad de otras lógias: baste decir que veinte y dos dependian solamente de la de Estrasburgo, y se hallaba estable-

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

cidas en la Suavia, Baviera, Franconia, Westfalia, Sajonia y Turinge. La lógia de Estrasburgo estendia su poder hasta Italia, y la de Colonia mandaba á todas las ciudades del Rhin. (1)



(VISTA DE LA CATEDRAL DE BURGOS.)

Grabada por D. M. Bobigas en el Establecimiento de D. Vicente Castelló.

Es indecible la prosperidad y movimiento que esas lógias comunicaron á la arquitectura; apenas hay ciudad en Europa que no haya heredado un magnífico monumento de los muchos que brotaron de tan activas inteligencias. Encerrados en una esfera cuya ley era el misterio y el secreto, los masones conservaron y aumentaron los conocimientos del hombre sobre la aritmética, la geometría, la mecánica práctica y la arquitectura, que estaban muy lejos de ser enseñadas al pueblo y que sin estas asociaciones hubieran corrido el riesgo de perecer por la incuria y negligencia de los monjes y la decadencia de los conventos. El mayor órden y el mas puro sentimiento religioso sostuvo y animó á estos gremios durante largo tiempo; pero á fines

(1) Los que deseen mas detalles sobre el punto de que tratamos en este artículo, pueden recurrir á las diversas obras sobre historia, arqueología y arquitectura de los sábios alemanes C. L. STIEGLITZ.—J. RUMOHR—J. A. FEIZLER y de los autores ingleses J. POWNALL.—A. LAWRIE *(The History of Free Masonry, drawn from authentic sources and informations)*—J. ANDERSON *(The new book of constitutions of the antient and honourable Fraternity of Free and accepted Masons)*—Los anticuarios L. VITET—H. FORTOUL—D. RAMÉE y A. GAUTHIER han propagado tambien en Francia las mismas ideas.

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

del siglo XVI empezaron á degenerar lastimosamente, hasta que por último la Dieta imperial los destruyó en 1731. Desde entonces casi todas las sociedades secretas que han pretendido hacer cualquiera reforma ó alteracion en el régimen social ó gubernativo de los estados, se han decorado con el nombre de Franc-masones confundiendo y aglomerando las mas ridículas ceremonias é incurriendo en el merecido desprecio de los hombres sensatos.

IV.

Tout se tient dans cet art venu de lui même, logique et bien proportionné. Mesurer l' orteil du pied, c' est mesurer le geant.

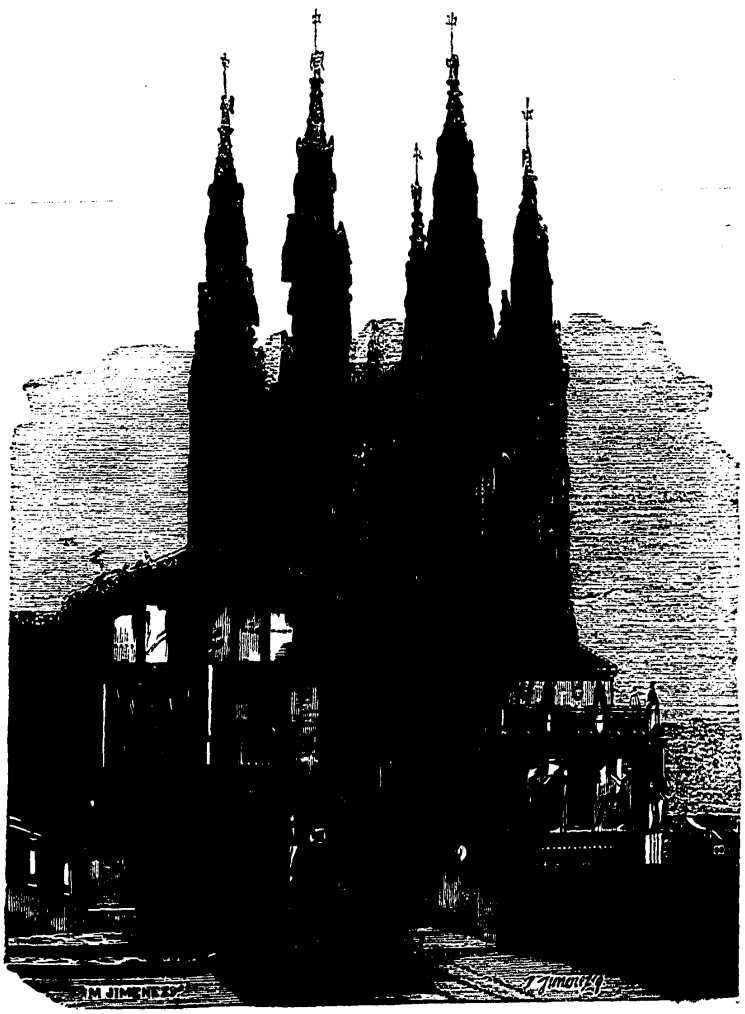
V. Hugo.

En nuestro primer artículo tratamos de describir á nuestros lectores las sublimes armonías, los efectos poéticos, la significacion moral de la arquitectura religiosa de la edad media, y despues de haber discutido en el segundo las opiniones mas acreditadas hasta aquí sobre su origen, dejamos manifestada en el último la historia mas conforme y verosímil y cuyos datos nos ha revelado la ciencia moderna de la profunda Alemania. Con sobrada rapidez en verdad hemos recorrido tan fértil y variado sendero y apenas nos hemos detenido para aspirar los perfumes de las frescas flores que le esmaltan; nuestros cuadros deben resentirse por lo tanto de cierta ligereza; pero exigiendo la historia concienzuda y severa del arte que nos ocupa, tal como nosotros la comprendemos, grandes y repetidos volúmenes, y siendo sumamente escaso el número de lectores que quisieran consagrar el tiempo necesario y que hallasen en ellos el interés sufi-

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

ciente para leerlos con atencion, nos hemos resuelto, no sin trabajo, á omitir hechos y reflexiones de la mayor importancia. Sin embargo, no queremos terminar nuestro bosquejo sin decir algo de la parte material del arte y de los elementos de que se han apoderado los artífices cristianos para producir conjuntos tan maravillosos.

Las investigaciones hechas por los filósofos modernos sobre la historia, y las artes de la edad media empiezan



(VISTA ESTERIOR DE LA CAPILLA DEL CONDESTABLE, EN BURGOS.)

Grabada por D. J. Gimenez, discípulo de D. Vicente Castelló.

á arrojar clara luz sobre el órden social y el estado de cultura de esa época, y todos van reconociendo con sorpresa, que los pueblos de los siglos XII y XIII no merecen en manera alguna los epítetos de rudos y bárbaros con que ligeramente se les califica, antes bien descuellan sobre las mas esclarecidas edades en todos los conocimientos donde mas lucen la nobleza, ingenio y dignidad de los humanos.

El lustre y perfeccion que adquirió la arquitectura y el cultivo constante de las numerosas ciencias y artes que abraza é implica, son los mas elocuentes testimonios del profundo saber de la edad media. Tan ligados estan con

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

la arquitectura, dice un escritor moderno, los sucesos de la vida humana, ya sea pública ó ya privada, que bien puede cualquiera observador volver á crear en su fantasía una nacion ó sus individuos con toda la verdad de sus usos y costumbres, examinando los restos de sus monumentos públicos ó investigando sus reliquias domésticas. La arqueología es á la naturaleza intelectual y social lo que la anatomía comparada es á la naturaleza orgánica; un mosáico revela toda una sociedad como un esqueleto de megaterio espresa toda una creacion; de una cosa se deduce otra; todo se halla encadenado; la causa hace adivinar el efecto, así como un efecto nos hace descender á su causa, y de este modo el hábil observador puede restaurar hasta lo mas imperceptible y recóndito de las antiguas edades.

Hay muchos arquitectos cuya ceguedad les ha arrastrado hasta creer que todos los elementos y ornamentacion de las construcciones bizantinas y góticas son imitaciones frustradas de los detalles griegos y romanos, y como realmente se alejan tanto de lo que ellos señalan como modelo, deducen de ahí, que los artistas de esas épo-

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

cas eran ineptos, declarados pues ni siquiera sabian copiar. Siempre nos han movido á risa tales propósitos ó despropósitos, por mejor decir, y mas en boca de los apóstoles del arte. Los constructores de la edad media, nunca nos cansaremos de repetirlo, no han pretendido jamás copiar ni imitar, y si lo hubieran intentado lo habrian conseguido sin duda mejor que muchos sábios arquitectos de este siglo de ilustracion y de crítica; pero muy al contrario, cualquier observador experto reconocerá que mas bien han tenido espreso y singular conato en romper con lo pasado, y en separarse de todo punto de las tradiciones gentílicas. Grandes desaciertos ha cometido toda clase de críticos por no penetrarse nunca de la intencion, ni situarse en el punto de vista de los artistas ó escritores. Tal que se ha propuesto pintar la imágen del Cid ó de Santa Isabel, ha sido tachado de poca semejanza en sus figuras con Diana ó Endimion: en los Angeles del cristianismo siempre han echado menos á los Cupidos de la Fábula, y no nos sorprenderiamos de verles un dia pedir estrecha cuenta á los griegos, por no haber imitado las formas góticas ó sarracenas. Sin embargo, las personas sensatas convienen en que el principal mérito de toda obra humana es el de la oportunidad y la simpática concordancia con la época y el clima en que haya sido creada. Pero volvamos á nuestro designio, del cual insensiblemente nos hemos separado.

La planta de los templos góticos aunque sufrió grandes cambios y alteraciones, permaneció siempre fiel á la forma tradicional producida por la combinacion ó reunion de la basílica con la cruz griega del Imperio de Oriente, lo cual formó la inmensa cruz latina de dos ó cuatro brazos, que vemos hoy en casi todas las iglesias cristianas. El coro fué situado en el estremo de oriente y dos torres coronadas de agujas piramidales se elevan de ordinario á los dos lados de la fachada occidental, donde se halla el pórtico mayor, y el que se muestra siempre mas engalanado y suntuoso. La nave central se eleva mucho mas que sus colaterales de norte y mediodia, y las séries de numerosas capillas sus adjuntas, son las que tienen de ordinario la mas baja techumbre. La disposicion interior del edificio se halla subordinada al uso constante de los diversos géneros de bóvedas por aristas y peraltadas; pero el sentimiento de uniformidad y armonía de todo el conjunto se manifiesta mas vivamente que en la arquitectura romana ó bizantina, y fácilmente se observa que todo ha sido engendrado por una voluntad firme y decidida. La direccion vertical que reina en todas las combinaciones se desarrolla de tal modo, que parece querer arrebatar rápidamente el espíritu del espectador á las regiones etéreas.

El objeto capital que se ha tenido presente en la organizacion interior es el de hacer desaparecer el aspecto macizo y árido de las paredes que tan sombrío carácter imprime en los monumentos, y un sistema de bóvedas ligeras que apenas descansan sobre los pilares sueltos y aéreos, forma la única armazon de tan sólidas construcciones. Los muros que en todos los estilos precedentes constituian la masa principal, en la arquitectura gótica ocupan muy corto espacio y solo sirven de lienzos delicados para unir los diferentes cuerpos de la fábrica.

Durante cierto tiempo se hizo uso en estos templos de grandes pilares cilíndricos, que si bien tenian cierta majestad, carecian de gracia y desembarazo; pero poco despues fueron reemplazados ventajosamente con un número considerable de esbeltas columnas dispuestas en grupos elegantísimos, cuyos fustes se lanzan independientes al espacio, y encontrándose en la clave de la bóveda confunden simultáneamente sus vigorosas molduras, formando un tegido sólido al par que gentil. La monotonía que pudiera ser causada por la repeticion de las mismas bóvedas ha sido sábiamente prevista y evitada, introduciendo numerosos arcos adintelados que indican transversalmente las partes capitales de la construccion, y amenizan su uniformidad.

En estos infinitos nervios, por decirlo así, reside la vida y el movimiento perpendicular y ascendente de todo el conjunto. Los sistemas engendrados por el arquitrave griego ó el medio punto romano, no han podido manifestar nunca tal vigor y tal animacion, pues por índole peculiar é innata aquestos elementos son inmóviles y limitados.

El primer arco que cobija la puerta de la izquierda en la fachada occidental, ostenta profusamente en sus inmensas jambas é intrados las imágenes principales del Antiguo Testamento; las figuras del arco central representan la pasion y muerte de nuestro Señor, y en el del estremo derecho se ven representados los fantásticos personajes del Apocalipsis y casi todos los que tienen relacion con la vida futura.

Las capillas ordinariamente cuadradas ó pentagonales jiran alrededor de las naves, é interrumpiéndose momentáneamente en los brazos del crucero, forman detrás del coro un magnífico semicírculo, que tanto interior como esteriormente, suspende y maravilla con su número infinito de facetas terminadas con flechas agudas y caladas de la mas esquisita labor.

Las bóvedas peraltadas con aristones, los contrafuertes que sirven de sólidos estribos á estas bóvedas, los atrevidos arcbotantes esteriores que parecen estender su mano protectora á la elevada nave, las agujas perforadas, el arco piramidal adintelado, todos estos elementos con sus proporciones y relaciones recíprocas caracterizan vigorosamente á esta arquitectura original.

La escesiva magnitud de los rosetones, ventanas y claraboyas fué hábilmente compartida con delgados cruceros cincelados, que juntándose en el nacimiento de la ojiva se doblegan é intercalan como ligeros mimbres, produciendo las mas ingeniosas combinaciones y los dibujos mas deleitosos. Estas varas son las que reciben despues los pintados vidrios estrechándolos en sus sólidas ligaduras.

Los primeros sillares de cada pilar son poligonales, y sobre ellos se sientan magestuosamente las basas, que sin duda compiten en elasticidad y soltura con las áticas, pero que se hallan modificadas considerablemente segun las proporciones generales de todo el sistema gótico. El capitel forma una ligera y graciosa corona de flores ó follage, visible en casi todas sus faces, ensanchándose con elegante perfil hácia su parte superior que termina simplemente con un abaco de breves y delicadas molduras. Como el impul-

© Biblioteca Nacional de España

so ascendente de los fustes de cada haz de columnas debe continuarse y comunicarse sin interrupcion á los arcos y á los aristones de la bóveda, el capitel no tiene por lo tanto en esta arquitectura ese fijo y perenne destino que le señalaron la egipcia y la griega, que consiste en terminar completamente la columna. Aquí no desempeña mas objeto que el de indicar la transicion ó paso del impulso ascendente y recto de la columna á las curvas de las ojivas: por estas razones su forma puede considerarse, mas bien como parte integrante del ornato, que como verdadera necesidad, pues en manera alguna se halla comprendida en el número de las exigencias rigorosas de los principios arquitectónicos.

Pero concretándonos á lo ya dicho sobre la sábia ordenacion de todas las partes de la arquitectura gótica, pasemos á esponer los principios capitales de su rica y bellísima decoracion. La naturaleza, la noble y robusta vejetacion de las selvas ha sido el único modelo que ha inspirado á los artífices cristianos los numerosos ornatos de ese estilo encantador; así como los egipcios, árabes y griegos han preferido esplotar las infinitas combinaciones de los elementos geométricos. Por lo tanto, la espresion de las labores y atavios góticos, es mas vital, mas animada, y presenta protuberancias, y relieves firmes y decididos; sombras enérgicas, armónica riqueza de líneas y superficies, y efectos de claro-oscuro sumamente admirables. La aridez de la línea recta ha sido diestramente evitada y las molduras que mas se notan son boceles y cordones que acusan firmemente su perfil de forma oval; delgados listeles, junquillos y filetes; golas elegantes y fajas rectas vigorosamente cinceladas. Los cornisamentos esteriores, que se hallan ordinariamente coronados de bellas balaustradas, se componen de molduras cilíndricas poco salientes, combinadas con grandes hojas, que desempeñan el papel de modillones.

Los elementos regulares que la botánica prestó á la arquitectura gótica son los siguientes: para los adornos de cinco hojas se ven usadas generalmente las flores del níspero *(Mespilus germànica)*, las del manzano, las del cerezo, las rosas, y finalmente todas las de las clases 5.ª, 10.ª y 12.ª de Lineo; entre las flores de seis hojas se observan mayormente los claveles y las demas plantas de la 6.ª clase de Lineo y se halla aplicada casi toda la variedad de la 15.ª clase para los ornamentos de cuatro hojas.—En la decoracion angular de las agujas piramidales y en las márgenes de los tímpanos, frontones y torrecillas, los artistas de los siglos citados emplearon la planta llamada vulgarmente chapin *(Cypripedium calceolus)*, la espadaña terrestre *(Gladiolus tristis)* y la yedra *(Hedera helix)*; y por último imaginaron un adorno en forma de penacho compuesto de una planta parecida á los lirios *(Iris germánica)* que adaptaron á las puntas de los frontones y agujas.

Nunca cesamos de admirar la noble y grandiosa imaginacion, que, á semejanza del eterno creador, sacó de la nada esos monumentos, y apenas podemos comprender cómo pudieron degenerar y pervertirse de tal modo las ideas de belleza y buen gusto dando ciega acogida á una arquitectura, que si bien es admirable en los climas y en la época en que fué fundada, no cuadra en manera alguna con nuestras creencias y nuestras costumbres.—Ya sospechará el lector que hablamos del decantado estilo que Bruneleschi, Miguel Angel y Bramante acomodaron á nuestra religion en detrimento de la pureza griega, gótica y aun romana, pues sus obras no son mas que un amalgama, ó combinacion bastarda de estas tres escuelas, y aun cuando despues Palladio, Vignola y Serlio intentaron organizar un estilo mas homogéneo y compacto, no hicieron otra cosa mas que lanzarse en la reproduccion servil de las formas paganas.

Bien concebimos y aun apreciamos el empleo de la arquitectura del siglo XVI; en los edificios destinados á las necesidades de la vida civil, pero siempre nos ha parecido agena de los templos cristianos. Ademas, aunque nos ciñamos á considerar la cuestion solamente bajo el punto de vista del mérito artístico y de la construccion, diremos que la arquitectura del *Renacimiento* carece del desembarazo, gallardia y atrevimiento con que se distingue la de los siglos XIII y XIV; que los arquitectos de la edad media poseian el conocimiento del corte de cantería y del arte de la montea en mayor grado que todos los artistas que han brillado posteriormente, y que sabian vencer sin esfuerzo, los mas graves problemas de la construccion. No blasonaban tanto de los estudios matemáticos como los constructores de nuestros dias; pero es cierto que ninguna dificultad se oponia á sus raros caprichos ni resistia á sus atrevidos intentos. Testigos son de estas vardades esas altísimas torres y agujas sostenidas sobre las claves de las bóvedas, y esas soberbias naves que apenas se apoyan sobre sus ligeras columnas, mientras que en las iglesias modernas no se ven mas que moles sobre moles. Cuando contemplamos dos catedrales de entrambas escuelas, se nos figura la del Renacimiento una vieja y petulante cortesana que pretende eclipsar con sus pesados atavíos y sus vetustas gracias la sencilla majestad, la noble apostura, el gentil donaire de una tierna y púdica doncella. Entonces esclamamos con Jovellanos. «¡Ojalá que nuestros arquitectos antes de pasar los Alpes en busca de los grandes monumentos con que el génio de las artes enriqueció la Italia, buscasen al pié de nuestros montes estos humildes pero preciosos edificios que atestiguan todavia la sencillez y sólida piedad de nuestros padres!

RAFAEL MITJANA DE LAS DOBLAS.

LONDRES 1.º de Octubre de 1843.

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

BATALLA DE SAN QUINTIN.

Detalles históricos sobre esta memorable jornada desde el principio hasta el fin de aquella campaña, tomados de un manuscrito coetáneo. (*)

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

ARTICULO PRIMERO.

Por la renuncia que el Emperador Cárlos V hizo en Bruselas á 16 de Enero de 1556, habia Felipe II entrado á gobernar los reinos de España, con todos los demas estados de Flandes, Italia, Africa y América, que entonces pertenecian y estaban unidos á la poderosa corona de Castilla. Al enorme peso de tan vasta monarquía se le añadian los cuidados de Rey de Inglaterra, de los de algunas de las guerras del tiempo de su padre mal acalladas, y sobre todo el ódio moderado de los franceses, que humillados tantas veces por el Emperador, era probable aprovechasen la entrada del nuevo Rey, para buscar un medio de satisfacer su deseo de venganza y reparar las derrotas sufridas. El gefe entonces de la Iglesia, el Sumo Pontífice Paulo IV, no tardó en buscar un pretesto, y unido en estrecha alianza con el Rey Enrique II de Francia, demandaron al Rey católico sobre la posesion del reino de Nápoles. Felipe II hizo una estensa justificacion de su derecho, y la envió escrita á los demandantes; mas estos no se dieron por satisfechos, porque ansiaban un pretesto para romper las treguas que, ajustadas el año anterior, habian comenzado á regir desde 1.° de Febrero de 1556.

Despues de varias consultas tenidas en París entre los legados del Papa, el Rey y los de su consejo (aun contra el dictámen de algunos hombres inteligentes y esperimentados, especialmente del Condestable), á fines del mismo año de 1556, se rompieron las treguas, y el ejército francés comenzó las hostilidades.

Viendo Felipe II que era indispensable la guerra, trató de reunir un ejército capaz de hacer frente al de los franceses, y al efecto envió á D. Alvaro de Mendoza, castellano de Castel-nuovo, á Ungría para que con anuencia del Rey de Romanos y de Bohemia, levantase gente: á D. Juan Manrique de Lara, hermano del Duque de Nájera, á Alemania, con órden de reunir los Príncipes del Imperio, y con su auxilio juntar toda la caballería é infantería posibles. A otros capitanes mandó á España, para avisar á los caballeros de su corte que levantasen gente, y trás ellos salió Rui-Gomez de Silva con ámplios poderes para reunir todo el dinero y tropas que pudiese, y con órden de volverse luego que desempeñase su comision.

Tomadas estas disposiciones, dada órden en los asuntos de Flandes, y reforzadas competentemente las fronteras de sus estados, el Rey católico partió para Inglaterra, donde era necesaria su presencia. Hizo este viaje sin mas compañía que los de su consejo y cámara, el Marqués de Aguilar, y el de Sarriá; todo lo demas de su corte permaneció en Bruselas. Cerca de tres meses tuvo que permanecer en Inglaterra hasta que logró decidir á los ingleses á declarar la guerra á la Francia; arrojar á los comerciantes franceses, concediéndoles veinte dias de término para salir del reino; y á darle un considerable refuerzo de caballería é infantería que le sirviese en la presente guerra contra el Rey de Francia. Conseguido ya el fin de su viaje, dió prontamente la vuelta á Flandes y llegó á Bruselas á fin de Junio de 1557.

Entonces se ocupó esclusivamente en dar prisa á los preparativos de la guerra, y ya en los dias 4 y 6 de Julio recibió aviso, de que las tropas alemanas, borgoñesas y flamencas, que venian á servirle, se hallaban en las fronteras: que D. Alvaro de Mendoza traia de Bohemia y Ungría doce mil hombres y dos mil caballos; á los cuales mandó dirigirse á Italia, porque sabia eran necesarios.

Nombró capitan general para aquella jornada á Filiberto Manuel Duque de Saboya, hombre especial y esperimentado, y para mejor formar idea del sugeto á quien Felipe II fiaba la primera campaña de su reinado, trasladaremos aquí la pintura que de él hace el historiador Luis Cabrera de Córdoba (1). «Era, dice, de mediana estatura, »complexion colérica y adusta, todo nervio, poca carne, »en los movimientos gracia, en sus acciones gravedad y »grandeza, nacido para mandar. Hablaba italiano, fran»cés, español, razonablemente tudesco y flamenco. Sir»vió á su tio el Emperador Cárlos V, de capitan de hom»bres de armas, y de su escuadron contra el Duque de »Sajonia: de general de la caballería en Piamonte; en la

(*) El autor anónimo de estos detalles, que en varias ocasiones asegura se halló presente á los hechos que refiere, se conoce los escribió sin cuidarse de la redaccion y lenguage, tratando solo de consignar los hechos. Publicarlos como él los escribió haria la lectura pesada, y aun confusa para algunos, por lo cual, sin alterar en nada los hechos, hemos procurado darles mejor órden, añadiendo algunas noticias de otros autores, únicamente para el mejor enlace y claridad de los hechos.

(1) Historia de Felipe II. Lib. IV. cap. 1. pág. 112.

© Biblioteca Nacional de España

»jornada de Metz de generalísimo y en la conquista de »Hedin. Era su ánimo lleno de religion, justicia, liberali»dad, amigo de leer historias, libros políticos, y de fortifi»caciones, en cuyos modelos obraba, y de máquinas de »guerra, en dejando los negocios, ayudado de las mate»máticas. Tenia edad entre juvenil y senil, para el ímpe»tu de Marcelo, y la espera de Fabio, ingenio, industria, »partes naturales y adquiridas, con buen consejo y me»moria, con secreto y presteza para espantar, deliberar y »prevenir desiguios.» Por este minucioso retrato puede comprenderse la capacidad y energia del que iba á ser general del ejército, que comenzaba á reunirse.

Aun no se habia decidido el plan que deberia adoptarse para aquella campaña, ni por dónde convendria comenzarla, aunque se habian tenido algunas consultas sobre ello. Un dia el capitan español Julian Romero, y un hermano del aposentador mayor del Emperador Cárlos V, llamado Mr. de Cilli, teniente de Maestre de Campo, aconsejaron al Rey dirigiese su primer ataque contra San Quintin, plaza muy importante, y que ellos, que tenian mucho conocimiento de aquel pais, sabian, que por considerarla demasiado fuerte, la tenian desproveida. Que aunque tres leguas y media antes de llegar á dicha plaza, entre ella y Cambray, á la mano derecha del camino habia un castillo desde el cual podia impedirse la conduccion de víveres y municiones al campo, si se enviaba alguna fuerza contra el, lejos de perjudicar, produciria los buenos efectos de asegurar el camino, é impedir que entrasen víveres, y rendido San Quintin el tomar este castillo seria obra de muy poco tiempo.

No disgustó al prudente Monarca esta idea, y reunido su consejo de guerra, que se componia del Conde de Feria, D. Bernardino de Mendoza, D. Antonio de Toledo, D. Juan Manrique de Lara, el Obispo de Arras, y D. Fernando Gonzaga, cuyo dictámen en asuntos de guerra, era de mucho peso para el Rey, tanto por su mucha capacidad y esperiencia, como por haber sido Capitan general y gobernador de los estados de Milan y Sicilia, les propuso el plan de campaña que Romero y Cilli habian indicado. Despues de discutida y detenidamente pensada, pareció á todos escelente la idea, y en consecuencia resolvieron que para que los franceses no comprendiesen el plan que se adoptaba, el Duque de Saboya saliese al momento de Bruselas, y reuniendo todos los cuerpos del ejército que por distintos puntos acudian, cayese con todas sus fuerzas sobre Marienburg, plaza fuerte del pais bajo francés, á cuatro leguas de Roicroi, de la cual en 1554 Enrique II se habia apoderado, por traicion de los borgoñones que la guardaban. Que cuando se hubiese creido, segun las apariencias, que se trataba de tomar aquella plaza á toda costa, levantase de repente el campo y pusiese sitio á San Quintin.

Al momento se despacharon las órdenes y se tomaron las medidas conducentes al efecto, y el 15 de Julio salió de Bruselas el Duque de Saboya al frente de su ejército. Iba precedido de cien archeros ricamente vestidos, y seguido de su guardia de á pié, toda con librea nueva, y acompañado de muchos caballeros lujosamente ataviados de guerra, con bruñidas y ricas armas y montados en fogosos y fuertes caballos. Otros caballeros y gente particular le acompañó hasta salir de la ciudad, deseándole todos acierto y victoria. A su paso por Hedin relevó los españoles que estaban allí de guarnicion, y lo mismo en todos los puntos fortificados de la frontera, y en su lugar dejó soldados borgoñones. En pocos dias reunió los diversos cuerpos que se habian mandado levantar en todas partes, que eran la caballería é infantería Alemana, la de Flandes, Borgoña y Walones, que componian entre todos un ejército de mas de treinta mil hombres de guerra con mucha artillería, municiones y bagajes.

Al frente de este respetable ejército se dirigió á Champaña, amagando acometer á Roicroi y Massieres, y despues de algunos pequeños movimientos para alucinar al enemigo, fué sobre Marienburg y formalizó el sitio. Los de dentro, que estaban provistos de muy buena artillería, le hicieron un fuego terrible que le causó algun daño, pero era necesario disimular y hacer los preparativos de un cerco, si bien se adelantaba poco, no solo por cálculo, sino tambien porque los sitiados hacian frecuentes salidas, se enredaban sangrientas escaramuzas, en que morian algunos de una y otra parte. Los franceses se apresuraron á socorrer á Marienburg, y de todas partes sacaban víveres y municiones, que conducian allí para ver si lograban introducirlas en la plaza. El Duque manifestaba querer impedirlo, pero siempre hacia de modo que los enemigos lograsen su intento, y dejaba descubierto algun punto por donde los socorros entrasen. Ocho dias hacia que estaba sitiando la ciudad, haciendo preparativos y dando muestras de querer asaltarla: y luego que tuvo noticias ciertas de que todas las miras del Rey de Francia se dirigian á socorrerla, de noche, con muchísimo silencio levantó el campo, y por caminos estraviados y á marchas forzadas, se dirigió á San Quintin, adonde llegó en la madrugada del 2 de Agosto, sitiando al momento la plaza. Estaba esta tan desprevenida, y la marcha sobre ella fué tan inesperada y repentina, que el Almirante de Francia apenas tuvo tiempo de meterse en ella con algunos centenares de soldados.

Felipe II con el objeto de estar mas cerca del teatro de la guerra y disponer lo necesario, á los 28 de Julio partió de Bruselas, y en tres dias de camino llegó á Valenciennes que dista de Bruselas unas 17 leguas. Se detuvo aquí cinco dias, en los cuales juntó los Prebostes de los estados de Flandes, y arregló con ellos lo tocante al servicio de la guerra, y principalmente de las provisiones de víveres, porque Valenciennes es muy abundante de pan. De allí pasó á Cambray donde recibió la noticia de la muerte del Rey de Portugal, por cuya causa volvió á Valenciennes á celebrar los funerales. Concluidos estos, y arreglados definitivamente con los Prebostes los asuntos de provisiones, en todo lo cual se detuvo cinco dias, dió la vuelta á Cambray. Ya el dia 4 de Agosto habia recibido aviso de que el Duque de Saboya estaba sobre San Quintin, y luego que volvió á Cambray, mandó poner en órden la artillería, que allí se habia reunido de varias partes, y se detuvo hasta que llegasen las tropas inglesas que esperaba, y los cuatrocientos españoles que D. Rodrigo de Bazan traia de España.

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

La plaza de San Quintin habia antes pertenecido á los estados de Flandes; pero hacia mas de setenta años que los Reyes de Francia estaban en pacífica posesion de ella. Está situada en la provincia de Picardía, sobre la ribera del rio Soma, cuyo nacimiento no dista mucho de dicha ciudad, fundada sobre un pequeño collado, que domina los amenos y fértiles valles que la rodean en una estension de seis leguas; estaba ademas muy bien cultivada, y se calculaba que su renta anual pasaba de cien mil ducados. La poblacion era mas grande que Madrid, tenia dentro muchas huertas y jardines, hermosos edificios, y una magnífica catedral. Habia en ella muchos mercaderes y gente rica, y el Rey Francisco I la habia fortificado mucho, como plaza fronteriza é importante, porque era el punto de apoyo y el depósito de víveres y municiones de los ejércitos franceses, siempre que trataban de hacer guerra, ó inquietar á los estados de Flandes. Está rodeada de muralla muy fuerte, construida de piedra y ladrillo, y muy gruesa, y cuasi la tercera parte cercada de un lago bastante profundo, de unos treinta á cuarenta pasos de ancho, y que se estiende hácia la parte de Flandes como dos tiros de arcabuz. Lo restante de la ciudad está cercada de un foso profundo, pero sin agua. Junto al lago hay un arrabal como de unas cien casas, defendido en su entrada por un grueso bastion de terraplen, detrás del cual está la muralla rodeada de foso bastante profundo, aunque seco, y para pasarle hay un puente levadizo.

Al dia siguiente de haber llegado al campo sobre San Quintin (3 de Agosto) el Duque de Saboya mandó al Maestre de Campo Navarrete, que se apoderase del arrabal. Dirigióse á él con sola su compañía, la del capitan Julian Romero, que siendo el que habia aconsejado el acometer aquella plaza, era el mas interesado en que se lograse el intento, y tres compañías de borgoñones. Observado el movimiento por los franceses comenzaron á hacerles fuego desde la muralla, y desde el bastion de la entrada del arrabal, en el que habian situado alguna fuerza, y dos gruesas piezas de artillería. No intimidó esto á los valientes capitanes, que sin embargo avanzaron con rapidez hasta una distancia de trescientos pasos del arrabal, donde pudieron ocultarse de los fuegos de la plaza detrás de un pequeño collado. Allí esperaron hasta la noche, durante la cual, quedándose los borgoñones detrás del montecillo, avanzaron los españoles con ánimo de hacer un reconocimiento, y al efectuarlo hallaron cerca del foso como unas doce casas de labradores cubiertas de paja, y unas huertas muy llenas de árboles. Se apoderaron al momento de ambos puntos y desde ellos al dia siguiente (4 de Agosto) rompieron el fuego contra los que defendian el bastion y muralla, logrando matar algunos, aunque tambien ellos perdieron seis hombres. Viendo esto los franceses trataron de quitarles aquel amparo, y para conseguirlo tiraban saetas, en cuyos casquillos iban cohetes de papel llenos de azufre molido y pólvora, con un pedacito de mecha de arcabuz encendida, tiraron tantas y con tan buen acierto que á poco tiempo las casas, y gran parte de los árboles fueron reducidos á cenizas, quedando los españoles á cuerpo descubierto.

El Duque, que estaba observando el ataque, envió en su socorro dos piezas de artillería, que causaban mucho daño á los del bastion, y entonces arremetieron los españoles, y lo asaltaron con tal ímpetu, que los franceses hubieron de abandonarlo, retirándose á la muralla. Tampoco allí pudieron resistir largo tiempo por el estrago que las dos piezas causaban, y por el arrojo de los españoles, que los apretaban terriblemente, y no tuvieron mas arbitrio que meterse en la plaza, aunque en su huida prendieron fuego por todas partes al arrabal, cuyas casas quedaron en su mayor parte destruidas.

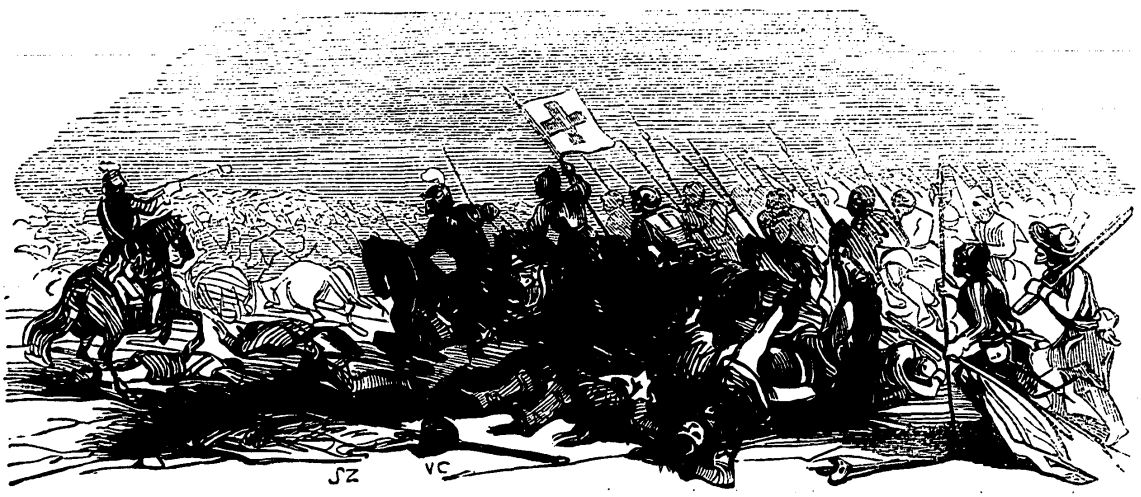
Dueños ya los españoles de punto tan importante, el capitan Romero dijo al Duque, *que él con sola su compañía se atrevia á defender el arrabal ganado, aunque fuese contra todo el ejército del Rey de Francia; que le suplicaba lo fiase á su cuidado.* El Duque accedió gustoso á tan valerosa demanda, y sacando las demas compañías, dejó sola la de Romero con ocho piezas de artillería, seis que se trajeron del campo, y las dos gruesas tomadas en el bastion, las cuales colocaron en una batería que se formó en un alto, que dominaba gran parte de la plaza, y enfilaba un pedazo del muro de mas de doscientos pasos, y desde ella, no solo hacian mucho daño en los edificios á la ciudad, sino que impedian que nadie permaneciese en el trozo de muro que enfilaba.

En los dias siguientes en todo el rededor de la ciudad se levantaban trincheras y avanzaban los trabajos del sitio con una rapidez estraordinaria, sin que se descuidase estar á la mira, por si el ejército francés venia á socorrerla. A los cuatro dias de tomado el arrabal (9 de Agosto) salieron de la Fera, adonde habia llegado el ejército francés al mando del Condestable, trece banderas, que componian como unos dos mil infantes y cuatrocientos caballos, capitaneados por Mr. de Andalot, hermano del Almirante de Francia, con intento de meterse en la ciudad por mas abajo del arrabal. Habian ya llegado, y comenzádose á embarcar en lanchas, que al efecto tenian preparadas, cuando lo sintieron los españoles de Romero, que cerraron con ellos, y aunque Mr. de Andalot peleó defendiéndose valerosamente, tuvo cuatrocientos muertos y muchos prisioneros, aunque él bastante herido, logró introducirse en San Quintin con alguna gente.

El Condestable habia efectuado un pequeño movimiento sacando su ejército de la Fera para llamar la atencion del enemigo, mientras Mr. de Andalot efectuaba el movimiento que acabamos de referir, y que tan mal resultado tuvo; y luego que llegó á su noticia lo sucedido, resuelto á socorrer la plaza á todo trance, levantó el campo, compuesto de diez y ocho mil hombres y diez piezas de artillería, y antes de las diez de la mañana del dia siguiente (10 de Agosto) se dejó ver tan cerca de la plaza por la parte del lago, que cuando lo notaron los españoles, la vanguardia habia logrado ya introducir en la ciudad mas de cuatrocientos hombres, que habian pasado el lago en barcas. Avisado el Duque de Saboya de la presencia del enemigo mientras que los españoles del arrabal y algunas compañías de Navarrete se oponian con su arcabucería á los que entraban en la plaza, reunió precipitadamente mil quinientos caballos españoles entre herreruc-

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

los y ligeros, y dando órden á seis mil infantes para que le siguiesen, marchó contra el Condestable, pasando por un puente de madera que tenia el lago hácia la parte de Levante. El Conde de Egmond, el de Horne, los Duques de Branzuich y demas capitanes de caballería siguieronal Duque, y entre todos se reunieron unos siete mil caballos (1), y se dirigieron contra el ejército enemigo. El Condestable, tanto por tener mas lejos el campo enemigo, como por tomar una posicion ventajosa, comenzó á retirarse en buen órden por el camino de Guiso, y el Duque de de Saboya le seguia de cerca, aunque sin decidirse á cargar al enemigo hasta que se le reuniese la infantería. Con dificultad podia contener á los capitanes, cuya mayor parte deseaban cerrar con los enemigos, principalmente D. Enrique Manrique de Lara, que mandaba la caballería ligera. Los franceses apenas podian disimular el miedo que tenian, creyendo que todo el ejército español venia sobre ellos, lo cual conocido por el de Lara, volvió la cabeza, y descubriendo la infantería que estaba cerca, metió espuelas al caballo, y se lanzó como un rayo



en medio de los tercios franceses. Sus valientes caballos ligeros siguieron el ejemplo de su gefe, y trás ellos embistió toda la caballería, y singularmente el conde Egmond, que rompió por un flanco, cayendo sobre los enemigos con tal furia, que en un momento los desbarataron, introduciendo un desorden tan espantoso en el ejército francés, que ni aun huir pudieron. La derrota fué ejecutada con tanta rapidez, que cuando la infantería que estaba á la vista llegó al campo, ya no encontró enemigos que vencer, y solo sirvió para ayudar á recoger los despojos, que fueron muchos y de gran valor, porque en aquel ejército iba gran parte de la nobleza de Francia.

Quedaron en poder del Duque las diez piezas de artillería con todo el tren de campaña y equipajes, veinte banderas de franceses y treinta de tudescos, y un crecido número de prisioneros, entre los cuales habia cinco mil tudescos y muchas personas notables por su elevado rango y nobleza, entre las cuales las mas señaladas fueron: El Condestable de Francia, general del ejército, y su hijo menor (1); los Duques de Monpensier y Longavilla; el Mariscal de Saint Andrés; Luis de Borbon, Príncipe de la Roca de Surion; el Príncipe de Mántua; Fadrique Rosemblerg; Reingrave de los Alemanes; los señores de la Roca de Mayne, y Rocafort; el Vizconde de Tournay; el Baron de Courton; Mr. de Anguien, muerto, y el Conde de Vila, tambien muerto; sin otros muchos que omitimos por evitar proligidad, y que pasan de cincuenta, todos Condes y grandes Señores de la principal nobleza de Francia.

El Duque de Saboya, luego que logró reunir las tropas, que por espacio de cuatro horas habian seguido el alcance de los pocos que habian escapado, y recogió los despojos, volvió triunfante á su campamento frente de San Quintin, llevando delante los prisioneros y las cincuenta banderas tomadas al enemigo, entre repetidas aclamaciones de los entusiasmados vencedores, y muchas

(1) Cabrera, historia de Felipe II Lib. 3. Cap 7. pág. 497.

(1) Cabrera dice, que con el Condestable fueron presos dos de sus hijos, titulados los señores de Monbarg y de Meru; y en la lista de los prisioneros pone los nombres de cincuenta titulos y grandes señores.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

descargas de arcabucería, con que se celebró tan señalada victoria. Los sitiados, que tan cercano habian visto el socorro, y que desde los muros habian sido testigos de tan sangrienta derrota, desmayaron enteramente, pues ya no les quedaba mas esperanza que su valor, y la fortaleza del lugar que defendian. El Duque de Saboya nombró al instante un caballero para que fuese á noticiar al Rey tan fausto acontecimiento.

Al siguiente dia (11 de agosto) habia Felipe II determinado salir de Cambray para trasladarse al campo sobre San Quintin, á cuyo fin estaban hechos los preparativos, y avisado el Duque de Saboya para que protegiese el camino. Dos horas antes de amanecer llegó á su alojamiento el portador de la feliz nueva de la completa derrota del ejército del Condestable, y su prision, que causó en el jóven Monarca una grande alegría, puesto que eran los primeros laureles que ceñian su frente recien coronada. Al momento cundió la noticia por toda la ciudad, y las aclamaciones del pueblo, el repique de campanas y el entusiasmo de la tropa, se confundian con los cánticos sagrados y el estruendo del cañon. Felipe II no dilató un momento su partida, y á las ocho de aquella misma mañana salia lleno de alegría y entusiasmo por las puertas de Cambray. Formaban su acompañamiento la vanguardia compuesta de cuatro mil tudescos; en el centro iba S. M. en medio de cuatrocientos caballos españoles, mandados por D. Rodrigo de Bazan, y rodeados de los caballeros de su corte; y en la retaguardia seis mil ingleses de infantería, y seiscientos caballos de la misma nacion, cuyo general era el Conde de Pembruch. El valiente D. Enrique Manrique de Lara, á quien el Duque habia enviado para la seguridad de la marcha, iba con sus caballos ligeros como dos tiros de arcabuz separado del camino, por el lado de Francia. Toda la infantería iba vestida de ropa azul con bandas encarnadas, de los cuales la mayor parte llevaban arcos y saetas, otros picas con coseletes, y unos pocos arcabuceros. La caballería, que era muy buena, llevaba tambien casacas azules y bandas rojas. Aquel dia caminaron seis leguas, pernoctando en un pequeño lugar de Francia, de donde salió á las doce del dia siguiente (12 de Agosto), y fué á hacer noche á media legua de San Quintin, alojándose en unas cuatro casas viejas cubiertas de paja, que habia en la campaña. En tan humilde alojamiento recibió el Monarca de España al vencendor Duque de Saboya, que acompañado de los principales gefes del ejército fué á besarle la mano y felicitarle por la prosperidad de sus armas. Felipe II no pudo disimular su satisfaccion, y en el momento de entrar el Duque se adelantó hacia él abrazándole con emocion. Trató con afabilidad y llaneza á todos los demás caballeros, y pasó con ellos gran parte de la noche, oyendo los pormenores de la batalla, y los señalados rasgos de valor y notables hechos de armas que cada uno le referia.

Tambien llegó al alojamiento un soldado de caballería ligera, perteneciente á la compañía de D. Enrique Manrique, llamado Sedano, natural de Abia, en el marquesado de Aguilar, el cual pedida y obtenida licencia para hablar á S. M., hincándose de rodillas le presentó un rico estoque, diciéndole: *Señor, yo soy el que prendí al Condestable de Francia; su estoque es este, suplico á V. M. me dé de comer en mi casa.* El Rey le contestó tomando el estoque, *yo os lo prometo.* El soldado besó respetuosamente la mano del Monarca y se retiró satisfecho.

Segun la costumbre que entonces habia entre la gente de guerra, cuando en una batalla caia prisionero el Rey, su persona era del Rey, y cuando el General del General, pero al que le prendia se le daban diez mil ducados. Sedano por lo tanto reclamó el pago de esta cantidad, á lo cual se opuso el capitan Valenzuela, diciendo que á él le habia dado el Condestable la fé, y entregádole la manopla, que presentaba en prueba de su derecho. El soldado insistia en que él solo le habia preso, y Valenzuela solo le habia ayudado á pasar acuestas al Condestable, por un paso estrecho. Hubo al fin necesidad de que lo aclarase el mismo Condestable, á quien presentándose el soldado le dijo: *Señor, V. S. es cristiano, en su conciencia y por la fé de caballero le suplico, que diga quién le prendió: si soy yo, que aunque sea soldado no se maraville V. S. que con los soldados hace el Rey la guerra.* A esto contestó el prisionero: *por cierto que es verdad que vos me prendistes, y os dí mi estoque; pero la fé yo la dí al capitan Valenzuela.* A pesar de tan clara y terminante respuesta insistió tanto el capitan, que Sedano prometió darle dos mil escudos de la merced que el Rey le hiciese.

Tambien tuvo la desgracia de ser preso en esta batalla el capitan Carabajal, que siendo teniente en la compañía de caballos de D. Enrique Manrique se habia huido á Francia. Se la presentaron al Rey, y aunque el pobre procuró alegar varias escusas para justificar su proceder y se interesó por él el capitan Julian Romero, S. M. lo mandó entregar á D. Francisco de Castilla su Alcalde de casa y corte para que hiciese justicia.

Con los prisioneros tudescos se portó Felipe II con clemencia y generosidad, porque despues de haberles tomado juramento de que en cuatro años no volverian á servir al Rey de Francia (1), no solo los dejó ir libremente á su tierra, sino que dió á cada uno medio escudo para el camino. Los prisioneros de alguna consideracion, dispuso que fuesen llevados á los castillos de Artois; y el cadáver del Duque D. Juan de Borbon envió á la Fera, para que lo enterrasen.

ARTICULO II.

Deseoso Felipe II de recoger el fruto de tan señalada victoria, al dia siguiente (13 de Agosto) partió para el campamento de San Quintin, y mandó poner su tienda y las de toda su corte en un pequeño valle á la parte de Levante. Luego dió orden al Conde de Arembergue para que con diez mil infantes, y mil quinientos caballos alemanes todos, fuese á poner sitio al castillo de Chatelet

(1) Cabrera dice, que en el juramento tomado á los cinco mil tudescos solo se les exigió no servir á los Franceses en seis meses.

© Biblioteca Nacional de España

que dijimos habia entre Cambray y San Quintin á la derecha del camino. Revistó el ejército que ascendia á unos cincuenta y seis mil hombres de guerra, á saber: trece mil quinientos caballos entre herreruelos (que es la mayor parte), flamencos, alemanes, hombres de armas españoles é ingleses; y de infantería, mas de cuatro mil quinientos españoles, seis mil ingleses, veinte mil tudescos, y mas de seis mil gastadores; la infantería restante eran borgoñones y walones.

Estando sitiada por tan poderoso ejército, y habiendo presenciado la derrota del Condestable, parecia que la plaza ni podia resistirse, ni tener esperanzas de socorro: por lo cual mandó el Rey un trompeta que le dijese al Almirante de Francia, y los moradores de la ciudad, que si al momento se rendian, los dejaria ir libres y les haria mercedes. El Almirante lejos de dar oidos á esta proposicion, reunió las tropas y vecinos de la villa, y les dijo: «ha llegado la ocasion en que veamos quienes son leales » á su Rey, y quienes no. Tengo aviso de nuestro Sobe» rano, que muy brevemente vendrá en nuestro socorro; » ademas la plaza es muy fuerte, y tenemos provisiones de » sobra. El que con ánimo y valor se resuelva á esperar el » socorro del Rey y defender la plaza, recibirá grandes » mercedes; al que no pensare hacerlo así, le mandaré » ahorcar.»

Enterado el Rey de tan orgullosa respuesta, mandó que enfrente de su campamento se formase una batería con cestones, en la que se colocaron ocho piezas de grueso calibre, que á la mañana del dia siguiente (14 de Agosto) rompieron el fuego contra la muralla, al mismo tiempo que el capitan Julian Romero desde el arrabal dirigia sus balas al interior de la ciudad, causando grave daño en los edificios y matando alguna gente. Los franceses contestaron con su artillería, la cual destruyó algo de las baterías, é hizo algun estrago en el campo adonde principalmente dirigian sus tiros.

Al siguiente dia (15 de Agosto), una pequeña fuerza que habia salido á escoltar los carros que iban por forrage, fué asaltada por los enemigos matando alguna gente. Apenas se tuvo en el campamento noticia de este acontecimiento, el Conde de Egmond con tres mil caballos, algunos caballeros de la corte que quisieron acompañarle, y parte de la infantería inglesa, salieron en persecucion de los franceses; pero aunque se internaron siete leguas en el territorio enemigo, no hallaron ni un solo hombre, por lo cual se volvieron al campamento. Durante la noche en esta y las siguientes, se construian nuevas baterías alrededor de San Quintin, y todas las mañanas aparecian dos, cuatro ó mas piezas colocadas en distintos puntos, que batian la muralla y protegian la aproximacion de las trincheras, que en los cinco dias siguientes llagaron á colocarse en el mismo borde del foso.

Por algunos espías que se descolgaban por la muralla durante estas noches, y fueron presos, se supo que los habitantes de la ciudad querian rendirse, desconfiados de poder resistir á tan numeroso ejército, ni de ser socorridos despues de la derrota de que habian sido testigos; mas el Almirante, hombre duro é inflexible, andaba trás ellos á cuchilladas y habia prohibido bajo pena de la vida, que en ninguna parte se reuniesen tres á hablar en secreto. ¡Tan temeroso estaba de alguna traicion!

A la una de la noche del 20 de Agosto trescientos arcabuceros franceses, mandados por un capitan que ya habia quedado prisionero en la rota del Condestable, y se habia rescatado por cincuenta ducados, intentaron introducirse en la ciudad, embarcándose en el lago, por entre el arrabal y el cuartel de los borgoñones. Estaban verificando el embarque con estraordinario silencio, cuando á un centinela borgoñon le pareció oir hácia aquella parte un rumor sordo, y les dió el ¿quién vive? España, contestaron ellos, y continuaron con precipitacion su embarque; mas poco satisfecho el continela, se fué acercando y conociendo que eran enemigos, comenzó á gritar, ¡arma, arma.! Al momento los borgoñones y españoles del arrabal se arrojaron sobre ellos y los infelices con la prisa y el ansia de salvarse se metieron tantos en alguna de las lanchas, que se hundieron, y á la mañana siguiente se vieron los cadáveres de los que se habian ahogado. Los que no lograron meterse en el lago, todos fueron muertos ó prisioneros, y entre estos últimos se halló tambien el capitan que los mandaba. Sin embargo, mas de doscientos lograron introducirse en la plaza.

Luego que amaneció fueron á reconocer la brecha que se habia abierto en el muro, que tenia ya mas de ciento cincuenta pasos de ancha, en cuyo trecho habian sido derribados completamente cuatro torreones de piedra muy fuertes. Notó Felipe II que desde el campanario de la catedral, que era elevado y señoreaba todo el campamento, le habian causado bastante daño, y mandó decir á los sitiados: *que si continuaban haciendo fuego desde allí, derribaria la catedral, lo cual le era muy facil, porque estaba muy cerca del muro.* Esta indicacion bastó para que no volviesen á tirar desde el campanario, tanto era el deseo de conservar aquella suntuosa iglesia, en la que tenian tanta devocion, y era tan respetada y nombrada en Francia, como lo es la de Toledo en España.

El 21, las baterías que se habian aumentado considerablemente hacian un fuego vivo y sostenido contra cuatro distintos puntos de la ciudad, con intento de derribar en cada uno de ellos lo menos cien pasos, y facilitar el asalto simultáneo por las cuatro partes opuestas. A las cuatro de aquella tarde, se tomó dentro de la ciudad una de aquellas crueles y bárbaras providencias, que solo el fugor de la guerra, y la imperiosa necesidad autorizan. Se oyeron estraordinarios gritos y lamentos, y vieron que por una puerta de la villa que caia á la parte del Norte, enfrente de donde estaban situados los tudescos, arrojaban á empellones mas de doscientas mugeres aldeanas, que á la aproximacion del enemigo, se habian refugiado á la ciudad. Ellas con gritos y lágrimas imploraban compasion á sus compatriotas y parientes, pero no fueron oidas, la puerta se cerró trás ellas, y no les quedó mas arbitrio, que dirigirse hácia sus enemigos. Los tudescos prepararon sus arcabuces y las recibieron á balazos, matando á las dos primeras que se adelantaron. Imposible es pintar la desesperacion y angustia de tantas infelices condenadas á una muerte segura. Los suyos las habian

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

arrojado sin compasion, los enemigos se preparaban á despedazarlas. ¿qué partido podian tomar en tan apurada situacion? Aquellas desgraciadas, puestas de rodillas, levantadas las manos al cielo, imploraban á grandes voces la piedad de amigos y enemigos, hasta que los de la ciudad no pudieron resistir por mas tiempo la vista de tan lastimoso espectáculo, y las volvieron á admitir en la ciudad.

Continuaba el 22 la artillería batiendo la muralla y aumentándose las fortificaciones en las trincheras. Los sitiados hicieron mas fuego que los dias anteriores, dirigiendo algunos tiros hácia las tiendas del Rey, que causaron bastante daño, porque como habia por todo el campamento tanta gente, apenas desaprovechaban bala ninguna. La principal atencion se dirigió este dia á destruir ó al menos inutilizar unas casasmatas que habia dentro del foso tan bajas, que no podia hacer efecto en ellas la artillería, y se trataba de cegarlas, echando desde las trincheras fagina y tierra sobre ellas, porque mientras subsistiesen, habian de incomodar mucho al tiempo de dar el asalto, é impedia los trabajos que hubiese de practicarse dentro del foso. Para cuando esto se lograse desde detrás de las trincheras, se habian comenzado á abrir como unas minas que tenian salida al foso, tan anchas que por cada una de ellas podian entrar ocho hombres juntos, con el fin de poder subir desde allí á la brecha protegidos de la arcabucería de las trincheras, y por la artillería.

A las dos de la tarde de este mismo dia, se vió correr precipitadamente hácia una de las puertas de la ciudad á un mozo muy mal vestido. Echó trás él un arcabucero español, y como el primero tuvo que detenerse á la puerta esperando que le abriesen, el español le agarró por un brazo, y le trajo á presencia del Duque de Saboya. Se le encontró una carta dirigida al Almirante de Francia, en que se le daban minuciosas noticias acerca de los preparativos que se hacian en el campo español para tomar la ciudad, y demas pormenores que podian serle útiles para la mejor y mas fácil defensa de la plaza. Al arcabucero dieron diez escudos, que era el premio señalado al aprehensor de un espía, y á este castigaron como á tal.

Tambien hoy el Duque de Saboya tuvo consejo con los Maestres de Campo Cáceres y Navarrete, y determinaron que se aumentasen baterías alrededor de la muralla, principalmente hácia la parte del Norte que hasta entonces habia sido la menos combatida, para que abriendo brechas en muchos puntos, ignorasen los sitiados por cual se dirigiria el asalto: y tambien que se procurase inutilizar las casasmatas. Al momento se dió orden de colocar las baterías, y de llenar de tierra treinta mil sacos de angeo, de largo una vara de España y ancho media, que acababan de llegar de Amberes, para con ellos cegar las casasmatas, arrojándolos sobre ellas desde las trincheras.

Aunque habian al principio escaseado algun tanto los víveres en el campamento español, despues el Rey habia espedido órdenes tan enérgicas, y habia tomado tan acertadas disposiciones, que en estos dias habia abundancia de todo, á lo cual contribuia mucho la feracidad del terreno, que daba forrage de todas clases con muchísima abundancia. Tampoco el agua escaseaba, porque los caballos bebian en el lago, cuya agua era buena aunque con un poco mal olor por estar detenida, y los soldados se surtian de una fuente que distaba un cuarto de legua, tan buena y abundante, que á pesar de la muchísima que se consumia jamás faltó.

El prudente y activo Monarca todo lo preveia, todo lo inspeccionaba, y tenia cuidado hasta de las cosas mas mínimas. Mandó establecer tres hospitales de cuyo cuidado, administracion y vigilancia, encargó al noble caballero D. Hernando Enrique, hermano del Almirante de Castilla. El primero consistia en una gran tienda de campaña colocada junto á las trincheras, y provista de camas y medicamentos, adonde eran conducidos los heridos para tomarles la primera sangre, y hacerles la primeras curas, hasta ponerlos en disposicion de poder ser trasladados al segundo. Este estaba junto á la fuente de donde se proveian de agua, en una grandísima pieza con la cubierta de paja, que sin duda habia sido una granja, y en la que habia colocadas mas de doscientas camas, con la asistencia y demas regalo conveniente, para que los heridos ó enfermos estuviesen perfectamente asistidos; y por fin, para aquellos cuya curacion era larga y embarazosa habia establecido otro tercer hospital en Cambray, y para que nunca pudiese faltar este interesante consuelo á sus soldados, mandó que ninguno de los criados de sus caballeros fuese admitido en dichos hospitales.

Ocurrieron tambien en este dia dos desgracias de alguna consideracion. Una bala disparada desde la ciudad dió en las tiendas del Duque de Saboya, matando á un page del dicho Duque, á un alabardero, é hiriendo gravemente á otras tres personas. Otra, disparada desde el arrabal contra la muralla, dió en ella al soslayo, y resurtió contra las trincheras, en las cuales mató cinco españoles, un ingeniero y dos gastadores, y llevó el muslo á otro.

Continuaban el 23 los preparativos para el asalto, y se estaba abriendo una mina por debajo del terraplen para volarlo y facilitar mas la entrada. El capitan Salinas se atrevió á atravesar el foso y subir á la muralla, para informarse de las defensas que los franceses hacian por dentro, pero no vió hombre alguno y calculó que estarian contraminando, como en efecto lo hacian. La artillería continuaba haciendo fuego contra la muralla, y por todas partes se veian ya grandes brechas.

Al siguiente dia antes de amanecer se escapó de la ciudad un jóven francés, que conducido á la presencia del Duque, y preguntado por el estado de la plaza, contestó, que solo habia dentro seiscientos soldados, pero que habian obligado á la fuerza á todos los hombres de la ciudad á tomar las armas, y ayudar á la defensa: que la artillería del arrabal habia hecho mucho daño en la ciudad, y muerto mucha gente principal; y que aunque suplicaban al Almirante que se entregase, él permanecia firme en su propósito de morir antes que rendirse. Sabido esto por el Rey mandó á los ingleses que tirasen dentro y á distintos puntos ocho saetas y rollados á sus palos unos papeles en que se decia á los habitantes de San Quintin: *que se entregasen y se les dejaria salir libres, y no se les desbali-*

© Biblioteca Nacional de España

jaria; que el Almirante los tenia engañados, prometiéndoles un socorro que no era posible: y que si no se rendian, tomada la ciudad, serian todos degollados. No tardó mucho el Almirante en tener noticia de esto, y mandó luego recoger todas las saetas, y volverlas á arrojar al campamento, con otros nuevos papeles en los que solamente se leia: *Regem habemus. Tenemos Rey.* Este orgullo irritó mas á los sitiadores. Felipe II salió de su tienda al anochecer, y fué á reconocer por sí mismo las trincheras, inspeccionar los puestos y baterías, y ver los trabajos é informarse de las disposiciones tomadas para el asalto.

Mas de sesenta piezas de batir disparaban sin cesar sobre la muralla en la mañana del 25, y al mismo tiempo se comunicaban las órdenes mas enérgicas, á fin de que todos los preparativos de ataque estuviesen concluidos antes de la noche. En frente del campamento del Rey por donde al principio se comenzó á abrir brecha, y se habian practicado las ocho minas que salian al foso, se sacaron tres mantas (1) bien acondicionadas y fuertes, debajo de las cuales iban hasta cuarenta hombres, que poco á poco las iban arrimando al muro, hasta colocar las ruedas delanteras en lo alto del terraplen. Los franceses les tiraban desde arriba grandes piedras y algunos tiros de arcubuz, lo cual visto por los sitiadores, apuntaron la artillería á lo alto de la muralla y con ella y la arcabucería desde las trincheras, les hacian un fuego tan bien dirigido y terrible, que ya no pudieron volverse á asomar, contentándose con tirar desde dentro grandes piedras que hacian poco efecto, porque la solidez con que estaban construidas las mantas impedia que dañasen á los soldados. Sin embargo esta operacion no dejó de costar alguna gente por el mucho fuego que hacian desde las casasmatas, que aun no habian podido inutilizar de todo punto. Allí fué muerto el Sargento mayor del ejército, llamado Ramirez, de un tiro de arcabuz en un ojo. Al verle caer el capitan Corcuera, hombre de mucho valor que desde simple soldado habia ascendido por sus atrevidas hazañas, esclamó: *Dios te perdone*, y se bajó á tomarle la celada, y en el mismo momento un arcabuzazo que le entró por la espalda y le salió por el pecho, le dejó sin vida sobre el cadáver del sargento.

Ya por fin á fuerza de grandes afanes y no poca sangre habian logrado asegurar las mantas contra el muro, y los gastadores estaban abriendo hornillos, para llenarlos de pólvora y volando el terraplen hacer mas practicable la brecha; y ademas habian tomado tanta precaucion y se creian tan seguros, que muchos habian entrado en el foso unos por curiosidad de ver la obra, otros por dar prisa á los gastadores y dirigir sus trabajos; cuando los franceses lograron descubrir unos traveses que los escombros de la muralla habian sepultado, y de repente hicieron una descarga de arcabucería sobre los que estaban en las mantas, de que resultaron muchos muertos y heridos. Mas no por esto se desistió de la obra comenzada: acudieron á destruir los traveses, y los hornillos se concluyeron.

Avisaron á Felipe II de la muerte del Sargento mayor y nombró para sucederle á Tejeda, natural de Salamanca, que tomó al momento posesion. Tambien mandó publicar un bando en el ejército en el cual se prevenia: *que al tiempo de arremeter, los cortesanos permaneciesen en su respectivo cuartel, y ninguno asistiese al asalto so pena de que el soldado que lo encuentre lo pueda desbalijar: que cuando se entrase en la ciudad, no degollasen á las mugeres, niños y viejos, pero los demas que mueran todos*; este encargo se hizo principalmente á los ingleses y alemanes, sin duda porque tendrian esperiencia de que serian mas sanguinarios. *Que en la Iglesia mayor se situase una guardia para que las mugeres que en ella estuvieren recogidas, y las que luego se refugiasen, fuesen respetadas.*

Todas estas disposiciones anunciaban ya la proximidad del asalto, y ademas, los gefes andaban mucho mas vigilantes, y aunque el Duque de Saboya y los capitanes y Maestres de campo ni una sola noche habian dormido en sus tiendas, sino con los soldados, esta noche se notó que tambien D. Fernando Gonzaga y algunos otros caballeros habian salido á dormir á las trincheras.

La noche pasó sin mas novedad que descolgarse por el muro un carnicero, que habia sido criado del Conde de Mega. Nada particular añadió á lo que ya se sabia por los que anteriormente habian escapado, solo ponderó la gran tristeza y llanto de las señoras, viendo tan próximo el momento fatal de la toma de la ciudad.

Al dia siguiente (26 de Agosto) se dió órden para que la artillería hiciese fuego con mas furia que los dias anteriores, y que para el medio dia estuviesen todos prevenidos para el asalto. Antes de la hora señalada, el escuadron de S. M. que se componia de mas de sesenta caballeros de la primera y mas distinguida nobleza de España, Francia, Italia, Alemania y Borgoña (1) ricamente armados y costosamente vestidos, estaba ya formado delante de la tienda real. A las dos de la tarde salió de su tienda Felipe II armado de todas armas, montado en un lindísimo y fuerte caballo de batalla, y puesto al frente de tan brillante escuadron se dirigió á las trincheras, colocándose junto á una de las brechas por donde habia de asaltarse la plaza. Ya estaban colocadas en los puntos convenientes las tropas que habian de acometer, que consistian en diez mil españoles, que eran todos los que habia en el ejército, cuatro mil tudescos y dos mil ingleses, repartidos en tres puntos, que eran los designados por donde se debia acometer. Sin estos el capitan Julian Romero tenia órden de avanzar por la parte del arrabal, atacando á una puerta que con su artillería habia derribado. La ca-

(1) Defensa que usaban los antiguos formada de gruesos tablones ó vigas, debajo de las cuales se metian los soldados para arrimarse al muro y escalarle ó minarle. Tenian delante dos ruedas para poderlos conducir fácilmente y otras unas estacas para fijarlos, y contenerlos que no volvieran atrás. Hoy se llaman manteletes, y tambien su construccion se ha mejorado, y adoptado á la nueva estrategia.

(1) Por no interrumpir la narracion y hacerla mas pesada con los muchos nombres y títulos de los caballeros que formaban este escuadron la omitimos aquí, pero la insertamos al fin.

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

ballería y demas fuerza estaban situadas á alguna distancia por todo el contorno de la ciudad, con el objeto de impedir que llegase socorro, ó fuese acometido el campamento durante el asalto.

Ya todo dispuesto, se dió órden para volar una mina que se habia practicado en la parte de Levante, y no surtió efecto. Sea por esta causa, ó lo que es mas probable (1), que el Rey, que todo lo hacia por estudio y prevision, quiso observar por sí las disposiciones tomadas para el asalto, dar tiempo á los gefes y soldados para que reconociesen bien los parages por donde habian de subir, y al dia siguiente estuviesen mas amaestrados y prontos, ó para que los enemigos, reconociendo la imposibilidad de la defensa, se rindiesen; el asalto no se verificó aquella tarde. Se esperó en vano la señal, y á las cinco de la tarde mandó el Rey, que dejando en las trincheras la guardia acostumbrada, los demas se retirasen á sus alojamientos. Él con su escuadron volvió á su tienda, de donde tornó á salir luego para visitar é inspeccionar por sí mismo los cuarteles, guardias y baterías, advirtiendo á todos, que para el dia siguiente estuviesen dispuestos á dar el asalto. Durante este aparato aterrador, en los franceses no se notó mas movimiento que poner sobre el muro algunas banderas, y tener arrimadas á él muchas picas, cuyos hierros se dejaban ver por encima, y algunas las movian con las manos.

En este dia fué herido D. Gerónimo Cavanillas en la cabeza por unas piedras que levantó una bala de cañon, y tambien un artillero, que mientras se divertia en llamar á sus compañeros para hacer alarde de su buena habilidad en apuntar á otro artillero, que desde la plaza estaba poniendo en puntería otra pieza, el francés apuntó y disparó primero, y con su bala llevó al español el brazo y muslo derecho. Tambien murió de enfermedad Don Juan Niño de Rojas, cuyo cadáver fué llevado á enterrar á Cambray.

Durante la noche se descolgaron por la muralla mas de diez soldados borgoñones, que temerosos de encontrarse y ser degollados en el asalto, se aventuraron á huir. Estos dijeron que en la plaza habia abundancia de todo, escepto de pan, que comenzaba á escasear algun tanto. Que la gente que habia para la defensa era muy poca, pero que el Almirante que continuaba firme en su propósito de morir antes que rendirse, no solo á los paisanos, sino tambien á los curas y frailes habia obligado á tomar las armas, y asistir á la defensa de la muralla. Estraña temeridad la de este hombre, de la cual dentro de pocas horas habian de ser víctimas la ciudad y la mayor parte de sus habitantes, que fueron sacrificados sin piedad por el furor de la soldadesca, despues de haber pasado por todos los horrores del asalto.

J. Quevedo.

(1) El autor de estos apuntes lo dá por seguro que el Rey adelantó este simulacro, para cerciorarse y animar á los soldados.

LA PRINCESA DE VIANA.

NOVELA HISTÓRICA.

CAPITULO IV.

En que se refieren sucesos antiguos, que magüer parezcan impertinentes, atañen al verdadero conocimiento de nuestra historia.

En medio de la oscuridad de la noche, templada un tanto por los rayos serenos de la luna ocultos á veces trás de las ráfagas ligeras que surcaban el espacio, alzábase el castillo de Orthés perteneciente á los Condes de Fox y Príncipes de Bearne, despidiendo por los pintados vidrios de sus afiligranadas ventanas, nubes de fulgor y de aromas que parecian envolverle en una atmósfera regalada. De cuando en cuando brotaban tambien raudales de tumultuosa y plácida armonía, y el alcázar todo parecia temblar bajo las cadenciosas plantas de numerosos danzadores.

Henchido estaba el venturoso castillo de la flor y nata de los Gentiles-hombres y caballeros de Francia, de los Ricos-homes, Grandes Maestres, Infanzones é hidalgos de Aragon, de Castilla y de Navarra, ostentando los españoles sus anchas y magestuosas túnicas bizantinas de riquísimo paño de seda, y brocado de oro, guarnecidas con blancas pieles discretamente adobadas, con que solian en ocasiones solemnes honrarse y honrar á sus elevados huéspedes, mientras que los franceses llevaban el traje corto, que tan comun se iba haciendo en aquella época, aunque sin los brillantes y variados colores con que los caballeros de otras naciones se engalanaban.

Todos á la sazon estaban amigablemente confundidos en el desórden con que siempre terminan las fiestas mas bien preparadas, en torno de mesas espaciosas, donde se veian esparcidas anchas y labradas copas de plata y oro, frascos enormes de vidrio, cubiertos con doble tejido de esparto y restos de viandas y platos, que habian sobrevivido á la espantosa catástrofe, en que perecieron las aves mas esquisitas que pueblan los Pirineos, las reses mas pingües de sus valles; los mas esquisitos pescados

© Biblioteca Nacional de España

de las sombrías olas del Océano, y hasta las delicadas truchas de las cristalinas aguas del Gave. El prolongado salon, teatro de las famosas hazañas de aquellos nobles caballeros, tan dispuestos y poderosos para acabar con interminables y compactas hileras de frascos de Peralta, Burdeos y Champaña, como para derrotar las descreidas turbas de los moros de Granada, el salon, repetimos, colgado de rica tapicería veneciana y adornado con los retratos de los Condes de Fox y señores de Bearne, demostraba ya el refinamiento á que la arquitectura gótica habia llegado en aquella época, por el esquisito y menudo trabajo de la magnífica techumbre que, dorada por los mas diestros artífices, parecia una ascua inmensa al rojo resplandor de las bugías. Todos los sillones tenian en su respaldo recamadas las armas de los Príncipes compuestas de toros y roeles. Entre los caballeros franceses figuraban en primer término el Duque de Borbon y Messire Juan de Rohan, al frente de los caballeros Navarros parecian estar el inflexible y duro Mosen Pierres de Peralta, y el Marqués de Córtes, y entre los castellanos sobresalia por su arrogancia y apostura D. Ruy Diaz de Mendoza.

No habia dama alguna que pudiese templar algun tanto la ruda franqueza que reinaba entre aquellos señores; pero los ecos de dulces y lejanos instrumentos llegaban de cuando en cuando á resonar en el aposento, como para demostrar que el placer y el júbilo no le pertenecia esclusivamente.

Acababa entonces de contar el Duque de Borbon una historia interrumpida á cada paso por las ocurrencias asaz atrevidas del auditorio; y el Marqués de Córtes no escarmentado aun, quiso entretenerle con nuevas aventuras creyendo sin duda cautivar la atencion de los caballeros, ora con su buen decir y mansa y apacible condicion, ora por lo estraordinario de las revelaciones que iban á salir de sus lábios.

—Señor Duque, le dijo: lo que acabais de contar maldita la gracia que tiene: sucesos algo mas estraños y mucho mas ciertos han acaecido el año de mil cuatrocientos y..... no me acuerdo exactamente.

—¡Al caso, al caso! gritó Messire Juan de Rohan, desocupando una ancha copa de oro de vino de Peralta, ¿qué nos importa la fecha?

—Probablemente lo mismo que la relacion, dijo el Duque un tanto picado.

—Pues, señor, prosiguió el Marqués con mucha calma, era el año de 1442 hácia el mes de.....

—Marqués ¡por Jesucristo vivo! que no seais machaca. ¡Vive Dios que me agrada la puntualidad!

—Messire de Rohan, ¿quién os estorba que lleneis la copa de Peralta las veces que se os antoje?

—A la verdad que no adivino quien puede ser capaz de tal audacia, contestó el caballero francés, y voy á hacer la prueba media docena de veces á ver si me equivoco.

—Proseguiré mi cuento, repuso el impertérrito Marqués, sin provocaros á tales esfuerzos; porque os aseguro, Messire Juan, que vuestra cabeza no está para mucho. Acababa pues de tremolar en Nápoles por vez primera un pendon con barras aragonesas, cuando el magnánimo Alfonso, uno de los mejores monarcas de este siglo....

—¡Alfonso, el usurpador! ¡Alfonso el adúltero! ¡Basta nterrumpió el Duque de Borbon con amargura.

—Francés sois, buen Duque, y á fé que se os conoce. Nunca será usurpador el Príncipe que triunfe de sus enemigos y sepa conservar sus conquistas por tantos años como el Rey D. Alfonso de Aragon. ¡Adúltero! Tended los ojos en derredor de todos los Príncipes y grandes señores de Europa, ¿quién de ellos será el inocente que pueda tirarle la primera piedra? Tenia el Rey una esposa infecunda, respiraba la ardiente atmósfera de un clima abrasador, donde la celebrada hermosura del pais no es comparable á la belleza de las mugeres: error fué, lo confieso, pero error que la pasion disculpa. Enamoróse pues Don Alfonso de una dama pobre, y hermosa como un ángel, y como viviese en el Borgo, iba el Monarca disfrazado á verla todas las noches. Hacia algun tiempo que en el rostro de D. Alfonso se notaba una impresion particular: su inquietud era estremada; pero el júbilo de su corazon rebosaba en el semblante, dando á conocer que esperaba con sobresalto algun acontecimiento venturoso. Un dia por fin avisáronle que era padre: temblando de amor y de alegria, embozado en su capa y acompañado de uno solo de sus mas fieles servidores, fué á conocer y á abrazar á su hija porque, en efecto, era una niña la que su amante acababa de dar á luz. Encontró la puerta cerrada: llamó á Raquel la judía, madre de leche de su querida, y nadie le respondió. Tornó á llamar con la aldaba, y siempre el mismo silencio! El corazon de Alfonso comenzó á latir con violencia: rugia la tempestad dentro de su pecho: furioso ya, llamaba con voces y aldabazos aun tiempo mismo; con la fuerza de la desesperacion desquició la débil puerta, traspasó el dintel, llamando á voces á la madre de su hijo, y solo el eco de su voz resonaba en aquellas lúgubres y tenebrosas habitaciones. Anduvo á tientas de uno en otro aposento, hasta que hollando sus pies un cuerpo humano tendido en tierra, estuvo á punto de caer, y un rayo de luna penetrando entonces por la ventana abierta del aposento iluminó las rígidas facciones de la dama. El grito pavoroso que lanzó entonces el infortunado Alfonso era capaz de conmover las entrañas mas endurecidas. ¡Tenia á sus pies el cadáver de la madre de su hija! Quedó inmóvil de terror y espanto, y pasados algunos momentos despertó de su letargo, rugiendo como la leona que ha perdido sus cachorros, llamando á su amada, llamando á su hija, llamando á la hebrea, llamando en vano al cielo mismo, que se mostraba tan sordo á sus clamores como todo cuanto le rodeaba.

—Desde que os oí nombrar á la judía me dió muy mala espina, dijo Mosen Pierres de Peralta.

—Pero, ¿quién os ha contado tan peregrina historia? añadió Ruy Diaz de Mendoza.

—Nadie, respondió el Marqués, yo mismo la he presenciado!

—¡Vos! esclamaron todos aun tiempo.

—Sí; yo fuí acompañando al desdichado Monarca, yo fuí el confidente de sus amores.

—Pero sepamos, repuso el Duque de Borbon, si el cuento concluye tan bien como ha empezado.

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

—La relacion señor Duque ha terminado ya: jamás el Rey ha logrado saber qué ha sido de su hija, ni de la hebrea, el ama de leche de su amada.

—Bien está, prosiguió el Duque de Borbon; ese cuento tiene al menos el mérito de poderse terminar con una moraleja: el Rey D. Alfonso habia cometido un crímen y Dios le castigó en su pecado.

—Señor Duque, dijo el Marqués, si una flaqueza del corazon merece tan espantoso castigo, ¿con qué tormentos podrá espiarse un delito cometido con toda frialdad? ¿qué merecerá el asesino de la querida de Alfonso y el raptor de su hija.

El rostro del Marqués animado un tanto durante su relacion, no dejaba de espresar un amargo resentimiento.

—Desearia saber, señor Marqués de Córtes, por qué haceis esa pregunta al Duque de Borbon.

—Porque el asesino fué un francés: el Duque de Anjou.

—¿Y osareis sostenerlo en todas partes?

—Donde quiera.

—¿Ahora mismo?

—Salgamos.

—Señores, señores, esclamó Messire Juan de Rohan, que á pesar de sus repetidas caricias á la copa de Peralta conservaba mas juicio que sus amigos; ¿qué nos importa todo esto? A fé que sois quisquillosos en lo que no nos vá ni nos viene! Mosen Pierres, Almirante soy de Francia, y señor de Montalvan; pero en este momento daria todo, y mi mejor caballo encima; por vuestro condado de san Esteban y Señorío de Peralta.

—Es decir, por mis viñas, contestó Mosen Pierres con aire socarron. Puesto que cada uno busca en casa de su vecino lo que tiene en la suya, ¡ea! llenad mi copa de vino de Burdeos.

—Pensarán estos españolillos, murmuró el Duque de Borbon, que porque venimos vestidos de corto no tenemos una almena donde defendernos, ni un vasallo á quien mandar!

—Y lo aciertan, que es lo peor, le contestó el Almirante.

—¿Por qué?

—Porque todo se lo manda el Rey, señores, añadió en voz alta, y sin dejar nunca su tono jovial; todos vos-

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

otros habeis referido historias que por lo crudas y espantosas no se podian digerir, á no ser por este delicioso néctar de la ribera del Ebro: yo voy á referiros cosas mas alegres. ¿Os acordais de la embajada que tuve en Valladolid cuando la Princesa Doña Blanca de Navarra se desposó con el Rey D. Enrique IV de Castilla?

—¡Que recuerdos tan impertinentes! esclamó Mosen Pierres de Peralta.

—Bien se conoce, Messire Juan, que estais ya calamocano; le dijeron al oido sus compatriotas ¿á qué mentais la soga en casa del ahorcado?

—¡Qué aspavientos son esos! esclamó en alta voz el intrépido Almirante, á quien los vapores del vino no dejaban mucho lugar á la prudencia; todos habeis contado historias lúgubres para hacer espeluznar á los chiquillos: dejadme saborear los recuerdos de aquellos buenos tiempos cuando juré á la Princesa Doña Blanca sobre la cruz de mi espada no volver á danzar con persona alguna, despues de haber tenido la señalada honra de haber bailado con ella, con la mas hermosa de las reinas españolas? ¿Estrañais por ventura que en todos los saraos me aparapeté siempre trás de las botellas? Pues no creais que es por aficion á la bebida, no, señores, es por huir de la tentacion de faltar á mi promesa.

—¿Y la habeis cumplido con fidelidad?

—Como todas las mias, Mosen Pierres, aunque hayan sido estravagantes; como todas las palabras que se dan á una dama y á una Reina. Jamás se han visto mayores fiestas que las que entonces se hicieron desde que Doña Blanca entró por Logroño en el reino de Castilla. ¡Con qué magnificencia, con qué ostentacion, con qué bizarria se portó entonces el Conde de Haro! ¡Aquella sí que era abundancia, aquellos eran manjares sabrosamente aderezados, no para los personajes de la régia comitiva, sino para el pueblo entero! ¿Os acordais, Ruy Diaz, vos que tambien sostuvisteis justas por Doña Blanca, os acordais del pregon que mandó echar el egregio Conde para que nadie comprase nada en los mercados, sino que todos, fuesen ricos y nobles, pecheros y villanos, tomáran de valde cuanto pidiesen, cuanto se les antojase? ¡Cuán prendado quedé entonces del carácter castellano! En el alcázar de Bribiesca habia un salon convertido en verde prado de mullidos céspedes: otro figuraba un bosque donde se cazaban osos, jabalíes y venados, con cincuenta monteros y numerosas trahillas de lebreles y sabuesos; y todas las fieras que allí se cazaban venian á depositarse como en trofeo á los pies de la augusta y hermosa Doña Blanca, que sentada hajo un dosel de brocado carmesí presidia todas las funciones. Celebrábanse estas de noche con tanta multitud de luces que no se echaba de menos la claridad del dia. En otro salon se figuraba un anchuroso estanque lleno de peces de colores y esquisita pesca surcado por dorados esquifes, donde pescaban con redes ó anzuelos, las mas hermosas damas, y mas bizarramente ataviadas. La gente toda rebosaba ventura y contentamiento, y ni una sombra de tristeza hacia presentir el tropel de desgracias que iban á sobrevenir á la infortunada Princesa, que pisando flores y alfombras orientales, aclamada por todos los pueblos, y respirando ámbares y esencias, llegó hasta Valladolid, donde por espacio de cuarenta dias se celebraron torneos con armas corteses ó afiladas, que con tanto valor mantuvo D. Ruy Diaz de Mendoza.

Todas las miradas se volvieron entonces hácia el noble caballero que acababa de merecer los elogios del Almirante de Francia, y como estuviese cerca de la puerta del aposento, se reparó en una dama de continente altivo soberbiamente aderezada, que con los brazos cruzados en el pecho y cierta sonrisa maligna en los lábios, estaba escuchando con imponente calma la entusiasmada relacion del Almirante.

Ninguno de los circunstantes pudo contener una esclamacion de sorpresa: el mismo Juan de Rohan dijo un tanto conmovido:

—¡Doña Leonor!

Tal era la influencia que aquella muger de una belleza varonil, de audaz y penetrante mirada, sabia ejercer en el ánimo de los mas ilustres varones de su tiempo.

—Sí, yo soy, dijo la Condesa de Fox acercándose lentamente al centro de aquel magnífico aposento: yo soy, Messire Juan de Rohan, que al oir los merecidos elogios que dispensais á mi querida hermana Doña Blanca, no he debido interrumpiros con mi presencia para que vos, sin duda por no ofender mi modestia, suspendieseis una relacion que tanto me lisonjea.

Contrastaba de tal manera la irónica sonrisa de sus lábios con la dulzura y suavidad de sus palabras, que el Almirante se quedó como sorprendido no sabiendo que responder á la Condesa. Esta sin embargo dueña siempre de sí misma continuó diciendo:

—Vengo tambien á daros una buena noticia, señor Almirante; mi muy amada hermana Doña Blanca de Navarra, esposa repudiada del Rey de Castilla, debe muy pronto hallarse en este alcázar para honrar con su presencia la boda de mi hijo.

—¡Será posible!

—¡La Princesa aquí!

—¿De dónde sale?

—¿Qué ha sido de ella?

Con estas esclamaciones fueron acogidas las palabras de la Condesa. Conocian los caballeros, aunque no en toda su estension, el ódio irreconciliable que separaba á las dos hermanas, y nadie podia dar crédito á una noticia tan estraña.

—No dudeis, Señora, que acabais de darme una nueva que me colma de gozo, respondió por fin Juan de Rohan. ¡Vuelva yo á ver á la escelsa niña que no ha visto el sol de su ventura mas que el dia que precedió á sus desposorios, y vuélvala á ver en brazos de una hermana con quien hasta ahora se habia creido enemistada, y no podrá menos de palpitar este corazon como en los dias de mi juventud!

—La vereis, sí, la vereis en brazos de su hermana, á quien acaba de ceder todos sus derechos á la corona de Navarra; la vereis con el hábito humilde de religiosa, preferir una corona inmortal que Dios reserva á las almas que perseveran hasta el fin en su servicio, á una corona que solo puede soportarse como una carga, como una cruz que Dios nos impone.

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

Todos los caballeros se apresuraron á darle mil parabienes, y ella tomando el brazo de Mosen Pierres de Peralta desapareció dirigiendo altivas y triunfantes miradas sobre la frente de la grandeza de tres reinos.

—Pero Condesa ¿ha llegado ya? le dijo el caballero en voz baja.

—Vendrá pronto.

—Es que, segun mi cuenta, ya debia estar aquí.

—Estará.

—Y ¿teneis confianza de que renuncie? porque realmente me ha parecido un poco aventurada vuestra indicacion.

—No tengo confianza, tengo seguridad.

—Señora, yo no me las prometo tan felices.

—Yo sí: tengo de ser Reina aunque sea por quince dias, me lo ha prometido la hechicera Raquel, y lo seré. ¿Pero sabeis, Mosen Pierres, cual es el verdadero objeto de mi venida?

—No lo puedo adivinar.

—Estoy buscando á mi hijo D. Gaston, y no lo encuentro en ninguna parte.

—¡Cómo! ¿El novio ha desaparecido?

—El novio no puede disimular la repugnancia de semejante enlace, y esto pudiera trastornar nuestros planes. Retiraos ya Peralta.

—Saludo á la nueva Princesa de Viana.

—La Reina futura de Navarra sabrá premiar vuestras atenciones y servicios.

Mosen Pierres dejándola en los salones de baile volvió á reunirse á sus compañeros de sobremesa.

CAPITULO V.

De lo que pueden aprender los hijos de los padres; y de lo que pueden amar los sobrinos á los tios.

Los mismos rayos de la siniestra luz que alumbraban el camino de Orthés á la Princesa de Viana, y á su valeroso libertador, penetrando por los vidrios de color de los arcos ojivales de una galería baja del castillo, iluminaban el ancha frente de un jóven de diez y ocho años cubierta con un capirucho de terciopelo negro, sombreado por una pluma de nevado cisne. La mano derecha sobre su daga y escondida la otra en los anchos pliegues de su gaban, paseábase bajo las desiertas y sombrías bóvedas de aquellos ánditos medrosos. Apuesto, bizarro y de gentil presencia, mostraba en su semblante y en sus movimientos la viveza natural de sus pocos años, y el despecho y la tristeza de que se hallaba súbitamente revestido, daban bien á entender que aquella flor, recien cortada del tallo de su ventura, conservaba todavía sus antiguos matices y perfumes. Eran sus pasos precipitados unas veces, lánguidos otras, y perezosos, y no pocas deteníase de improviso quedando inmóvil y triste como la estátua del dolor. Tan varios como sus pasos debian ser sus pensamientos.

Como el eco repetia sus pisadas en los ángulos de la galería, no advirtió que una señora, deslizándose como una sombra llegó con silenciosa planta, y se quedó contemplándole un momento en la oscuridad. El jóven continuaba entonces tan distraido que no reparó en dos ojos que brillaban en las tinieblas. El roce del luengo traje de terciopelo que arrastraba la señora al aproximársele todavía mas, le sacaron por fin de su arrobamiento, y se estremeció involuntariamente al oir una voz seca y penetrante que le decia:

—¡Gaston!

Era en efecto el recien desposado Príncipe D. Gaston de Fox que se hallaba sorprendido en aquella soledad: su turbacion no le dejó pronunciar una sola palabra.

—Gaston, hijo mio, volvió á repetir aquella voz un poco mas suavizada, ¿daré crédito á mis ojos? ¿es este el sitio donde debo encontrarte la segunda noche de tus bodas? Dos reinos se desnudan de su pompa; y por ensalzar tu himeneo huérfanos quedan de sus mas bizarras damas y de sus mas claros varones: de luengas tierras viene al alcázar de Orthés la flor y la nata de los caballeros ¿y esquivas su presencia? ¿Qué tienes? ¿qué te sucede? ¿quién te ha ofendido? Siéntese desde aquí la algazara del festin, el estruendo de las danzas, el eco plácido de los instrumentos: el júbilo tiende sus álas por todas partes; y tú, por quien tantas fiestas se celebran, por quien se congregan tanta grandeza y tanta bizarría, tú solo has de aparecer adusto y meditabundo, con una tristeza impropia de tus pocos años y de la dicha que te envidian!

—¿Y quién echa de menos, madre mia, respondió Don Gaston con un suspiro, quién fuera de vos advierte mi falta en los salones? ¿qué necesidad tiene nadie de mi presencia para su dicha? Dejad, madre querida, dejad que permanezca solo. Aquí, al menos, ni se me escarnece, ni se me insulta.

—¡Escarnecerte! ¡insultarte! ¡No, no, es imposible! El hijo de Doña Leonor de Navarra insultado y escarnecido no se hallaria tranquilamente en este sitio, ciñendo espada.

—Sosegaos, Doña Leonor: las afrentas que han caido sobre mí no son de las que puede vengar el acero.

Pesaroso entonces el jóven de las palabras que á su despecho le habian arrancado, asióla de la mano, y llevándola cerca de la vidriera de la galería, la dijo con ternura y efusion.

—Ahora que os encontrais aquí, madre mia, á solas con vuestro hijo; ahora que nadie nos vé mas que el astro melancólico que contempla silencioso mi tristeza, ahora que el famoso caballero Don Floristan de Acuña á quien debo la vida, decidme: ¿hay algun corazon en los salones de alcázar que eche de menos al desposado?

—¿Puedes dudarlo? esclamó la Condesa con asombro, y añadió luego con una tibieza que denotaba el poco convencimiento que tenia de sus palabras: Magdalena, tu esposa, tiene la mayor inquietud...

—¡No! os engañais, ó por mejor decir, quereis engañarme. La altiva hermana del Rey de Francia, la augusta Princesa que á mis castillos, toros y roeles de Fox y de Bearne junta sus lises de oro, bien lo sabeis, madre mia, es incapaz de amar. Necia, arrogante con el esplendor de su régia cuna, si tiene corazon, tan solamente late cuando el orgullo y la vanidad le arrullan.

© Biblioteca Nacional de España

—Pero Gaston, le interrumpió su madre, con una frialdad que dejó helado al ardiente mancebo: ¿qué importa para tu dicha, qué importa para que tú seas su marido y cuñado del Rey de Francia Luis el Onceno?

—¡Ah! teneis razon, contestó el jóven con amarga sonrisa, teneis razon: nada importa. Si yo, jóven inesperto doblé mi cuello ayer á la coyunda del himeneo, desposándome con una muger á quien desconocia, con una dama

que puede brillar mas bien por su altivez que por su hermosura, debo sin embargo sonreirme y vivir tranquilo, porque esta muger indiferente, y que tal vez pueda llegar á serme aborrecida, es hermana del Rey mas poderoso de la tierra.

—¡Pobre mozo! Todavia ignoras que los que nacen á la sombra de los tronos no nacen para amar; que su himeneo no junta corazon á corazon, sino estados con estados.

—Mozo soy, decís bien, madre mia, pero de poco tiempo á esta parte he aprendido á mi costa lo que ahora habeis querido enseñarme; y tambien he logrado saber que aquel de los esposos que se presente con mayor número de blasones, ó con mas títulos de dignidad, aquel será siempre el gefe y tendrá al otro consorte por esclavo.

—¿Qué decís, hijo mio? le preguntó Doña Leonor con algun sobresalto.

—¿No me entendeis?

—¡Gaston, Gaston, quisiera no entenderte!

—Tened la bondad de oirme, Doña Leonor: suponed que vuestro hijo D. Gaston, sin haber visto de su esposa mas que la infiel imágen trazada por un pincel adulador, cede á los ruegos con que la importuna una madre tierna y cariñosa. Quiero ser mas franco todavía; suponed que cede tambien vuestro hijo, fascinado por un rayo de ambicion que brilla súbito ante sus ojos, y entrega por fin su mano indiferente y yerta á una muger, que le entrega en cambio la suya con la misma frialdad, con la misma indiferencia. Verdad es que el D. Gaston es hijo único de los Condes de Fox y Príncipes de Bearne: que su madre viuda es hija del Rey de Aragon y de Navarra Don Juan II. ¿Pero qué son todos estos timbres para la hermana del Rey Luis de Francia, cuyos ojos acostumbran á ver en torno suyo vasallos que ocupan tronos y arrastran púrpuras? ¿qué es el condado de Fox? ¿qué es el principado de Bearne? ¿Qué es el señorío de Moncada? ¿qué es todo esto á los ojos de Madama Magdalena?

El orgullo y la altivez de la Condesa se resintieron con las palabras de su hijo, y el orgullo y el amor propio heridos despertaron en ella una pasion mas noble: el amor maternal.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

—¡Ella, ella, esclamó, menospreciar á mi hijo!

—Vuestro hijo, Señora, se reconoce inferior á su muger, y debe sufrir ese altivo desdén, esa arrogancia que le abruma, que le humilla, que le escarnece en todas partes.

—No, no hubieras salido tú de mis entrañas para vivir con tanta afrenta: ¿pero qué te ha pasado? ¿qué te ha dicho?

—¡Oh! cuando ella se digna desplegar sus lábios en mi presencia, pronuncia tan solo lamentos por lo que ha perdido, desdenes por lo presente, temores por lo futuro.

—¡Calla, calla, hijo mio! cada palabra tuya es un puñal para tu madre. ¡Ella despreciar á mi hijo! ¡Ella tenerle en menos! ¡Ella desconocer los tesoros que su corazon encierra! Bien hace, sí; bien hace mientras su oscura frente se confunde ignorada entre la muchedumbre de señores feudales. Bien hace; pero llegará el dia en que el sol anublado aparezca de repente sobre las gradas de un trono, y lance desde allí vivos rayos de luz que le deslumbren!

—Madre, madre, ¿qué quereis decir? le interrumpió Gaston gozoso y espantado á la vez por el impetuoso arranque de la Condesa.

—¡Nada! súfrelos hoy esos desprecios, y sepulta la cólera en el fondo de tu corazon, que si en vasallos manda tu madre, todavía somos vasallos de un Rey: todavía tenemos un hombre superior sobre la tierra. Pero llegará muy pronto el dia en que ciñendo tu frente una diadema veas tan solo á Dios sobre tu cabeza: á Dios tan solo: pero á nadie mas. ¿Lo dudas? añadió Leonor, viendo á su hijo que le escuchaba atónito y confuso.

—¡Oh! no, no quiero dudarlo, madre mia: nunca tuve mayor necesidad de creeros; un trono necesito.

—Le tendrás.

—¡Cielos!

—Le tendrás; pero entonces...

—Entonces, esclamó Don Gaston fulminando con sus ojos, entonces cojeré la régia púrpura, y arrojándola á los pies de mi esposa: «encubre tu arrogancia, le diré, encúbrela con ese manto que recibes de mi mano, en castigo de tu desvanecimiento.» ¡Ah! pero estos son delirios, madre mia: ¿cómo es posible que lleguen á realizarse?

—Escucha, le respondió la Condesa; tiempo es ya de revelártelo todo. Veo que tu corazon emprende con entusiasmo el camino de nuestra elevacion y grandeza: este camino está cercado de precipicios, está tal vez interceptado por importunos; pero el valor y la serenidad salvan de los primeros, y hay venenos que desembarazan de los segundos.

D. Gaston miró á su madre con asombro, casi con miedo; pero fascinado por su ardiente mirada no pudo abrir los lábios: la Condesa continuó sin alteracion ninguna.

—Hija soy menor del Rey de Navarra: para ascender al trono delante de mi tenia dos hermanos; pues bien, el primogénito, Cárlos, el Príncipe de Viana, ha muerto, dijo Leonor con voz sombría; ha muerto en la flor de su juventud, como si el cielo hubiese querido imponerle un castigo por haberse revelado contra su padre y su Monarca.

Hizo aquí la Condesa una pausa forzada, su frente se arrugó imperceptiblemente, y un pensamiento sombrío atravesó por ella, como los negros nubarrones que surcan el azul del firmamento impelidos al soplo de las tempestades. Su hijo entre tanto esperaba que llegase el fin de aquellas terribles revelaciones, como el ginete espera que su caballo desbocado le precipite en los abismos. Serena ya Doña Leonor, continuó con firme acento:

—Muerto el Príncipe de Viana, mi hermana Doña Blanca de Navarra es el único obstáculo, la única barrera que me separa del trono, y esa barrera tambien está salvada.

—¡Gran Dios! esclamó D. Gaston con terror.

—No, nada temas. Esa Reina repudiada que imita en su conducta y en su ambicion á mi hermano Cárlos (Q. D. G.), no querrá obstinarse en seguir sus huellas hasta el fin de su carrera. No morirá como él, pero tendrá que hacer renuncia de su derecho, ó vivir encerrada para siempre en este alcázar.

—Y ¿pensais que á precio de tantos crímenes he de comprar una diadema? Os equivocais. La corona de Navarra seria para mi un cerco de hierro candente que me abrasára la cabeza.

—Gaston, tus escrúpulos son ya vanos: cuanto tú digas viene ya tarde. ¿Por qué te parece que el Rey de Francia ha consentido en que su augusta hermana se despose contigo, que no eres mas que el hijo de un Conde; contigo, que sin la muerte ó la renuncia de Doña Blanca, nunca podrias pasar de ser hijo de un feudatario? Tiempo es ya de que lo sepas: un artículo de los contratos de esta boda, acordados entre el Rey de Francia y el Rey de Navarra y Aragon, mi augusto padre, es el que al dia siguiente de los desposorios ha de venir á mi poder esa hermana rebelde, á quien yo no, sino mi padre y soberano quiere desheredar.

—¿Con qué ya, segun eso teneis á buen recaudo en este castillo á la infeliz Princesa?

—Todavía no, contestó Doña Leonor; pero, ya lo vés, estoy tranquila. Uno de los caballeros mas esforsados y mas fieles servidores del Rey mi padre, el buen Sancho de Erviti ha ido á sacar á la Princesa del convento de San Juan de Pié de Puerto, donde ha permanecido encerrada desde la muerte del desdichado Cárlos. Sancho me ha enviado á decir con un escudero suyo que llegaban esta noche sin falta alguna. Hoy mismo le revelaremos la muerte de su hermano; hoy mismo verá la órden de nuestro padre para que renuncie á sus derechos, sino quiere ser de ellos ignominiosamente destituida: hoy mismo quedaré yo reconocida como Princesa de Viana. El Rey mi padre está ya con un pié en el sepulcro, y yo con otro sobre las gradas de su trono: déjame reinar un mes siquiera: déjame satisfacer esta ansiedad, la única de mi vida, que entonces yo misma pondré sobre tus sienes la corona que arrancaré de mi cabeza, y toda mi ventura habrá de cifrarse en verte sobre el trono mirando con arrogancia y desdén á la muger que te insulta.

Tan profunda fué la impresion que en el ánimo del

© Biblioteca Nacional de España

generoso mancebo causaron las terribles revelaciones de su madre; tan humillado se encontraba á sus propios ojos, que sin responder una palabra, sin levantar la frente del suelo, encogiéndose de hombros, salió apresuradamente de la galería; y como si aquella soledad no fuese bastante profunda para ocultar su despecho y su vergüenza, se fué á sepultar en el fondo de una habitacion en que solia morar antes de su enlace.

Al traspasar el dintel advirtió con disgusto que estaba iluminada aunque débilmente por una lámpara misteriosa. La luz es quizá el testigo mas enojoso para las penas. Distraido sin embargo, íbase á dejar caer sobre un

sillon de ébano con embutidos de marfil, cuando reparó que estaba ocupado por una religiosa. El arrogante mancebo, vencedor en tantas justas y torneos, y que á pesar de sus pocos años, habia hecho con gloria la célebre campaña de Calahorra, no pudo menos de lanzar un grito agudo de terror y espanto. Nunca el alma está mas dispuesta á la supersticion que cuando se encuentra agobiada por el infortunio: nada entonces sucede que no parezca estraño y sobrenatural; nada que no sea el presagio de mayores calamidades, ó el anuncio de la ventura. Abrumados por la espantosa verdad del mundo real, nos complacemos en lanzarnos á otro mundo donde creemos encontrar raudales perennes de consuelo. Tan sobrecogido se vió D. Gaston con el aspecto de aquella hermosa y arrogante matrona, cuyas pálidas facciones resaltaban mas y mas á la incierta luz de la lámpara y sobre el fondo oscuro del sillon, fascinóle tanto aquel hábito religioso que creyendo á la Princesa de Viana una aparicion celeste, que de parte de Dios venia á conminarle con terribles penas, si osaba atentar á los derechos de la hermana de su madre, cayó de rodillas ante sus plantas esclamando con honda voz:

—¡Perdon, Dios mio!

Asustada la Princesa al ver los estraños ademanes, y al escuchar la inesplicable esclamacion del caballero, huyó despavorida de su lado.

—¿Quién sois vos? le dijo entonces D. Gaston, que comenzaba á salir de su alucinamiento.

—Soy una dama desgraciada, le respondió con trémula voz Doña Blanca, una señora que ha venido á pedir hospitalidad á este castillo.

—Yo soy su dueño, y Dios nos manda partir nuestro pan y nuestra fortuna con los huéspedes que nos honran. ¿Pero quién sois vos? ¿quién os ha traido aquí? ¿habeis venido sola?

—Permitidme, caballero, que no responda mas que á

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

vuestra última pregunta. He venido acompañada de un guerrero que dice ser amigo, muy amigo del dueño de esta casa. Vuestros criados le han reconocido al pronunciar algunas palabras en voz baja, y me han conducido á este aposento: el caballero ha ido en busca vuestra, y entre tanto, sin haberle visto como presumo, os habeis presentado.

—¿Pero no me direis al menos cómo se llama ese amigo mio que os acompaña?

—Se llama Gimeno, respondió la Princesa despues de haber titubeado un instante: es natural de la villa Mendavia, en el reino de Navarra.

—¡Gimeno!.... ¡De Mendavia! por mi honor os juro, señora, que ni le conozco, ni jamás he oido su nombre.

—¿Será posible, Dios mio, que por equivocacion hayamos venido á una casa desconocida?

—¿Qué importa, señora? habeis traspasado el puente de nuestro castillo, y sois ya para nosotros una amiga, una hermana, una persona sagrada. Habeis entrado en esta casa derramando favores á su dueño: cuando vine á este aposento mi corazon ulcerado se partia de dolor, y el dulce mirar de vuestros ojos, el eco blando de vuestro acento han ido apaciguando poco á poco los tormentos que me devoraban. Os he tenido en mi primer asombro por un ángel, por una santa, por uno de aquellos séres que Dios suele enviar á sus escogidos para guiar sus pasos: veo que sois de este mundo; pero veo tambien que hay ángeles en la tierra. Jamás, jamás podré olvidar el beneficio que me habeis hecho, calmando mis dolores. Venid, venid conmigo á los salones donde se ostenta la hermosura de tres reinos: venid á eclipsar á todas en gracia, en dignidad y en modestia. Voy á presentaros á mi madre y señora Doña Leonor de Navarra, Condesa de Fox y Princesa de Bearne.

—¡La Condesa de Fox! ¿Yo estoy en casa de la Condesa? preguntó Doña Blanca con terror.

—Sí: ¿la conoceis por ventura?

—¡Ah! ¡cuán desgraciada soy si él tambien me engaña, si él como todos me vende! Cúmplase, Dios mio, tu voluntad.

La Princesa pronunció con doloroso abatimiento estas últimas palabras, y cayendo en el sillon alzando los ojos al cielo, conoció que la vista se le turbaba: lanzó despues un débil gemido y quedó profundamente desmayada.

D. Gaston en pié delante de ella la contemplaba con asombro, con delirio.

Entró despues Gimeno en el aposento, y ni el roce de su armadura, ni el estruendo de sus pasos pudo sacar al jóven del éxtasis á que se habia entregado, hasta que lanzándose el recien venido á sus brazos, le dijo con el acento mas cariñoso:

—¡D. Gaston, amigo mio!

El hijo de la Condesa volviendo en sí al eco de aquella voz tan conocida le contestó entre confuso y alborozado:

—¡Floristan! ¡Floristan!...

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

© Biblioteca Nacional de España

ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS.

EL DUQUE DE RIVAS.

Al encabezar con tan esclarecido nombre el presente artículo es nuestro ánimo continuar cumpliendo una deuda que contragimos para con el público desde que en otros varios artículos anteriormente publicados en el LABERINTO, ofrecimos pasar una revista tan detenida y exacta cuanto nos fuera posible á los productos de nuestra literatura contemporánea, entendiendo por tal la que comenzó á desarrollarse bajo el influjo de la última revolucion política de nuestro pais, y principalmente la comprendida en el periodo de la última década transcurrida. Hemos anunciado, y ahora creemos preciso repetir, que al intentar semejante empresa no tenemos la petulancia de querer arrojar nuestro fallo como pasado en autoridad de cosa juzgada sobre fenómenos, que por una parte no estan completos todavia, sino elaborándose con harta lentitud, y que por otra, deben estar tanto menos sometidos á nuestra inspeccion decisiva cuanto mas incompetentes reconocemos nuestras facultades para apreciarlos en todo su valor. Ya lo hemos dicho, somos poco mas que meros expositores y bastante menos que críticos. Con tal que acertemos á enumerar con alguna claridad y el órden cronológico que reclama la naturaleza de nuestro asunto las producciones mas estimables de los ingenios mas justamente célebres de nuestra época, habremos llenado la mitad de nuestro propósito. Si despues de esto conseguimos compendiar con la precision debida los juicios mas notables que se hayan hecho de aquellas precauciones en el momento de su aparicion respectiva, habremos dado complemento á nuestra humilde intencion, consiguiendo de este modo hacer una reseña histórica, no solo de los fenómenos literarios que han tenido lugar en los últimos tiempos, sino de la manera en que la crítica los ha ido sucesivamente acogiendo en medio del vertiginoso estravío que ha dominado nuestra sensibilidad é inteligencia.

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

Ya hemos visto como al par que nuestra poesía dramática antigua brotó al impulso de inspiraciones verdaderamente nacionales y por consiguiente originales de todo punto y espontáneas, nuestra poesía lírica, si se esceptúa el romance, que tambien nos pertenece por derecho de incontestable propiedad, debió su orígen y desarrollo á inspiraciones que le eran estrañas, y que limitándola por consiguiente al círculo de los remedos, consiguieron prestarla no mas que una vida facticia, una gala postiza, que si bien alcanzó á darla apariencias de belleza, no bastaba á ocultar la falta de jugo que la nutriese y fecundase, comunicándola una existencia propia, robusta y verdaderamente característica. Hemos visto á nuestros líricos, especialmente los del siglo XVI y siguiente rebuscar con un afan laudable la perfeccion en la forma de sus obras, adoptando por modelo la poesía latina y la italiana, y combinando los elementos que estas les suministraban para alcanzar una cultura académica; pero tambien hemos visto que á vuelta de estas ventajas condenaban á un injusto olvido nuestra poesía popular; desatendian los gérmenes fecundos, que residian en nosotros mismos, es decir, en nuestra historia, en el carácter de nuestra sociedad, en nuestras creencias, en nuestras costumbres, para mendigarlos á una época remota y a un pueblo desconocido. Aquí resonaba un eco de Horacio, allí de Ovidio, acá del Tasso, acullá del Petrarca; y en ningun lado, ó en muy pocos al menos, el acento de un poeta español y cristiano; y en ninguno por consiguiente la revelacion de un sentimiento, ó de una idea comunes, nacionales, propios del cantor y del pueblo á quien se cantaban.

Hemos procurado tambien examinar las consecuencias que produjeron estas causas en manos de Góngora y sus sectarios.—Careciendo la poesía que á estos habia inmediatamente precedido de una vida interna, de un principio filosófico que la animára, y agitándose por lo tanto en la reducida esfera de las formas, era difícil que buscára en otra parte la via de su progreso; y hé aquí cómo el dia en que aspiró á adquirir alguna cosa nueva, buscó esta novedad solo en las formas; y como de estas se hallaban ya agotadas las que entonces podian recibirse por perfectas en fuerza de los innumerables giros que habian sufrido para ocurrir al remedio de su monotonía, sucedieron otras tan imperfectas, ó mejor dicho, tan absurdas como fueron las adoptadas por *el culteranismo*, especialmente á fines del siglo XVII.

Hemos indicado tambien los recursos con que contaba y cuales de estos empleó la llamada *restauracion* de fines del siglo pasado para resucitar el buen gusto en manos de Melendez y sus contemporáneos; y al hacernos cargo de este periodo, hemos hallado dos vicios dominantes en la literatura, que produjo. En un principio, la imitacion descolorida de nuestros poetas del *siglo de oro*, la reproduccion mas ó menos fiel de aquella belleza académica de las formas que no basta á llenar las exigencias del sentimiento y la imaginacion, elementos constitutivos y esenciales de la poesía, y que como tales reclaman del poeta algo mas que las bellezas de las formas. El vicio, que á este sucedió, fué el estremo opuesto al que debiera haberse corregido, es decir, el filosofismo disertador, descarnado, falto en fin de los accidentes poéticos, que habian sido antes prodigados sin discernimiento ni oportunidad.

El exámen de este periodo nos trajo naturalmente á punto de enlazar con los demas pasados el de nuestra literatura contemporánea; y vimos estampados bajo nuestra pluma los nombres de poetas, que aun viven, y de los cuales unos han permanecido constantemente fieles á la bandera literaria bajo la cual militaron en su juventud; otros mas lejanos de estos, y mas próximos por tanto á la actualidad han desertado de sus filas primitivas, declarándose partidarios de lo nuevo, que estamos presenciando, y aceptando completamente las consecuencias de la revolucion, que los ha contado en el número de sus privilegiados campeones.

Uno de estos, el primero en el órden cronológico de su aparicion respectiva, y no ciertamente el último en brio para comenzar y en constancia y fé para proseguir, es el Excmo. Sr. D. Angel Saavedra, Duque de Rivas. Arrullado en su infancia por las brisas del Guadalquivir, soldado en su juventud, proscripto en su virilidad, parece haber recibido de la naturaleza el sublime don de la poesía para ponerlo á la prueba de todas las vicisitudes, que lo han agitado en la gloriosa carrera de su vida. Colocado por su edad en un punto á propósito para observar y comprender el término y el principio respectivo de dos generaciones, de dos épocas distintas, ha encontrado en su sensibilidad y en su imaginacion esa movilidad indispensable para aceptar con entusiasmo todo lo nuevo que aparece con fundadas pretensiones de grandioso y fecundo.—Como soldado lanzóse en álas del honor adonde el deber tambien lo llamaba para unir su voz y su brazo al grito de independencia, que levantó su patria contra injustos invasores. Como ciudadano aceptó con ardiente fé las reformas políticas inauguradas en su patria, cuyo gérmen habia visto fermentar en los campos de batalla; y mas tarde en fin como proscripto, no pudo defenderse del doloroso abatimiento, que oprime el espíritu de quien gime apartado de playas queridas y agoviado con el peso de amargos desengaños, que alivia de tarde en tarde alguna esperanza lejana.

No hay faz de esta varia y novelesca existencia que el Duque de Rivas no haya hecho reflejar en su poesía con una viveza casi igual á la de las distintas sensaciones que se la han inspirado; pocos hombres alcanzan el privilegio de hallar tan fácil y acomodada interpretacion á sus ideas y sentimientos, que tan absoluto dominio ejerzan, que con tanta fuerza se impriman en su espíritu y en su corazon. El Duque alcanza este privilegio, porque á su carácter impresionable hasta el estremo se junta un talento penetrante, una intuicion perspicaz, como necesita el poeta para encontrar sin esfuerzo el lado profundo y bello de los sucesos y de las ideas. Pero estas mismas cualidades, que le hacen disponer tan atinadamente de todas las imágenes, de todos los tonos que existen en las regiones de la poesía, constituyen tambien el manantial de los principales defectos, que con razon á veces ha encontrado la crítica en sus obras. Esa propia flexibilidad de su espíritu, junta con la movilidad que es consiguiente á ella, es

© Biblioteca Nacional de España

la que en nuestro juicio constituye esa tendencia que se le advierte á abdicar varias veces su originalidad para abandonarse á la imitacion de modelos que lo preocupan demasiado, que lo arrastran en pos sí con tal violencia, que ni aun tiempo le dejan para sospechar que imita. Por iguales razones puede tambien esplicarse esa desigualdad de su estilo, tan constante y universal, que ya es característica de sus obras, que tambien pasa frecuentemente del estilo al plan general de sus concepciones, produciendo en sus distintas partes una incoherencia, que hace á veces oscuros, á veces débiles los pensamientos mas claros, los argumentos mas fecundos.

Examínese cualquiera obra un poco larga del Duque, y se hallarán las pruebas de cuanto dejamos espuesto. Desde luego puede asegurarse que el principio es siempre lo mejor de sus composiciones, porque allí obran con todo su vigor las impresiones, que le han inspirado su argumento, allí está vivo el fuego, que se apodera de su espíritu; y ademas de esto no ha tenido tiempo aun para imitar á nadie, porque de seguro su primera inspiracion le pertenece siempre: en el principio es siempre original, grandilocuo, armonioso, conciso, capaz en fin de infundir entusiasmo y confianza al mas tibio, al mas descontento. Pero sigámosle á medida que vá avanzando en su obra; y bien pronto conoceremos que las impresiones que la motivaron, se debilitan en cuanto tiene que darlas una distribucion ordenada; que se disipan para dar cabida á otras estrañas, ó sobrantes cuando menos en su composicion; y entonces le vemos tomar sin quererlo el de las inspiraciones de otros lo que ya comienza á faltarle para formular completamente la suya; entonces encontramos ya las descripciones minuciosas, las reflexiones prolijas, el desaliño en la versificacion, la incoherencia de los accidentes, ese abandono en fin particular de su estilo, que nos hace dudar si es uno mismo el autor de lo que entonces leemos y el de lo que leimos algunas páginas antes.

Sucede en medio de esto, y es muy natural que suceda á poetas de la especie del Duque, especialmente en las obras de alguna estension, que á vueltas del desfallecimiento, de la degradacion, que el autor muestra cuando la lleva ya adelantada, sobreviene otro periodo de brio, se recobran sus fuerzas, y por consiguiente su estilo torna á levantarse, y vuelve el lector á gozar y reconoce al autor, que lo dominó en el principio. Pero como por lo general aquel desfallecimiento, aquella degradacion han roto no solo la unidad del estilo, sino la unidad del plan general de la obra, cuando luego sucede el periodo de reanimacion, estan ya rotos, digámoslo así, algunos hilos del asunto, estan sueltos algunos cabos de la trama, que dificilmente se vuelven á unir con la naturalidad, con la gradacion necesarias para ir á parar á un desenlace propio acomodado al tono general de la obra y naturalmente deducido de sus precedentes.

Todas estas consideraciones son, á nuestro modo de ver, exactamente aplicables á las obras en que el Duque de Rivas ha intentado desenvolver una série algo dilatada de sucesos, ó algun pensamiento complicado: y por lo mismo que á las demas obras que no son de esta especie, no pueden aplicarse en su mayor parte aquellas consideraciones, es preciso aplicarles en cambio todos los elogios debidos á la perfeccion casi constante, que efectivamente ostentan en las obras de corta estension las facultades eminentemente poéticas del Duque de Rivas. Vamos, pues, á hablar algo en particular de unas y de otras.

Para cumplir lo menos mal posible con nuestro propósito, forzoso nos es decir cuatro palabras acerca de las primicias que el señor Duque consagró en su juventud al clásico Parnaso. No es culpa nuestra si los tomos que las contienen han llegado á nuestras manos á despecho de su desnaturalizado autor, que quisiera ver reducidos á cenizas aquellos inocentes primogénitos de sus tareas literarias. En verdad no se acierta cómo puede mirarlos con tan cruda ojeriza, pues á poco que el ilustre Duque quisiera examinarlos con alguna tolerancia, hallaría composiciones no despreciables en el género á que pertenecen, y supuesto el gusto que dominaba cuando las escribió; y encontraria otra cosa tambien mejor que esto aun, y es que en algunas de ellas apuntan ya muchos brotes felices del gérmen, que despues han producido las que sin duda no mirará con tan desapiadada malquerencia. Veria por ejemplo aquellos romances en que rendia á la musa española el homenage, que despues le ha tributado tan cumplidamente en su admirable coleccion de los *históricos*: veria aquel *Paso honroso*, en que mas de un rasgo acredita cuan á propósito habia de ser luego para arrancar, digámoslo así, el misterio de su vida á la *edad media* y retratarla en sus páginas con tan brillante colorido: y últimamente encontraria en sus odas y en sus letrillas la aptitud de que despues ha dado tan repetidas muestras para versificar en todos los metros con facilidad y armonía. Pero sin duda, el noble Duque al desertar de sus antiguas filas hízolo, como suele decirse, con armas y caballo, y no puede sufrir en paciencia se le quedáran por allá aquellas piezas de su antiguo arnés, que serán un vivo testimonio de su posterior apostasía literaria... El autor de *D. Alvaro* sabe tambien que hay apostasías que honran, y la suya debe conocer que es de las que ensalzan. ¿Por qué culparse á sí mismo, por otra parte tan desapiadadamente de haber obedecido á la influencia de doctrinas, que le impuso la autoridad y no le inspiró el convencimiento?.... Si porque Herrera á imitacion de Petrarca con su Laura, escribió á su *Luz* tanta insípida terneza, hizo el Duque tanto verso que está de sobra á su Olimpia; si porque Moratin, y Melendez, y Cienfuegos, y Quintana, y Gallego, y Arriaza habian escrito su correspondiente oda á las artes, escribió él tambien su oda á las artes; si hizo en fin lo que todos sus contemporáneos de entonces hicieron y conforme á la misma pauta y al propio compás, fué porque la autoridad del preceptismo le inspiró la necesidad de seguir é imitar ciegamente á sus contemporáneos, que guiados á su vez por el mismo espíritu, inspirados por la misma autoridad seguian é imitaban ciegamente los que habian precedido á ellos, como estos tambien imitaron á sus predecesores, puesto que para todos la poesía era un simple *arte de imitacion*.

Bien pronto debia encontrar el ilustre poeta Cordobés

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

el fondo de la rica mina que atesoraba su novelesca imaginacion, y que oculta hasta entonces para él mismo, habia ya dejado descubrir mas de una veta en aquel estilo caballeresco, que domina en su ya citado *Paso honroso* y en algunos romances de sus desdeñadas primicias poéticas. Los gérmenes, que residian en su espíritu como sofocados bajo la presion esterilizadora del preceptismo clásico, esperaban solo para desarrollarse una brisa libre que orease en sazon oportuna sus nacientes tallos; y llególes en efecto la mas fecunda para el poeta, la que meció en sus álas la lira de Ovidio, la trompa del Tasso, y de Camoens y el pincel de Cervantes, esto es, el infortunio en el destierro, la contínua pena de suspirar al recuerdo de una patria perdida, la constante necesidad de pedir á los sueños de esperanza ese bálsamo de consuelo que guarda la memoria del que sufre para embellecer hasta sus dolores.

Lejos el Duque de sus playas natales, proscripto por el anatema de una reaccion tan intolerante por lo menos como la revolucion política, que la habia precedido, llevaba á su destierro una gran coleccion de fenómenos y de teorías sociales que examinar, juntas con el recuerdo de los instintos y de las ideas que debieron despertarse vagamente en su espíritu durante aquel vértigo revolucionario, que no dejó tiempo ni libertad á los talentos españoles para analizar detenidamente aquellos fenómenos y aquellas teorías, para darse una cuenta razonada de estos instintos y de estas ideas. Apartado el Duque del teatro, donde habia visto aparecer tantos y tan distintos sucesos, al mismo tiempo que trasladado rápidamente á otros donde beia ó bien aparecer sucesos análogos, ó bien desarrollarse los ya aparecidos con todas sus consecuencias, tuvo ocasion de comparar los unos y los otros entre sí, de ejercitar su juicio con el doble auxilio de la pasada esperiencia y la observacion presente; tuvo ocasion de comunicar las ideas que iban tomando cuerpo y fórmula en su razon, con hombres eminentes, que le habian precedido en esta filosófica tarea; tuvo ocasion de estudiar diversos paises y costumbres, de recibir en fin nuevas impresiones de todo género: y desde este instante se abrió á sus ojos un universo nuevo, se ensancharon los límites de su inteligencia, y á medida que su juicio se nutria con nuevos conocimientos, su fantasía se ensanchaba, su génio poético reclamaba ese derecho esclusivo, que ejerce siempre sobre el poeta, asimilando, concentrando, absorviendo cuanto recogen su inteligencia y su sensibilidad.

Desde este istante la poesía del Duque fué nueva, porque era nueva la filosofia, que la inspiraba, y esta filosofía era nueva porque lo era la sociedad que la producia, y que él entonces empezaba á comprender.

Grandes y maravillosos hechos habian trocado la faz de la Europa: nuevas eran sus doctrinas, nuevas sus instituciones, nuevas por consiguiente sus costumbres; y una vez cambiado así el aspecto de las cosas, no podian permanecer en su antiguo estado las ideas ni las afecciones: los gustos debian cambiar al mismo tiempo que las creencias; y la imaginacion tenia que lanzarse á nuevas vias, como la razon y como los principios proclamados por ella, elaborados por la filosofía y realizados por el tiempo. Si la sociedad era tan completamente nueva, ¿cómo no habia de serlo la literatura, que es siempre y necesariamente el reflejo de la sociedad?

Fuélo en efecto; pero al modo que la sociedad lo era, es decir, vaga todavia, indeterminada, luchando con los antiguos elementos, enemiga de su pasada existencia, y al mismo tiempo que mal conocedora de lo presente, incierta de su porvenir. El principio que la dominaba, era como el que dirigia la sociedad, negativo, atento solo á destruir, y recibiendo para sostituir á lo destruido lo primero que se la venia á la mano sin mas guia que el instinto débilmente apoyado en algunas bases absolutas mal analizadas todavia, pero que á falta de reglas nuevas consolidadas por una aceptacion universal y fruto de un maduro exámen, servianle al menos de condiciones transitorias, conforme á las cuales llenaba las exigencias del momento. En literatura, como en todos los demas fenómenos sociales no se veian completamente claros entonces mas que una intencion, la de destruir, no mas que un hecho, la destruccion; pero la destruccion casi ciega, ignorante de lo que destruia, casi tanto como de lo que habia de sostituirla, porque lo antiguo y lo nuevo, lo pasado y lo futuro llegaban á ser inciertos casi en el mismo grado, como sucede en todas las épocas de transicion. Y esta incertidumbre acerca de las cosas, de los hechos fué precisamente lo que produjo esa vaguedad, que tuvieran los nombres. En política por ejemplo se llamó á lo antiguo *despotismo*, y á lo nuevo *libertad*; y tan indeterminantes, tan oscuros eran estos nombres, como los de *clasicismo y romanticismo* adoptados para significar lo antiguo y lo nuevo en literatura. Verdad es que tampoco podia suceder de otro modo: si los hechos eran oscuros, ¿cómo no lo habian de ser los nombres, que son las fórmulas de los hechos?....

Sirvan, pues, estas consideraciones para dispensarnos de definir el clasicismo y el romanticismo, ya que hemos llegado á hablar de un periodo en que habremos de repetir con frecuencia estos nombres: bástenos saber, que cada uno representa un órden distinto de cosas, que señalan dos literaturas distintas de dos épocas diversas; y puesto que esto bastará para que nos hagamos entender, dejemos á los tiempos futuros la enojosa y mas que enojosa, inoportuna tarea de calificar con mas conocimiento de causa la propiedad de voces que nosotros usaremos ahora sin esplicarlas, tales como las transmite la historia.

Testigo, pues, el Duque de Rivas de las causas y los efectos de esta revolucion literaria, que hemos bosquejado, no pudo permanecer indiferente á ella: y arrastrado por el torrente de las nuevas impresiones, que ilustrando su razon, acaloraron su fantasía, tomó puesto en las filas que ante sus ojos se formaban, y armado de todas armas entró en el combate á que semejante empeño lo impelia. Como luchaba con fé y con brios, obtuvo desde luego la victoria; pero la obtuvo á costa de las mismas pérdidas, que en el propio combate esperimentaron sus compañeros de armas por aquel tiempo.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Aludimos al *Moro expósito*, primera obra lírica, en que el Duque dió muestras de sus nuevas creencias literarias en toda la estension de los principios sobre que estas estribaban y con todas las consecuencias que constituian, digámosló así, la fisonomia de la escuela romántica. El *Moro expósito* es en su fondo una *epopeya* de una época determinada, en la que relajadas gran parte de las formas, que los preceptistas señalan como características de aquel género de obras, resulta bajo el punto de vista artístico una produccion que realmente no puede ni debe contarse en el número de los *poemas épicos*. Si atendemos á que en el *Moro expósito* aparecen retratadas con sus caracteres distintivos las dos sociedades, las dos civilizaciones, cuyo mismo choque, cuyo propio antagonismo formaba la esencia de la época en que está colocado el asunto, es decir, la España Arabe y cristiana de los siglos medios: si atendemos, á que en los hechos, cuya série y desenlace sirven para desarrollar el cuadro de esa época, figura en primer término un personaje que llama la atencion mas directa y particularmente que los demas, á quien por consiguiente podemos llamar *protagonista*, *héroe* del poema; si atendemos en fin á que del conjunto de estos hechos, y de los personajes, que en ellos intervienen mas ó menos principalmente, resulta un conjunto de ideas, de pasiones, de sucesos propios de la epopeya, creemos se convendrá con nosotros en que no es absurdo calificar con este nombre la obra de que tratamos. Pero como desde tener una obra algunas ó muchas condiciones de la epopeya á ser un verdadero poema épico, hay una distancia señalada por el arte deducido de los modelos que han suministrado las reglas admitidas, resta examinar si la obra en cuestion cumple con estas reglas prescritas por el arte para concederla ó negarla el nombre de poema épico.

No lo es, ni su autor quiso que lo fuera tampoco; porque lo que precisamente quiso fué escribir con independencia de las reglas, fuera de ellas ó contra ellas, segun lo creyese mas conveniente al desarrollo de su pensamiento: no lo es, porque muchos de los hechos parciales referidos en la obra, porque el hecho mismo general, que la sirve de argumento y desenlace, porque las formas empleadas para referir estos hechos no son las prescritas por el arte para el poema épico. La historia de una familia, la venganza de un individuo, que en resúmen constituyen el argumento del *Moro expósito*, no es asunto propio de un poema épico, porque no es uno de esos acontecimientos que cambian la faz de una sociedad, no es una de esas empresas heróicas y trascendentales, como las que inspiraron al cantor de Aquiles, al de Eneas y al de Godofredo. Esto en cuanto al argumento en general: en cuanto á los hechos individuales de que se vale el autor para desenvolverlo, no pueden en verdad tenerse por muy épicos una gran parte, que ya por la nimiedad de su objeto, ya por la bajeza de su condicion estan en desacuerdo con el tono y demas exigencias particulares de la epopeya. Vemos, por ejemplo, sin que nos choque á los héroes de Homero hacer pedazos una vaca y engullírsela luego medio cruda en honor de los Dioses; vemos repetidos estos banquetes á campo raso y no menos opíparos con que el piadoso *Eneas* entretenia el hambre voraz de sus compañeros de navegacion; y nos parece, es decir, parece á los clásicos que todo esto se halla muy en su lugar, porque en los tiempos de Aquiles y Eneas no se podia ser héroe sin comer atrozmente, y porque al fin esta gula no era mas que un homenage á los Dioses; todo esto cabe en la epopeya sin dejar de ser épico; pero no cabe del mismo modo aquella respetable ama de llaves del arcipreste de Salas, matando pollos y gallinas, que

Huyendo entre la leña y las tinajas,
Piensan cuitados, que su muerte evitan,

ni aquellas *moxas robustas, que aturden el barrio con el almirez sonoro, que quitan á las legumbres pencas y hojas inútiles, y friegan los pucheros y vasijas*. Todas estas menudencias y las demas contenidas en la parte del romance sexto del *Moro expósito* en que se describe el festin á que nos referimos, tienen un olor á cocina, que hace horripilar á la musa épica. El personaje de *Elvida*, la nodriza del pequeño Gonzalo, llena de harapos, de supersticion y de grotescos antojos tampoco puede entrar en el dominio de Clio; y quien dice estos personajes y estas escenas, dice otros muchos del *Moro expósito* que prueban bien no solo que sus formas impiden calificarlo de epopeya, artísticamente considerado, sino que su cantor no quiso que lo fuera nunca, ó por mejor decir, quiso decididamente que no lo fuera: y tanto es así, que no solo le rehusó el título de épico, sino aun el de poema, sostituyéndole en cambio el de *leyenda*, con el que se imprimió en París en 1834, y bajo cuya denominacion continúa conociéndose.

Muévenos á hacer estas observaciones, no el deseo de censurar al autor del *Moro expósito* porque haya dejado de imprimir á su obra un sello que la caracterice con la bastante determinacion para que pudiera ser clasificada en el número de los poemas, segun los clásicos entienden esta palabra: nuestro objeto es únicamente probar que puesto que no hizo ni quiso hacer esto, lo que intentó fué otra cosa, que lo mismo puede llamarse leyenda, como su autor la llama, que novela escrita en verso, y cuyo argumento está fundado en una tradicion.

Si, pues, el *Moro expósito* no es mas que una novela en verso, la crítica no puede exigir á su autor mas responsabilidad, que la que se impone el novelista y el versificador, y ha escedido sus límites cuando ha hecho otra cosa al juzgar esta produccion del Duque de Rivas. Nosotros partiendo de este supuesto, aceptando la obra bajo las condiciones que su autor la ofrece, y colocándonos para juzgarla dentro de los límites trazados por él mismo, creemos hallar en ella una novela histórica, brillante en cuanto el colorido local que la anima, revela exacta y vivamente la época á que se refiere su argumento, ya con la minuciosa descripcion de las costumbres, ya con la pintura de pasiones propias de aquel tiempo. Hallamos una accion interesante, y no nos atrevemos á llamarla escasa, porque á ser mas complicada, no hubiera podido el autor trazar tan completamente el cuadro de costumbres, cuya pintura parece ser el objeto principal de toda la obra, como lo demuestra su segundo título,

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

Córdoba y Burgos en el siglo décimo. Hallamos algunos caractéres delineados con precision y energía, si bien otros (y acaso entre estos debe contarse el protagonista Mudarra) carecen de un colorido propio, individual y constante. Acaso la razon de esta vaguedad no es otra mas que el número de personajes episódicos, mayor, á nuestro juicio, del que la accion necesita para su desarrollo, y que por su esceso mismo no pueden caracterizarse con la distincion debida. En cuanto á los detalles, en cuanto á la versificacion, hallamos comprobantes de lo que espusimos anteriormente respecto á la poesía en general del Duque de Rivas. La movilidad misma de su espíritu, el mismo fuego de su imaginacion estinguen ó debilitan fácilmente las impresiones que lo inspiran, y de ahí esa languidéz gradual que se le advierte á veces cuando las formula; de ahí esa desigualdad que le hace aparecer brillante, grandilocuo, fluido y armonioso en el principio de una narracion, de una escena, y á las pocas páginas nos lo presenta flojo, desaliñado, prolijo, y muchas veces hasta mal versificador. Lo mismo que decimos de las partes de su obra, tenemos que decir de su conjunto: brioso y magnífico en la esposicion, se le vé decaer sensiblemente conforme vá la accion adelantando, y en el final se le conoce, ó parece por lo menos que estaba ya fatigado, cansado de su obra hasta el punto de desear rematarla, como si fuera una tarea obligada, por medio de un desenlace cualquiera, fuese ó no fuese oportuno y natural, estuviese ó no en relacion con el pensamiento y tono general de la obra.

Este es en resúmen el juicio, que mas generalmente se hizo del *Moro expósito*, cuando fué conocido en España; nosotros de acuerdo con sus fundamentos principales, y hasta participando de la opinion de los que acusan al Duque por haber empleado un metro tan monótono y pesado como es el romance endecasílabo en toda la obra, creemos que es la produccion de mas jugo y menos perecedera que ha producido la poesía lírica de nuestro pais en los tiempos que vamos recorriendo: creemos que su aparicion en nuestro horizonte literario fué el grito de alarma, y la bandera, á cuya sombra se levantaron esas falanges de poetas líricos, que en breve inundaron nuestras prensas, nuestras plazas y salones, debiendo en consecuencia al Duque de Rivas el culto de gratitud, que se debe al propagador de una revolucion saludable, al apóstol de una doctrina regeneradora, y al guia práctico de la nueva senda, que en pos de él se aprestaron á seguir sus catecúmenos y sus convertidos.

Réstanos ahora decir algo respecto á la última coleccion de obras líricas, que el Duque de Rivas ha publicado, la que mas le honra sin duda, la que mayor y mejor influencia ha ejercido en nuestra literatura contemporánea, sus *Romances históricos* publicados en Madrid en 1841.

Sabido es que en esta época íbanse ya moderando las exigencias que tuvo en su principio nuestra revolucion literaria, y que á la luz de la razon menos subyugada ya por el dominio de la musa romántica, empezaba á operarse en los espíritus una reaccion, que tendia y continúa tendiendo á amalgamar los sanos principios proclamados por el clasicismo tolerante con los progresos que trae consigo toda revolucion por devastadora que aparezca, y que trajo en efecto la que aun está pasando á nuestra vista. Era, pues, llegada la hora de buscar en nuestra nacionalidad, en nuestros recuerdos las fuentes acaso olvidadas de una literatura, que siempre nos ha pertenecido, y de proscribir toda influencia de escuela determinada y de dominio estrangero. Era llegada la hora de empezar á conocer que en nuestro propio suelo, que en nuestro propio espíritu teniamos los españoles gérmenes poéticos que fecundar sin mendigar nada á Francia ni al romanticismo. Estos gérmenes no eran otros mas que el romance y la poesía romancesca, la que habia servido á nuestros poetas primitivos para cantar las hazañas de los héroes de la edad media, la que introduciéndose despues en nuestro teatro, la que sirviendo desde el nacimiento de la lengua á nuestro pueblo para espresar sus sentimientos nacionales, sus afectos individuales, y hasta su filosofía moral, estaba, por decirlo así, inoculada en nuestras venas y enteramente conforme á nuestros gustos y creencias.

El Duque de Rivas, á quien en 1834 tocó por la combinacion de circunstancias que hemos mencionado, abrir el palenque literario á los nuevos combatientes, dándoles él propio la señal del combate con la doctrina y el ejemplo, fué el primero tambien á evocar esa olvidada musa de nuestros romanceros para tributarla un bellísimo culto, declarándose su campeon en el campo de la crítica, y espresando las inspiraciones que la debia de una manera tan acomodada, con un éxito tan feliz como obtuvieron sus ya citados *Romances históricos*. Aquí es donde el Duque se encontraba realmente en su verdadero terreno; porque aquí era donde su imaginacion estaba de acuerdo con sus instintos. Ardiente y movible la primera, caballerescos y nacionales los segundos con una envidiable pureza, hallaban la una y los otros la verdadera medida de su capacidad en esa especie de poemitas de corta estension, que no dejándole por esta cualidad misma tiempo bastante para fatigarse de su obra, que prestándose por otra parte á toda la variedad de tonos que necesita la movible fantasía del Duque para espresar con oportunidad las impresiones que la agitan, llamaban su atencion hácia asuntos que al mismo tiempo que estaban en armonía con la índole particular de su carácter, con los hábitos y las ideas debidas á su condicion social, eran tambien el principal objeto de su estudio y el verdadero tesoro de su erudicion.

Con tales elementos su empresa no podia menos de obtener una completa victoria, y la obtuvo en efecto. Son tantas y tan grandes las bellezas de sus romances, tal la fuerza de colorido local que en ellos campea, tal la facilidad con que el tono de su versificacion ya fluida y delicada como el murmullo de una brisa, ya robusta y sonora como la voz de un torrente, se acomoda á la naturaleza del asunto, al carácter del personaje que describe ó pone en accion; que nos creemos transportados al tiempo en que nos coloca, hablamos con sus héroes, los reconocemos en una palabra, en un signo. Algunas veces podrá parecer minucioso en las descripciones: tal vez se le pueda hallar alguna incoherencia en las partes de alguno de sus re-

© Biblioteca Nacional de España

mances: quizá se encuentren algunos giros sobradamente atrevidos, algunas transposiciones un poco violentas en su versificacion, y tal cual rasgo de afectacion en el lenguage; pero estos lunares que por otra parte, son comunes á todas las obras poéticas del Dupue de Rivas, son precisamente mucho mas escasos en sus romances históricos, y vez hay en que se convierten en bellezas.

No nos detendremos en citar ejemplos para probar cuanto hemos dicho de los *Romances históricos*, porque la mayor parte de nuestros lectores los recordarán tambien como nosotros. ¿Quién ha podido olvidar á aquel Felipe II, sombrío, altanero y receloso imponiendo su voluntad á aquel Antonio Perez, digno secretario del Monarca, que lo obliga á cómeter un asesinato para sorprender un secreto, y presentarse manchado con la sangre de su víctima ante la enamorada y seductora princesa de Evoli? ¿Quién no se ha estremecido de horror ante el cadáver pútrido de la noble y hermosa muger, que mira *convertida en gusanos* aquel Marqués de Lombay tan apasionado amante primero y caballero tan cumplido, y despues tan ejemplar y santo religioso?

Tambien ahora el Duque se encuentra lejos de su querida Andalucía, y es probable que los verjeles de Nápoles no contenten su vista ni llenen su corazon como las orillas del Guadalquivir. Es probable que en medio de sus importantes ocupaciones diplomáticas esté combinando el plan de algun poema, y que robe muchas horas al bullicio cortesano y algunas quizás á las exigencias de la etiqueta para hacer versos. El Duque ha nacido esencial y casi esclusivamente poeta: cualquiera que sea su posicion, en cualquier época de su vida la poesía será su ocupacion privilegiada, porque es su pasion dominante. Volveremos á hablar de él cuando reseñemos las producciones dramáticas contemporáneas; por ahora la razon del método que nos hemos propuesto, nos deja hablar solo de las líricas. Hemos dicho de las del Duque de Rivas cuanto alcanza nuestro humilde juicio: mas que críticos hemos sido espositores de la crítica de que han sido objeto; réstanos advertir que para encontrarlas defectos, hemos consultado mucho la opinion de los que nos han precedido en esta difícil tarea, al paso que para encontrar las bellezas, no hemos consultado mas que á nuestro propio corazon, á las afecciones que nos hacen admirar en el Duque de Rivas á un poeta ilustre y respetar á un cumplido caballero.

GAVINO TEJADO.

COSTUMBRES.

Asamblea general de los Caballeros y Damas de Triana y toma de hábito en la orden de cierta rubia bailadora.

Mientras el Conde Duque
Pierde al Rey la España,
Por la bailadora,
Sola sane y baila.
Que tu pié tan solo
Si pulido danza,
Pintando en los aires,
Bailando en las tablas,
Fuera y tu hermosura
Borrarme del alma,
Pensamientos tristes,
Amargura y ansias;
Y su lindo aseo
Y donaire y gracia
El placer y gusto
Sacarme á la cara.
COMEDIA VERDADERA.

El dia de la convocatoria era Domingo: la hora al punto del crepúsculo vespertino y el lugar en cierta casa ubicada en la capital del mundo cabeza visible de la España (el barrio de Triana), con frontispicio á la calle *Non plus ultra* que es la de Castilla y con tapiales al mar de los rios y al rio de la gloria, quinto del Paraiso á quien al presente los nacidos llamamos Guadalquivir. Si este palacio por su humilde sobrescrito y modesta apariencia no lo hubiera escogido por suyo ningun Dux de Venecia, en cambio no lo desdeñára para regalada mansion nocturna el Visir mas amigo de frescuras y de perfumes, si le dejáran contemplar el paisaje mágico, y la vista deliciosa que desde el jardin de la casa se alcanzaba. Y si una tarde del mes de Mayo se sintiera halagado en los sentidos por el aroma de las flores y por el manso ruido de las aguas y de los árboles que allí se goza, desabrochando aquellas sus capullos y columpiándose estos al impulso del viento que consigo trae el murmullo lejano del rio y que se lleva trás sí el sonoroso estruendo de los inmediatos raudales desprendidos de la alta aberca, no hay mas decir sino que dejando los pensiles del oriente vendria á tomar asiento en Sevilla y á avecindarse en Triana. Aquel verjel y cerco de verdura, era en verdad agradable por estremo. La puerta que llevaba al zaguan y á los aposentos bajos de la casa se cobijaba con dos hermosos parrales de una pámpana verde, vivida y luciente que se confundia con los vástagos de muchos jazmines altos y enredados por las paredes de la cerca. Tales jazmines, que si estos reales aquellos eran moriscos, dejaban todos asomar por entre las oscuras y aspadas ramas de sus vástagos los blanquísimos pétalos y los perfumados cálices de sus flores. Con los jazmines, la

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

madreselva y la pasionaria se entrelazaban, confundidas, ostentando estas su morado ribete y aquellas sus perfiles albos y olorosos. En los arriates de enmedio crecian varios carámbucos y mirabeles, si coronados estos de sus ramos de nacar y oro, aquellos lloviendo sus glóbulos de topacio que resaltaban mas entre los tallos de limoneros, cidros y naranjos vestidos de azahar que se mecian pomposamente al viento. Número sin cuento de tiestos y macetas de flores se levantaban al frente en anfiteatro colocadas en andenes de tablas, invisibles á los ojos por los festones de ramaje y verdura que de todas partes rezosaban y se desprendian. Aquí remedando á la rosa, las mosquetas y diamelas daban alarma á la vista disparando antes su aroma al ambiente: allí la nicaragua, las campánulas, las arreboleras avergonzaban la pura luz del sol con sus matices y cambiantes. El galan de dia abrochando ya sus capullos que durante la siesta embalsamaban el contorno, daba lugar á que la Dama de noche desabrochára los suyos para embriagar en suavísimas esencias el aire y los sentidos. Tambien el nardo y los jacintos pagaban allí copiosamente su tributo de olores para formar con las demas flores aquella nube de voluptuosidad y de amor que cobijaba toda la estancia. De los ramos y de los vástagos de arbustos y de árboles, de aquí y de allá colgaban alternativamente con cintas de todos colores tallas de fresquísimo barro y faroles pintados, aquellas sin duda para resfriar el agua al halago del ambiente y estos para alumbrar la escena que á poco habia de representarse. Alguno que otro pájaro y colorin revolaba entre las ramas como queriendo saber las aventuras de dos ó tres mirlos y verderoles, que encerrados en sus jaulas de caña y alambre colgadas entre las flores, se deshacian en gorgeos y carrerillas y sentidas entonaciones, celebrando sin duda los encantos de aquel lugar. Es indudable que cuantos pormenores van aquí apuntados mas parecieran preparativos para pintar un pasage de Dafnis y Lise que para bambochar una escena de Rinconete y Cortadillo, si mas al lejos de la estancia que hemos copiado fielmente, no se dejáran ver otros cachibaches y menudencias menos bucólicas en verdad por lo que se apartaban del Idilio, pero mucho mas á propósito para la boca que los apantes herbolarios y botánicos que van bosquejados. Ello es que entre la sombra de las vides y debajo de los ramos flexibles de varios plátanos y laureles que cerraban al lejos el jardin, se dejaba ver larga mesa corrida, cubierta á trozos (pues no llegaba á mas la tela) con manteles de gusanillo blancos y almidonados como vestimenta de altar. A un lado y otro se miraban cestos de mimbres colmados de pan rubio ó candeal bajo mil formas caprichosas y lucidas, pero todas tentando sabrosamente al paladar. Aquí las teleras rubias de los panaderos de la Macarena, allí las roscas y hostias del bizcocho delicado de Alcalá. Los bollos y panecillos crocantes, las hogazas y cuartales con anís, los roscones de pellizco y empedrado y el pan reblandecido y de miga se miraba en altos y anchos rimeros, dando á entender golosamente el menester para que servian y la buena ocasion en que debian emplearse con las viandas, segun la calidad de las salsas y aliños en que estas se brindasen al apetito. En una mesa de pino de travesaño apoyada por el un cabecero á la pared del huerto, se dejaban ver cubiertas de pámpanos dos candiotas gualdrapeadas, es decir, cada su piquera por opuesto lado, sin duda para que los escanciadores del vino, llegado el caso, mas holgadamente y con mayor prontitud pudieran desempeñar su cometido de chirriar la piquera, soltar el caldo, llenar la vasija y pasarla en redondo á los sedientos que se ahogáran lastimosamente sin tan soberano auxilio. Como para que fuese este mas eficaz y súpito si tocaban á fuego los gargueros de los convidados, se miraban en derredor profundas hileras y anchos falanges de toda laya de cristalería. Los cortadillos, medios y chiquitas, eran como los cazadores de tales escuadrones. Los vasos de menor talla entre los cuales se miraban como de uniforme y gala por sus colores y dibujos, los ricos y antiguos artefactos de la casa de la China, formaban el cuerpo de batalla, y los vasos de ancha cavida y estupenda estatura de toda procedencia y de toda diversidad de raza, eran las mangas escogidas de granaderos y zapadores de aquel numeroso y bien dispuesto ejército. Aunque todo él reflejaba luz y brillantez por la limpieza y casi bruñido del cristal, bien se dejaba ver por la manquedad de unos vasos, la melladura de otros, las lañas curiosas de lacre de estos y las cicatrices y falta de continuidad en aquellos, que tales legiones de cristales y vasería habian rodado y peregrinado por muchas partes y sobre todo que habian militado y tomado parte en muchas escaramuzas, encuentros y refriegas del jaez y calibre propio de la que por entonces se preparaba. Este aparato guardaba consonancia con los vidrios de diversos colores que se ostentaban en dos grandes y corridos vasares que á mediana altura se miraban en la pared frontera. En ellos habia frasquillos, redomas, botellas y limetines de todos tamaños y de todas edades, encerrando y brindando al mismo tiempo los mas vistosos licores. Aquí habia *refinado*, allí *rosoli*, este frasco decia *mistela*, aquel *champurrado*, con otros apelativos y denominaciones curiosas y de gran facundia y novedad. Al mismo tiempo, en la mesa que ya hemos descrito, iban situando de trecho en trecho muchos barrilillos y cuñetes de las aceitunas mas ricas de la tierra con diversos aliños y encurtidos en verdad, pero todas puras, mondas y sin toque ni mácula alguna. Entre estos incentivos y aditamentos del paladar se veian en larga fila anchos barreños de la loza sevillana con sus flores azules y su barniz luciente y blanco, conteniendo y celando al propio tiempo algo de apetitoso y mucho de condimento, cuya fisonomía y carácter no se podia distinguir por estar enmonterado con otra vasija cada plato y barreño. Solo en medio de la mesa como en anchísimo palenque, se dejaba ver descubierto y por estilo de plaza mayor, un eterno lebrillo alfombrado y entapizado una, dos y cien veces con capas geológicamente dispuestas de anchoas malagueñas, ahogadas copiosamente en salsamenta de alioli y otros adherentes, y adornado con mil juguetes y figuras pintadas diestramente por mano maestra, con la ayuda de la clara y yema de muchos huevos y el verdor salpimentado del peregil, cebolleta

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

y mejorana que en doble y triple cenefa orlaban la dilatada redondez de tan ancha cuanto profunda alberca. Lo frondoso del sitio contrastaba agradablemente con aquellos abundantes y sustanciosos pertrechos y sabrosísimas provisiones; pero el concurso que debia de llenar aquel y emplearse en esto, no parecia y el ámbito se miraba desierto como huérfana la pitanza. A mas andar declinaba la tardecilla y se dejaba sentir el zefirillo que á tal hora rasando las aguas sube treveseando rio arriba del Guadalquivir, trayendo consigo el consuelo y la frescura. Un color plácido de Aurora sonrosaba el ambiente dando un tinte delicioso é inesplicable á los edificios y montes que se parecian al lejos y el humo ya esparcido que los hornos de porcelana y azulejos vomitaban en columnas rectas ó en parábolas y espirales obedeciendo fácil y elegantemente al halago del viento dieran el último remate al cuadro, si no se hubieran detenido (para darlo ellas, en las revueltas de Gelves, apareciendo entonces) dos ó tres embarcaciones que á vela tendida emparejaban entonces la Torre del Oro con proras pintadas y airosas banderolas y gallardetes. En este punto entraba por la puerta del jardin cierta persona que por su traza singular y por venir como de guia de gran séquito y acompañamiento exige con razon punto redondo y párrafo aparte.

El entrante era ya en verdad de edad provecta y aun madura: la cara no era nada desagradable: ovalada con ojos negros, vivos é inteligentes, con la nariz regular, con boca ancha, pero dejando ver regulares y blancos dientes, con la frente levantada y bien calzada de pelo y con cierto gesto de autoridad afectada, pero por nadie contradicha, daban al todo de la persona las afueras y esterior de algun Patriarca de aviesa y enrevesada laya. Un pañolillo de yerbas doblado cuidadosamente como para el cuello, rodeaba la cabeza con cierto primor y lisura para dar entrada ajustada al sombrerillo calañés de ála estrecha y copa encaramada que con faja de terciopelo negro y pespuntes y rapazejos azules daban cima y corona á esta nuestra figura del primer término. Un marsellés rico con mangas primorosamente bordadas y golpes de sedería en lugar correspondiente, cobijaba sus brazos y espaldas dejando ver por los remates de todo el ruedo, caidas, solapas y cuello, la ancha franja de pasamanería en donde resaltaban en esmerada labor y prolijo dibujo de sedas de varios y vivos matices, todos los encuentros, grupos, lances y suertes de una corrida real de toros, desde el enchiqueramiento de las fieras hasta el trance del cachetin y el arrastradero de las mulillas y calesecillos. El marsellés era en verdad lo que nosotros los hombres llamamos una prenda de Rey. El jubetin era morado y muy abierto dejando ver la camisa blancamente almidonada con cuellecillo arrollado ciñéndolo en derredor un cabestrillo encarnado de seda catalana. El calzon era de pana azul tomados los jarretes con cinogiles copiosos de lana fina de colores, dibujándose en todo lo largo del pernil la botonadura de alcachofillas de plata que venian corriendo entre dos cordoncillos bordados de burato celeste. La faja era tambien encarnada y un primoroso botin baquero, aunque algo usado, cubria la pantorrilla cobijando el zapato que era voltizo aunque airoso y bien cortado, con tapas bien bordadas y sujetándolos con plantillas de correa, apuntadas con cada tres cabezas por banda, de broches de metal relucientes como el oro. Este personaje tan autorizado por este vestido lleno de majeza, cuanto por cierta deferencia que todos le tributaban traia debajo del brazo con aire gentil y desembarazado una rica vihuela que no era preciso que cantase para conocer al punto que era natural de Málaga é hija legítima de las primorosas é inteligentes manos del famoso y antiguo artífice Martinez. Tal guitarra era ancha en el fundamento, delineada á maravilla en el corte, el mástil llamándose atrás con graciosidad gentil, el pontezuelo de ébano así como los trastes; las clavijas con ojete, eran de granadillo y el clavijero de marfil, de donde colgaba en cintas blancas y rojas el moño ó fiador. El instrumento era pues de toda orquesta, es decir, de á seis órdenes y el encordaje de lo mas fino, con bordones sonoros ó de argentería. Se conocia desde luego que era el órgano maestro de aquella catedral, el arpa druídica de aquel cónclave y el contra punto y maestro de capilla que habia de guiar y dar la entonacion á todo el instrumental que allí se convocase. Al descender el manperlan de la puerta del jardin, el de la vihuela (sacándola de debajo del brazo y trayéndola con la mano al costado derecho) dijo al que de mas cerca le seguia con voz catedrática y preceptiva, estas palabras.—Te digo *El Fillo* que esa voz del Broncano es crua y no de recibo, y en cuanto al estilo ni es fino, ni de la tierra. Así te pido por favor (en esto daba mayor autoridad á su voz marcando mejor la entonacion de imperio) que no camines por sus aguas y te atengas á la pauta antigua y no salgas un sacramento del camino trillado.

—Ya estaba yo en eso *Señor Planeta*, respondió *El Fillo*. Aunque me separe así y por allá, alguna pizca de los decumentos de la gente buena, en cuanto me hace seña la capitana entro en el rumbo y me recojo al convoy.

Este *El Fillo* formaba contraste, por la sencillez de sus arreos con el atildamiento del amigo *Planeta*, á quien ya conocen nuestros lectores. Una antigua gorrilla miliciana de las de manga azul y copa encarnada con escudete se le ajustaba á la cabeza; pantalones altos de pretina y cortos de vuelo confinando por allí hasta el pecho y llegando por aquí apenas al comienzo del tobillo cubrian su persona, embutiendo un pié perfectamente descarnado y sin calcetas en unos zapatillos muy averiados y pasando los brazos y las espaldas por una chupilla tan encogida y angosta que dejaba ver así los botones adonde se aseguraban los orillos amarillos que sujetaban los pantalones, como el movimiento de los omoplatos cada vez que se ponia en movimiento la persona de aquel buen amigo.

Ambos protagonistas tomaron asiento en el lugar mas aparente de aquel anfiteatro, llegando en pos de ellos y tomando tambien lugar adecuado, larga comitiva de personajes, héroes, próceres y magnates que por su aire señoril y contoneo, bien manifestaban el valor de sus personas y el crédito que alcanzaban entre contemporáneos,

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

naturales y estrangeros. Fuera prolijo por estremo, hacer alarde y reseña de aquel escuadron escogido de notabilidades que ni aun hoy dia siendo la época que es pudiera hallarse mejor en Madrid. Nos bastará decir á los curiosos que andando el tiempo pensamos escribir unas vidas paralelas de aquellos y de estotros héroes, cuyos nombres reservamos aquí en el magin, cuya obra estamos seguros ha de alcancanzar tanta nombradía como la famosa de Plutarco.

Entre tanto diremos que allí á la banda derecha se miraba á Juilon, al Felpudo, al Nene, al Pintado, á Fortuna y al Isleño con sus respectivas escuadras y clientes: al siniestro lado se parecian Listones, Longanizo, Malos-pelos, Chivatin, Garfaña, Turulin, Holofernes y Siete-cabezas con los suyos y allegados, y mas cerca y como en lugar de privilegio se ufanaban altivamente sin duda por sus circunstancias y habilidades artísticas el Canario, Querubin, el Cañero, Callagloria, Parlerin, el Tano, Clarines, Esquilones, Campaniles, el Pardillo, Suavidades y Ruiseñores, con gran séquito de otros tocadores y cantadores que tomaban su apelativo y cognomento de esta ó la otra singularidad de la voz, de la persona, ó de algun dote particular de la figura ó condicion.

Fuera mas fácil pintar los matices encontrados y caprichosos del prado mas variado y florido por el mes de Mayo y sujetar á cálculo las innumerables cambiantes y caprichos de los cuadros, colores, adornos, festones, cenefas y guirnaldas que se ven en la cámara moviente del Calodeiscopio que dibujar uno por uno los trajes, disfraces, vestimentas, arreos, capas, tocados y cataduras de todo linage y laya que allí se parecian. Es cierto que si se aparta este ó aquel vestido de majeza y boato como el que hemos bosquejado, todo lo demas mas requeria el pincel picaresco de Velaquez, Goya y Alenza, que no las tintas y toques delicados de Murillo, Morales y Madrazo, si es que se habian de representar con toda su desmalazada y truanesca propiedad. Allí se veia la sotana y el manteo sacristanesco y estudiantil, transformados en chupa, manta y en capotillo alicortado: acá el dorman y ferreruelo de húsar convertido en pelliza de algun pillo del matadero: á este lado el vestido corto de campo en contraste con uniformes de todo género, de todas armas y de todo regimiento, si bien de diverso corte y de encontrados colores conformes sin embargo en ofrecer á la vista un aspecto venerable de veteranos é inválidos con esta y la otra amputacion honrosa del faldon, de las mangas y del collarin. Allí se miraban descubiertas las cabezas ó ceñidas solo con el lazo y nudo de pañuelos y tocas de todos colores; por acá se veian los castoreños y calañeses del picador ó del hombre del camino; por acullá la montera alta y manchega ó la de cairetes y arramales; á esta mano el sombrerin alto y de copa; por la otra el estache feo y sin adornos; por aquí y por allí el sombrero faldudo, ya tendido y á la chamberga ya apuntados y de tricornio de todo corte y de toda buena y mala estampa. Al ver tal diversidad y taracea de figuras y colores, sin estar mas en la mano, se venia á la memoria aquella copla preliminar que sirve de introito é introduccion á todo cantar y baile gitano, que dice:

La capa del estudiante
Parece un jardin de flores
Toda llena de remiendos
De diferentes colores.

En el cuartel y andanada femenil la variedad era menos desconforme, ajustándose en gran parte á la pauta general y recibida de la belleza, y si acaso algo pudiera encontrarse en él de estraño y peregrino, aumentaba á lo picante y curioso del cuadro. Cuatro Matronas vistosamente vestidas y en años treintenas cuando mas, eran como las capitanas de aquel escuadron mugeril. Maria de las Nieves, Tránsito, la Accidentes y Entrecejos se miraban de primera dirigiendo con la vista (á par de ojos por barba, negros como la endrina,) las hileras de gitanillas y muchachas bailantes y cantadoras que se agolpaban en su derredor con los palillos entre los dedos, con muchas flores en la cabeza, el canto y la sonrisa en los lábios, el primor de la danza en los pies y los movimientos y los pecados mortales todos en el talle y la cintura. Allí se miraba Perlerina, Suspiros, la Tirana, Remates, Encantaglorias, Paraiso, Terciopelos, Trini, Pespuntes y veinte mas famosas por su canto y sus gorgeos, mientras acá se revibraban en los asientos ó se columpiaban saltando en el terrizo, la Triscante, Saltitos, Tresgolpes, Saleros, Corpiños, Zaranda, Sereni, Vendabales, y Culebrita, la Rigorosa, y muchas otras mentadas y nombradas en la ancha Andalucía por su gracia y donaire en los bailes de la tierra. Fuera imposible dar cuenta cumplida y hacer retrato perfecto de cuantas y tantas cosas buenas y apetitosas como en aquellas mugeres se miraba.

Bastará decir en cuanto á los vestidos que todos los cambiantes del Iris se empleaban en su testura y matiz; en cuanto á las figuras que el negro mas de ébano campeaba en las trenzas, en las cejas y en las pestañas de aquellas morenas y serranas, que la grandeza se admiraba solo en los ojos y lo breve y recogido en tres cosas diversas, á saber: la boca, el talle y el pié, sin meternos nosotros en mas honduras y curiosidades. Muchos ramilletes en la cabeza y en el regazo, mucho aseo en la persona y calzado y mucho derrame de gracia, donaire y sal por todas partes completaban el conjunto personal y colectivo de toda aquella grey y comitiva, capaz por si sola de poner en la anarquía mas completa á los penitentes de la Tebaida y de provocar las peticiones mas estrañas en el Sínodo y Concilio mas ascético y venerable.

Todo aquel concurso en plena audiencia y cónclave solemne como estaba, bien daba á entender por su gesto y frases sueltas que aquí y allí se oian, que alguna ocasion alta y de empeño era causa del consistorio y que algo de grande y estruendoso habia de sobrevenir. Poco se tardó para abrirse de par en par las ansiadas puertas de aquel misterio. Fué el caso que dando para señal con airoso blandir del brazo un estallido con la traya que acordó las orejas, el zagal Pingano, famoso entre toda la gente de galeras y calesines, y que hacia funciones de ayu-

© Biblioteca Nacional de España

dante, callaron todos y levantándose el Planeta requiriendo antes el sombrero, llamándoselo á los ojos y pasando y repasando la mano derecha á rodo y contrapelo por los morros como para abrir camino á sus palabras y elocuencia, dirigió al auditorio estas ó muy parecidas palabras:

Gente buena y no digo mas: ello es que digo como iba diciendo que lo que aquí nos trae es eso mismo que todos decimos, que lo rico y bueno todo ello es uno y propio, ya venga de Puniente ya de la banda de Levante y no hay mas que decir que si lo legítimo y de buena cepa se separó y dispersó y anda por el mundo, *Un-debel* los junta y amanoja cada, como y conforme quiere. Y por eso mismito está de cuerpo presente en la ciudad de Madrid (que es mas allá de Ronda) una bailadora *Nin-plus-ultra* que es de los nuestros y nuestra propia calidad y prosapia en todo su *drupillo* y en toda su ánima sin dudar en ello, y á declararlo así y á tenerlo por firme y valedero nos vemos *achantados* y juntos aquí

para *libanarlo* y escriturarlo en forma: ¡Tropa de acá! ¡tropa de allá! ¡gatería de todas partes! (dijo volviéndose á uno y otro lado) ¿os sabe y os acondiciona bien tal manifatura?

Chachipé gritaron los unos ¡qué *si-que*! dijeron otros! ¡bien nos sabe! esclamaron aquellos, y por do quiera resonaron y se notaron las muestras mas inequívocas del comun asentimiento. «Pues entonces, prosiguió el Planeta, que D. Poyato haga de su mano y que menee el oficio! Al oir esto, todos volvieron los ojos á cierto parage del patio en donde el concurso mas en piña y de monton parecia y vieron enarbolarse, izarse y enhastarse en alto una efigie magra, flaca, de muy cerca de seis pies de talla que presentaba al público una cara inesplicable de malignidad y burlonería, confundiéndose en ella lo sarcástico y lo truhan con las rasgos mas finos de la inteligencia y con cierto gesto de bondad dulzaina y socarrona. El tal personaje era como hasta de sesenta años: lo enflautado y encanutado de su figura y el amojamamiento de sus carnes daban mayor apariencia á lo mayúsculo y encaramado de su estatura, y como los brazos eran tan descarnados y las piernas tan prolijas y largas, cuantos movimientos marcaba y señalaba, hacian recordar al punto el continente y el talento de los gervos del Retiro, siempre que marchan, se mueven y revuelven. D. Poyato se miraba casi calvo, y á remediar la desnudez del colodrillo, subian como en red artisticamente entretegida los tufos descompuestos y

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

prolongados y canos que entapizaban todavia la parte inferior de la cabeza, sujetándose los cabos de esta red por un mordente ó peinecillo de hueso negro en lo alto, para cobijar y alfombrar el colodro, los temporales y la frente. El traje que llevaba este varon insigne era una casaca que habia sido negra pero que el tiempo, único tinte que tiene imperio sobre tal color, la habia transformado en mezclilla de mala especie. El corte era redondo y en su pristino estado debió ser prenda de algun fiel de fechos, Médico ó Alguacil mayor. Las mangas deshermanaban del cuerpo y lo accesorio no era de la naturaleza de lo prineipal. Por ello el manguil derecho era azul y muy holgado y ancho, al paso que el siniestro que hubo de ser muy angosto y de cervatana desde su primer engendro y nacimiento, para que pudiera prestar servicio, estaba abierto por las costuras dando así entrada al brazo. La manga quedaba así en bandola, corneando de una parte á otra á modo de manípulo y como los aforros eran encarnados, siempre que se movia el brazo guadañil de D. Poyato, semejaba un banderol de vigía que daba señales y consignas. Los calzones habian sido tambien negros y ahora incalificables, sujetos por su hebilla ferruginosa á las rodillas y encabrestándose allí con dos medias de estambre negro, con sus correspondientes marras, puntos y carreras que dejaban entrever una piel curtida y denegrida que valiera veinte pesos para cubiertas y tapas de algun libro Becerro de Ayuntamiento. Los zapatos estaban en toda regla siendo de notar solo, cierta agradable variedad, pues este era chato y romo con hevilla clerical y aquel de larga punta á la inglesa con moños ajados de ribete. El sombrero era una alhaja: *in principio* se engendró para un juez de Audiencia de grados de Sevilla, despues lo heredó un capigorron de la iglesia de S. Llorente; luego pasó á ser prenda de un Alguacil de Juzgado, de aquí á formar parte de la guardarropía del Teatro en donde diariamente tomaba parte en la representacion ya del *Vinatero* de Madrid, ya del *Leñador Escocés*, ora en los entremeses del teatro antiguo, ora en los sainetes de Castillo y de Don Ramon de la Cruz. De la guardarropía fué de donde D. Poyato hubo y adquirió aquel venerable sombrero, que le hermoseaba poniendo cima y remate á su figura peregrina. Siempre que en algun concurso se levantaba D. Poyato de su asiento, temeroso él mismo de desplegarse al pronto y de antuvion encaramando su prolongada estatura, con susto y sobresalto de los espectadores, lo ensayaba poco á poco y gradualmente, manteniendo inclinada la parte superior del cuerpo y recogidas en dos dobleces las dos prolongas de sus descarnadas piernas. Por lo mismo al levantarse y tomar la palabra en este trance solemne, dibujaba con su persona y con bastante correccion la figura de Z. Se quitó pues el sombrero con las cinco tenazas de la siniestra mano, descomponiendo al saludo los mal avenidos y compaginados cabellos del colodrillo, cayendo sobre la oreja derecha unos aladares canos, que comenzaron á guardar compasillo con los movimientos y accidentes de la cabeza y á caminar de acuerdo con la hopalanda volante del manguil siniestro. D. Poyato, con el sombrero en la mano paseó un saludo asaz, cortés y comedido por todos los cuatro vientos cardinales del auditorio, y su boca que era ni pizca mas ni pizca menos que la que el Señor Haya nos presenta en las láminas del pais de las monas ó los viajes del Wanton, demostraba con sonrisa perenne é inefable la dentadura almenada con que de verde, gualda y negro se guarnecia. Con efecto aquel buen amigo pretendia con su gesto benévolo, y su ademan humilde captarse el asentimiento y la buena voluntad de la asamblea. Segun el agrado con que todos le miraban y contemplaban, fácil fué conocer el buen logro de sus deseos, y el interés que inspiraba, por lo que el presunto orador ó prolocutor, mas animado ya y enderezando un tanto la curvatura de sus espaldas, y modulando la boca de esta y la otra manera, como herramienta que se requiere y ensaya para usarse de ella en el trance inmediato y próximo, comenzó así á parlar con voz cascadilla, pero penetrante y muy inteligible.

«Infierno de hombres y gloria de mugeres, quereis, deseais, y se os parece, y antoja bien que se relate, y lea el dicumento en cuistion, por vuestro Coronista en forma y Faraute en ejercicio, dignidades ambas que en indivisible digtongo se juntan y confunden, enlazan y matrimonian en esta humilde persona?» Que se deletree, decore, que se relate, lea, y relea, con todos sus tildes, puntos y comas, gritó á un tiempo toda aquella gatería.

Pues si así es, dijo D. Poyato, allá vá eso: y poniéndose el sombrero pando con aire algun tanto soldadesco, echó mano al propio tiempo al bolsillo hondon de la casaca, y sacó una cartera de á fólio, algo mugrienta y aforrada en badana negra, leyéndose en el tejolete del tomo en letra asaz curiosa y clara, estas palabras: Historia del *Marqués de Mántua* y *de los Doce pares*: D. Poyato abrió el cartapacio por lugar y registro determinado, y sobre papel de á todo fólio, algo moreno, y muy semejante al de Saetia, escrito en caracteres bastardos, y con mucho de rasgueo, lazos, y ringorrangos, comenzó á leer de esta manera, paseando de tiempo en tiempo la cabeza, derramando la vista sobre el auditorio, y llevando el compás con la mano izquierda puesta en acto de doctor sustentante que argumenta ó distingue, mano acompañada inseparablemente del susodicho brazo, á quien seguia tan de cerca aquel manguil abierto y hopalandero. Leyó así:

Carta de vecindad y albalá de naturalizacion Trianesca que en son de Real Ejecutoria firme y valedera y en favor y gracia de cierta bailadora, que se pinta sola por alto y por bajo en la ciudad del Olen-del-Oclaye (Madrid) ***ha librado y despachado el cónclave una, dos y tres veces respitable, de la gente legitima, buena y rigular, grandes y chicos, granados y menudos, ellos y ellas, cantadores y cantadoras convocados para el caso en lugar aparente y mediando las ceremonias, chasca, utensilios y boato que en tanta y tal*** solemnidad ***es requerible*** y precisa: ***atencion y sonsoniche.***

«Estando en las entradas de costumbre juntos, en uno en consejo abierto, convocado á son de campana y jarro tañido, en dia diputado y señalado para el caso segun

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

es antiguo fuero y usanza, en el pueblo y república de los hombres de verdad y mugeres de carne y hueso, tacto y contacto: puesto por cabecera y presidencia, en lugar de previlegio el Señor Planeta, Conde y Príncipe de la Cofradía, Rey de los dos polos, é imperante en los *cális de Sese*, acompañado y rodeado de todos sus chambelanes, senescales, maestresalas, Mayordomos, escuderos, gentiles-hombres y demas tropa y gabilla, y puesto todo á punto, é instruidos y bien cerciorados de lo que se trata y con asesoramiento de personas de ciencia y conciencia, larga vida, mucho visto, mas oido, y aprendido de muchas entradas y salidas, y de infinitud de noticias, historias, casos y sucedidos, todas con su propia boca, dijeron: que se les ha hecho buena y circunstancia la relacion, leal, ligítima y de á ojos vistas y de innegable certinidad, sin mas dudar en ello, por viandantes, peregrinos, pasajeros, gente que vá y viene, que oye, escucha y entiende, peritos en la materia y rematados en el arte, de haber aparecido en los *Madriles del Rey*, cierta bailadora hija del aire, nietezuela del fuego, mapa del mundo, crema del licor, flor de la canela, y remate de lo bueno, que por alto y por bajo, por liso y raso, por menudo, y repicado, por lo cabriolin y trenzadillo y por los quiebres, y requiebres, provocaciones y tentaciones de su cuerpecillo y cintura, es maravilla de la naturaleza, asombro de los nacidos, estimulante de la vida, y sabroso montificante de la carne, que vuela sin plumas, que quema sin candela, que aparece y desparece ligera como el pensamiento, triscadora, impalpable, aérea divina, celestial y etc.»

Y dichos señores no dejándose llevar de voces vanas, ni de pronto y súpito, antes bien dando tiempo al tiempo, consultando, interrogando é inquiriendo segun la importancia del caso requiere, siempre salia y remanecia lo mismo, pintiparado, á saber: que la dicha bailadora era cosa rica y grande, y no contentos con ello nombraron personas diputadas y señaladas de su seno y grey, para que se llevasen ellas á sí mismas, y en brazos ó en piernas se trasportasen y porteasen al sitio y lugar en donde se parecia y mostraba tanta maravilla, para que dieran informe por escrito y de palabra, de lo que viesen y entendiesen, resultando de todo mayor canonizacion, gloria y edificacion; por todo lo cual, mirando, considerando y contemplando esto, aquello, lo otro, y lo demas allá, dichos señores dijeron: «Que por cuanto dicha bailadora tiene la estampa y el corte legítimo de la tierra, retrepada y echada á trás con sus debidos dares y tomares, y sus altibajos correspondientes en el cuerpecillo, cinturilla de anillo, pié de mentirilla, pantorrilla de mucha verdad, y de allí á los cielos, y á que los brazos son si los despliega las álas en la paloma y si los enarca las armas del Dios de Cupido, el pecho búcaro de claveles y el cuello y la cabeza como los de la garza, si mira al sol y luego á la tierra; atendiendo á que mide el suelo y hiende el aire con la majestad de corregidora, la gracia y sabiduría de la Gitanilla de Menfis; á que suena y tañe, pica y repica los palillos, con rigor y brio, salero y compás como bailadora deputada de rifas y festejos; á que lleva y trae el mundillo con vendabal y riguridades con sus correspondientes temblores, molinete, estremecimientos y serenidades; á que dá el paseo y hace la procesion con el boato y misma gala que la Jura del Rey y la festividad del Corpus Christi; á que sube y baja su zaranda como Dios manda pidiendo á voz en grito, harina y mohina, para su zarandillo y cedazo; á que se coje y encoje, dilata y desliza como anguila en el agua; teniendo en cuenta su manera de navegar y tomar y soltar rizos, que se empavesa y arrisca echando juanetes y escandalosa con flámulas y gallardetes, llegándose hasta los cielos, amainando y arriando de súpito, quedando en facha desafiando con bandera de guerra potentados de la tierra y de los mares; considerando que aquel braceo es de todo recibo, como de jardinera que coje rosas y flores, ó gitanilla que lucha y baila con su propia sombra; mirando muy en ello aquellos disparos y estalles de pies, que no los alcanzan los ojos, ni puede divisarlos el pensamiento del alma; á que con los susodichos pies escribe en el aire, y pinta en la misma luz, tirándolos como cosilla perdida hácia los cuatro ángulos de la tierra, trayéndolos empero á su voluntad como rayos que tiene *Un-debel* en la mano á su verdadero centro, y asiento debido; á que los juega y esgrime como maestro de espada prieta; que los escarcea y engaratusa, los baraja, vibra, y ondea como el escardillo y sus resplandores en la pared; á que los teje y trenza como bolillos en manos de la encajera; á que fija el uno en la tierra tan firme cuanto el polo antártico, levanta el otro y se hace chapitel de torre que el viento revuelve ó lo recoge y se convierte en el pájaro que hace la letra *Y*, ó lo estiende y se hace relox que señalá desde las seis á las siete, y en fin á que los bate y despliega como sus álas las aves y las mariposas, y su abanico las mozuelas y las viudas; contemplando que en todos los trances, pasos y accidentes del baile, pone cuanto condimento y especias son convinientes sin omitir el comino y la alcarabea; á que toma tierra con gracia y aseo; á que es pernera, chazadora, galopante y lomo levantado; á que lleva los jaeces con rumbo y á que todos los arreos los sacude con gala y aire, dejando ver mucho y adivinar mas: dichos altos señores y atemorizadores de hombres, fallaron en toda regla que debian declarar y declararon á la referida bailadora, muger ligítima de la tierra, serrana líquida y trianera apurada por todos cuatro costados, y que por tal la señalan y fallan una, dos y tres veces, y las demas necesarias en derecho, sin que nadie pueda venir en contrario y que por lo mismo se la inscriba en el número de las primeras y decuriones de la Hermandad, señalándosele aposento en el barrio de Triana como feligresa y colegiala, y haciéndosele ya repartimiento de sal por su derecho de vecindaje; entendiéndose que este repartimiento de sal no es el que pagan los *Romanés de Sesé* por firman del capataz *Mon*, sino que es el donativo de sandunga y salero, que dan diariamente al mundo las mugeres de nuestro bando para que se rocie por todas partes y no mueran de desaborimiento los hombres y que á esta se la cargue la mano que tiene mina de Sales y si dá mucho mas le queda; se declara asimesmo que su personilla es la es-

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

tampa de lo bueno y cortada de molde para la historia de nuestros bailes y que ni pizca mas, ni pizca menos fuera tan de recibo cuanto al presente lo es en propia esencia y potencia: que las vueltas, revueltas y mudanzas que finge, las carrerillas que hace, los encuentros y golpes que dá y las suertes que saca es que lo pinta soberanamente. Y se declara que de cintura á la zaga es la reina de todos los movimientos. Se declara tambien que cual ninguna pinta la Chacona y la Gambada las campanelas y la Gallarda y que el Vigía de Cádiz no tiene mas señales ni las levanta mas en alto que ella los perniles y *pinrreles*; que si mata la araña con todo conocimiento y tilin, con gran primor y aseo y valiéndose de la punta, luego con el calcaño desmenuza el mundo y trocára en cibera los perdigones; que hace el *bien parado* y que juega á guardas y metedores como nadie, que finge el capeo con el trapo de sus zayas, que gallea, cita al torillo, entra y sale en jurisdiccion, pone arponcillos siempre rematando y sin enfrontilarse ni quedando en embroque, sino cuando lo quiere y es su gusto; que llama los pollitos como la clueca moñona, que llamaba uno y salian veinte.»

«Y yo *cacareando*» añadió entre renglones el señor Poyato, dando á su gesto siempre en sonrisa, cierto gracejo de endiablada galantería, paseando de nuevo la vista por todo el concurso como pidiendo vénia y asentimiento «y yo cacareando, repitió, relamiéndose, pero considerando que tal esclamacion no concordaba bien con la autoridad y severidad del acto, apagó el resplandor de regocijo lascivo que asomaba en su rostro y prosiguió al momento alzando la voz como para hacer olvidar su desman.

«Y se declara asimismo que dá las pavitas de Roma como paje de cardenal; que su paso es callado, corto, cuco y cortés, pulido, prusiano, perdido y puntero, segun y conforme es útil y se necesita al caso; que su cuerpecillo es tunante, picarillo, muy pitero y con mucho gancho en la retrechería; que en el cuneo parece que vá al calacuerda y que es sonsacador, provocativo, cudicioso y con mucha juerza de chupe; que hace la tijera con soberano poder como en *flábica* de *cravos* y capaz de cortar á cercen la cabeza de una criatura, y esto aunque tenga turbante; que tiene el marco muy suave y que no hay mas que tenderle la manta, y por final y postre se afirma, falla, sentencia y ratifica que en la *sota de bastos* es para matarla y que en el *remangue* parece la Rial de España que hiza bandera; que en la culebrita y sierpe enreda y ciñe al prógimo por la cinturilla arriba con los huesesillos y coyunturas, y que si se regocija y rebulle y toca á aleluya parece sábado de gloria que hará repicar todos los campanarios del mundito y disparar toditas las baterías del sentiiiiido.

Se le previene á la dicha bailadora que de hoy mas se tenga por tal serrana líquida y trianera recocida, haciéndose guardar las franquezas y privilegios de tal, sin sufrir cosa en contrario, mirándose obligada á vestir siempre zaya corta, justillo ceñido y mantellina blanca ó negra, cogida por la oreja con aire recio y de desenfado: se le advierte que ha de confirmarse el nombre tomando el de *Malena*, *Lola*, *Currilla*, *Trini*, *Carmela* ú otro por el estilo, de nuestra propia cosecha y trapío, calendario y alminaque y martilogio, pues el de *Virginia* es de mal agüero y siempre acaba en mal, amonestándola que si toma D. Cuyo no se llame *Pablo* que suena á bobon y para poco, sino que se nombre *Paco*, *Goro*, el *Chano*, *Jusepon*, *Tóbalo* ú otro así, que con los de esta laya podrá accidentarse pero nunca ahogarse; se la hará entender que por su buen derecho, propia autoridad y saludable efecto de esta declaracion, puede andar y campar sola por toda la jurisdiccion de Sevilla entrando como ama y saliende como reina en *Torreblanca*, venta de *Eritaña*, *Macarena*, *Tomares* y demas sitios famosos de este cerco de tierra, recibiendo agasajos, tomando yantares y desperdiciando bebia y licores sin estar obligada á pago alguno de ostelage, peazge y pontazgo, haciendo sobrada satisfaccion con echar dos *riales* de sus movimientos si es que se los piden y ella viene en ello por voluntariedad de su gustito, que tal ha sido, es, y será siempre el privilegio y juro que en esta banda tienen los cuerpecillos, buenos y recocidos. Cuando vaya a Mairena, Rocio y feria de Santíponce será la primera en romper el baile y será llevada y traida en las carretas endoseladas al lado de la Médica y de la Mayordoma de la Hermandad; se pregonará y hará entender á todo hombre de camino, ya vaya franco ó ya de carguío, que la dé grupas siempre que las pida, llevándola como en urna y bajo dosel adonde ella quiera y señale, pagándola el gasto y siempre con mucho miramiento y muchísimo aquel, sin atropellarse en nada y siempre por la buena y si ella observa mano oculta y mar de fondo, que largue un bofeton de categoría y arremeta á la cara trayéndose leña entre las manos y siga el camino, que si el terremoto arrecia y ella dice *¡favor á Carmela!* las aristas del campo se trocarán en jaurias de hombres armados como erizos que la harán mas sigura que en el Consistorio. Y se la amonesta que componga la boca en esto del habla, que por las malas compañas en que ha andado de gringos y de gavachos suele tropezar y salen á medio bautizar las palabrillas y para que en esto entre en ringla y pauta, se dá comision en formar al *Solitario* para que la arregle y concuerde la lengua como en tales casos acontece, encargándole al delegado que la ejercite y adiestre en la acentuacion de la jota y en la pronunciacion de aquellas palabras mayúsculas que son la llave maestra del idioma: que en desempeñar su comision con buen fruto y lucimiento, adelantará en merecimientos mucho el delegado y se le tendrá en cuenta, y esto aparte de los emolumentos, gages y adealas personales que ella quiera satisfacer hecho el ajuste cuerpo á cuerpo sin mediar chalan ni corredor. Y últimamente se manda que de esta ejecutoria y albalá de fallo definitivo, se saquen copias y testimonios derramándolas por el universo mundo para edificacion de los nacidos y cudicia de aquellos y aquellas que tengan buena sangre y quieran venirse á nuestra banda. Y se enviarán copias en pergamino á nuestros hermanillos de Xerez, los Puertos, Utrera y Cádiz, Córdoba, Málaga y Ronda para que al propio tiempo de hacerse en la materia y de curtirse, la archiven en lugar correspondiente poniéndolas siempre á salvo de las garfias de

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

los señores de la Amortizacion por si viene chubasco de supresiones, desarmes y esas cosas que andan. En fuerza de lo cual así lo dijeron y firmó el que supo en la ciudad de Sevilla, orillita del rio, víspera de Señora Santa Ana, de todo lo cual (y se destocó de nuevo el Señor Poyato con aire de mas sumision) yo el Secretario de esta Gobernacion y escribano de esta cámara doy fé.»

«Caterva de hombres y colmenilla de mugeres (dijo

(La Guy Stephan en el jaleo de Jerez.)

levantándose el Planeta mirando á todas partes) ¿os parece bien la relacion y letra menuda del Faraute Poyato, y si así es, admitís y teneis por vuestra, para defenderla y matarse por ella como lobos rabiosos, á ese *Pan de Cielo*, antes Virginia y ahora llamada por nuestra confirmacion y potestad buena y rebuena, la rubilla Carmela.»

Aprobado y admitida y bautizada, gritaron á una voz en diversas entonaciones las muchas y diversas gentes de aquella admirable grey. Todo aprobado y mas firme, añadieron, que las murallas de Cádiz y el Peñon de Gibaltar.»

Entonces el Señor Planeta dijo; pues si así es, allá vá mi firma y metiendo mano á la faltriquera del calzon

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

sacó una tabletilla con mango de hueso, en la que de estampilla y de manera inversa habia esculpido el nombre del Presidente, el hábil punzon y escoplo del carretero *Penantes*, muy ducho y perito en escribir y sobre todo muy variado. En las nueve letras de la palabra el *Planeta* se encontraban seis caracteres diversos y los que eran de la propia laya, tenian la amena variedad de ser los unos minúsculos y los otros versales. El Presidente sacó en efecto su sello y con ademan de importancia y autorizado, lo cubrió de tinta estampándolo en seguida en el papel que reprodujo la firma el *Planeta*, cuya estampilla contempló con indecible placer por un instante, aquel diestro pendolista. Despues añadió:

«Tropa, llegad, jurad á uso del dia y firmad que así *ganareis la vida*; y así fué que todos iban llegando y estampaban con mano ministerial, por lo vacilante, tales figuras y visiones que á poco parecia el papel traslado fiel del Arca de Noé ó trasunto de un cuadro de las tentaciones de San Antonio.

En tanto cierto agradable bullicio y cierto sonoroso estruendo se parecia y oia por todas partes y era que la orquesta se preparaba y el banquete no estaba lejos. En efecto, al lado de la vihuela maestra se iban colocando otras guitarras de menos alcance, una tiorba con teclado corrido, dos bandurrias y un discante de pluma, todo punteado y rajado por manos diestras é incansables por estremo. Dos muchachos manejaban los platillos enjendrados con sendas planchas de veloneros y un chicuchin que fué un tiempo de la banda del regimiento de Ecija y dando el tin-tan con la ayuda de cierto antiguo tamborilero de los batallones de Marina, ponian la corona al instrumental. Por el otro lado se estremecian platos y se trasegaban líquidos, se encendian las candilejas y faroles y se quemaban candeladas y hogueras de San Juan. En algunas de estas sobre trévedes de hierro y en anafes muy pintados se levantaba el goloso aparato de los pestiños, borrachuelos y buñuelos, viéndose aquí hervir el aceite como si fuese oro líquido, saltar y estallar allí la masa sumorgujándose y bañándose despues por los estanques de miel viva y rubia y que todo despues en salvilla rústica pero limpia Sevillana, iba á llenar los ámbitos de la mesa. En esta se descobijaban y desmonteraban los hondos platos y dilatadas fuentes que ofrecian de pronto, ora altos rimeros de pescados fritos rubios como las candelas, los albures, las bogas, las lisas, las pescadillas y el abadejo, ora anchos mares de salsas apetitosas en donde misteriosamente se embozaban los menudillos, la uña de vaca y de carnero, los tasajos de carne, los trozos de sollo y de pescada y los restos de muchos habitadores de los gallineros y vivares. El tomate y el pimiento ocupaban lugar de privilegio mostrándose, no en coalicion mentida sino en confederacion y maridaje firme, perenne y sabroso con las entrañuelas de las aves, embutidos de sangre y en frescas ensaladas y gaspachos que eran como el rocío y lluvia bonancible de aquella Zona tórrida de bebidas y manjares. Los mariscos eran innumerables, pues ademas de varios guisos de ostiones, coquinas del morcillon, almejas y de la lapa, hechos y preparados segun el recetario de Pedro la Cambra, habian llegado por el vapor y se mostraban allí con su capa de grana, grandes escuadrones de cangrejos, bocas de la Isla, langostines y camarones, gran cuantía de conchas, caracolillos, búzanos y otra porcion de llamativos y poderosos conjuros para alejar el agua y acercar el vino. En cuanto á postres, frutas, golosinas y chucherías el abastecimiento no era menor.

A este costado se levantaba, como el balerio de las baterías de Matagorda, la pirámide de melones de Copero y sandías de Quijano, estas derramando púrpura y almibar destilando aquellos. Al otro resplandecian en anchas canastas de caña y sauce, altos montes de naranjas de los Remedios y Ranillas ó perfumaban el aire las limas simbogas, cidras y limones, mientras que en azafates de juncos diestramente pintados y aunados los colores, se dejaban ver la guinda y garrafales de la Serranía, los damascos y albarillos de Aracena, las cermeñas y perillas de olor y la damascena, la claudia, la zaragoci, la imperial y los cascabelillos de los jardines y verjeles del paraiso de la Andalucía. Los confites, alegrías, roscos y polvorones de Morón se mostraban en un casillero muy pintado y adornado con papel de colores brindando con cien géneros de frutas bañadas y garapiñadas formando pareja con mucha especie de turron de diversas castas y traza distinta y con melcoche, mostachon, almendrados, melindres y merengues. La alcorza, el alajú y alfajó, entre pañizuelos blancos y en canastillos muy lindos, provocaban mucho el gusto por su golosa apariencia que cautivaba los ojos al dejarse ver entre hostias blanquísimas de masa, tomando varia traza y figura como sierpes, ruedas, roscas espirales y otros caprichos, objetos y varatijas. Blanca, mesa, limpia como un ara, que se parecia cual mostrador delante de aquel armadijo, brindaba para irritar la sed en diversos calibres, copiosa municion de anises y grageas de opuestos colores y matices. En este género era de contemplar tambien y muy de ver, grueso pertrecho de azúcar rosada que se ofrecia por todas partes bajo la varia forma y nomenclatura de yelos, panales, bolados y azucarillos que hacian mejor todavia y recomendaban mas el agua cristalina pura y delgadisima, de Tomares que se refrescaba al oreo del aire en los bucaros y alcarrazas, ó que se ofrecia en el lujoso aparato de dos ó tres aguaduchos que ya iluminados y resplandecientes adornaban todo aquel ámbito y cerco. La fiesta, el baile, los cantares y el bateo, todo tuvo principio al mismo punto y el que ahora cantaba es que ya hubo de bailar y se preparaba para dar en la despensa y bastimento como en real de enemigos y vice-versa y todos así. El alboroto y algazara cundió por todas partes como pronunciamiento bien motivado y los vivas y las salvas y el repique de los panderos y sonajas y el trino de la prima y el discante y el eco y dejo de los bordones y los motes, los estrivillos y las coplas no dejaban vacío en el aire ni descanso á los oidos. De tiempo en tiempo se escuchaban estas palabras: *bien venida sea la flor de la gracia. Viva la rubia Carmela, ya es nuestra como la carnecilla de nuestros huesos, hagámosla la Emperadora del aire y Condesa de toda esta tierra.* Y el tiempo andaba y las horas pasaban y el festejo se encendia mas y mas

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

y era que como velada de Señora Santa Ana todo el barrio de Triana iluminado como una hoguera, cantaba, bailaba, y se daba perdidamente al placer y al regocijo. La numerosa y escogida cofradía con quien tambien nos hemos contentado y regocijado nosotros, para aumentar tanto rebato y estrepitosa alegria y dilatar mas la hora de vivísima algazara que aquella noche trae consigo siempre en Sevilla, no tuvo mas que trocar el sitio de su sesion, sacándolo de la casa consabida y traspasándolo al ancho ámbito del Arenal y cercanos huertos y melonares. Allí volvió á enredarse la fiesta, el baile y los cantares, notándose solo que el poder central de la vihuela maestra, se habia debilitado mucho, puesto que aquí y allí al son de otros instrumentos emancipados del centro comun y en derredor de ellos, se formaban y aparecian otras ruedas y bailes, de donde se separaban en seguida otros grupos y corros menos numerosos que al fin se apartaban y dividian todos en parejas silenciosas y furtivas que iban á esperar el alba por debajo de los limoneros y olivares. Dejémoslas pues en tan beatífico estado y digamos con el Señ Poyato:

ALLA VA ESO.

El Solitario.

POESÍA.

LA MARIPOSA.

Vestida de oro y zafiros
saludando á la mañana,
hiende los aires ufana
en cien caprichosos giros
veleidosa,
bellísima mariposa
de túnica peregrina,
que al dar un beso á la rosa
purpurina,
nunca hasta entonces se viera,
ni una rosa mas divina,
ni mas linda jardinera.

Vertiendo vida y amores
loca ostentando sus galas,
estremece con sus álas
los capullos de las flores:
y á su paso
con rico manto de raso
salió un clavel presumido,
que al rendir su amor escaso
aunque sentido,
nunca hasta entonces se viera,
ni un galan mas encendido,
ni mas linda jardinera.

Parada orillas de un rio,
iban bordando las ondas,
de su vestido las blondas
con finísimo rocio
transparente:
y al mirarse en la corriente:
donde el sol pinta uno á uno
sus rayos de luz ardiente,
nunca alguno
hasta entonces allí viera,
ni espejo mas oportuno,
ni mas linda jardinera.

Cruzando el campo serena
por gozar de su tesoro,
tendió sus álas de oro
sobre una blanca azucena
pura y llena
de perfumes y de gualda:
y al reposar candorosa
entre su nevada falda
esplendorosa
nunca hasta entonces se viera,
ni una rama tan frondosa,
ni mas linda jardinera.

Vióla girar desde el nido
donde cantára su amor,
tristísimo ruiseñor
con acento dolorido:
su gemido
lo sofocó en su garganta;
y como al punto ligero
amantes himnos levanta
lisongero,
nunca hasta entonces se viera,
pájaro mas hechicero,
ni mas linda jardinera.

Mas ¡ay! que atrevida y vana
dirigió su raudo vuelo
enamorada del cielo
á su pabellon de grana:
bella, ufana,
fingiendo alegres desmayos,
llegó hasta la lumbre pura;
y allí el ardor de sus rayos,
¡qué amargura!
prestó pávulo á la hoguera,
agostando la hermosura
de la linda jardinera.

A. Hurtado.

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

(Alegoria del mes de Noviembre.)

REVISTA DEL MES DE NOVIEMBRE.

«Dichoso mes, dice el refran, que principias por Todos Santos y acabas por San Andrés! »Mas, con perdon del refran sea dicho, no encontramos una razon filosófica para que sea este mes mas venturoso que sus compañeros cuando principia por mucho, y acaba en poco; principia por todos los Santos y termina en uno de ellos, que podrá ser muy santo y muy bueno, pero que no vale mas que todos juntos. Eso de acabar en punta como las pirámides, no es para los ambiciosos de este siglo que á semejanza de los de todos tiempos, partiendo de la base mas pequeña quieren abarcar el mundo entero.

Apenas habia terminado la alegria y algazara de aquella primera festividad, ya el doble funeral de las campanas nos anuncia una conmemoracion triste, un recuerdo que acibara todos los gustos de la tierra, confirmándonos en la verdad tan repetida de que el llanto se encuentra al estremo del gozo. Los hombres sin embargo, y sobre todo los que viven en la Corte, hacemos todo lo posible por enjugar las lágrimas y hacemos bien, que con llorar nada se consigue, sino acortarse la vista y ponerse feo y ridículo; como hacen bien los especuladores que conociendo el gusto poco quejumbroso del siglo se esmeran en proporcionar á los demas, sitios de solaz y de recreo.

Con estas felices inspiraciones sin duda á principios de este mes se ha inaugurado un nuevo teatro en el salon del Instituto Español, bajo la direccion del inteligente y estudioso actor D. Juan Lombía; que de vuelta de la capital de Francia, donde ha procurado instruirse en la parte administrativa de los teatros y perfeccionarse en el arte dramático, es hoy uno de los mejores directores de escena. En efecto con escasos medios y con los pocos actores que pueden reunirse en la mitad de un año cómico, ha sabido crear una compañía que se ha hecho oir con gusto y con aplauso en el *Avaro*, traduccion esmerada del mismo señor Lombía, de un *Vaudeville* intitulado la *Fille de l' Avare*.

En el teatro del Príncipe se ha representado tambien otra comedia traducida del francés por el señor Don Ramon Navarrete con el título de *Muger gazmoña y marido infiel*, siendo el original escrito por Mr. Bayard le *Mari á la Campagne*. Aunque no solemos nosotros hacer mérito de una traduccion en tiempos en que se

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

traduce á destajo, por oficio y á tanto el pliego, como mercancía menuda, debemos hacer una distincion honorífica de la traduccion de esta comedia, arreglada al teatro español con la mayor inteligencia, y en la que se ha permitido el señor Navarrete algunas alteraciones en el carácter de los personajes muy convenientes para la escena española. La comedia en estremo divertida, ligera y de buena moral, fué aplaudida durante muchas noches por el público. La siguiente viñeta representa la escena final del acto tercero que es una de las mejores de toda la obra.

Una de las producciones teatrales de mas mérito é

(Escena XV del acto tercero de la comedia intitulada *Muger gazmoña y marido infiel*.)

importancia entre las que se han representado este mes es el Duque de Alba, drama escrito por D. Manuel Cañete.

El objeto capital que este distinguido poeta se ha propuesto en la concepcion de su obra, ha sido la pintura del carácter histórico del Duque de Alba, y todos los hechos que constituyen la intriga de este drama han sido creados con el solo móvil de poner en accion á tan esclarecido varon. Así no es estraño que cuando el Duque se retire de la escena, la accion haya parecido un tanto lánguida y los demas personajes desnudos de mayor interés; pero en cambio el noble carácter del héroe reproducido del modo mas digno y con los mas brillantes colores, nos ha inspirado alta y espontánea admiracion.

Todas las escenas de este drama estan escritas con gran inteligencia; nótase en los menores detalles y accesorios sumo tacto y delicadeza, franca lozanía en el diálogo, y la versificacion es singularmente lucida y halagadora.

El *Duque de Alba* es mas bien una obra poética para recrear blandamente la imaginacion que para conmover fuertemente el ánimo con enérgicos efectos teatrales. Sin embargo las últimas escenas son sumamente patéticas y exaltaron de tal modo el entusiasmo del público, que el autor fué llamado á la escena en medio de grandes aplausos.

Las decoraciones, trajes, etc. que se han estrenado en dicha representacion merecen los mayores elogios, tanto por su belleza como por su verdad histórica. La ejecucion por parte del D. Julian Romea y Doña Matilde Diez fué bastante satisfactoria, mas no podemos decir otro tanto de los demas actores.

Otra obra dramática representada en este mes en el mismo teatro y notable bajo mas de un concepto ha sido la tragedia sagrada del señor D. José María Diaz, intitulada *Jefte*, que á pesar de presentarse con el atractivo de los coros á semejanza de las tragedias griegas y romanas; á pesar de los bellísimos versos y grandes pensamientos de que está revestida, y sobre todo de la inimitable ejecucion del señor Latorre y de la señora Diaz, no ha podido atraer el público al coliseo tantas noches como otras piezas de menos importancia. Esto consiste principalmente en las grandes y sublimes dotes que se exigen justamente en la tragedia. Para calzar el coturno es preciso tener el pié de gigante, y el señor D. José María Diaz, poeta dulce, melancólico, de imaginacion sino de sentimiento, es un poeta mediado á quien sin embargo es acreedora la literatura contemporánea de los laudables esfuerzos que está haciendo de algun tiempo á esta parte para aclimatar en el teatro moderno la tragedia clásica que tan pocas raices ha echado siempre en nuestro suelo. No estrañe pues la derrota quien antes de

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

saltar la brecha tiene que pasar encima de tantos héroes como han sido derrotados en la misma empresa: tendidos yacen Argensola, Luyando, Moratin, Cienfuegos y Quintana.

Con otra sombra mas ilustre tenia que luchar tambien el autor de *Jefte*: con la del célebre autor de *Ifigenia*, cuyo argumento aunque tomado de la historia fabulosa, es tan semejante al de la historia sagrada, que tal vez este, escrito en el libro de los Jueces, el mas antiguo despues del Pentateucos, ha servido de base á la historia poética de la infortunada hija de Agamenon cantada por Homero. ¿Cómo era posible que el espectador inteligente dejase de recordar en la representacion de la tragedia de *Jefte* la obra maestra del inmortal Racine? ¿Y cómo era posible que la tragedia del señor Diaz pudiese resistir á tan natural como importuno recuerdo?

El principal defecto de *Jefte* es sin duda la crueldad y dureza de su argumento, en el cual se vé un padre sacrificando á su hija por cumplir una promesa imprudente, bárbara y repugnante á los ojos mismos de la divinidad á quien se ofrece: esta promesa concita naturalmente las iras del público contra su autor, y si se quiere presentar á este disculpable hasta cierto punto, las iras del público suben mas alto, y llegan tal vez hasta el trono de su divinidad. No se cometen por fortuna impunemente semejantes faltas de inmoralidad en las sociedades humanas.

Una de las cosas que mas han llamado la atencion del público madrileño en esta temporada, han sido las lecciones dadas por el señor Cubí en el salon amarillo del Liceo. Si hubiese alguno entre los innumerables lectores del *Siglo* en que tenemos la dicha ó la desgracia de escribir, que no hubiese oido jamás hablar del famoso Cubí, le diriamos que las tales lecciones eran sobre *frenologia* y sobre *magnetismo*, es decir, sobre dos quisicosas que probablemente ignoraria todo fiel cristiano, aun despues de tener uso de razon, sino hubiese creado la Providencia, con ese talento previsor que se descubre en todas sus obras, un catalan asaz entendido para hacer ver sin ojos, oir sin oidos, y gustar sin paladar, ó mas bien segun el gusto y sabor de una tercera persona, que se llama magnetizador.

Largo seria examinar una por una las esplicaciones que ha hecho el señor Cubí en el Liceo de esta Corte, y ocioso ademas el detenerse á refutar doctrinas que carecen de sólido apoyo y fundamento. Para dar una ligera idea de lo que llaman los frenólogos la *ciencia*, transcribiremos un párrafo de la cuarta leccion del profesor, que no necesita género alguno de glosas ni comentarios.

«Un almirante inglés en quien los órganos domésticos estaban desarrolladose, se hallaba á mucha distancia de su casa con una escuadra de tres navíos y una fragata envuelto en una densísima neblina. Próximas las pascuas de Navidad en las que por poco que se pueda, se reunen en el hogar doméstico todos los miembros de la familia, el almirante no pudo resistir la tentacion de ir á reunirse con la suya, y mandó dar la vela á la escuadra en medio de aquellas espesas nieblas.

El señor *Razon* en su congreso mental decia *no*, y ponia de manifiesto los casi seguros funestos resultados; el señor *Justicia* decia *no*, horrorizado del crímen que iba á cometerse poniendo tantas criaturas humanas en peligro de ahogarse; el señor *Benevolencia* decia *no*, estremeciéndose al ver que podria hacerse padecer tantos daños; tambien djieron *no* otros miembros, pero el grupo doméstico dijo *si*; y arrastrando á los demas órganos causó el naufragio de toda la escuadra y de todas las tripulaciones sin salvarse un hombre apenas. ¡Qué leccion tan sublime nos ofrece aquí la frenologia!?¡El ciego grupo doméstico, para satisfacerse así egoisticamente causó la intempestiva muerte del almirante, y por muchos años el desconsuelo y afliccion de toda su familia!»

Cuando de esta manera se habla á un pueblo entero, cuando las cosas mas sencillas y triviales se las reviste con tan ridículo aparato de fórmulas científicas, no puede uno menos de confesar, aunque en ello se lastime un tanto el orgullo nacional, que nuestro pais es uno de los en que por desgracia se puede cometer mas á mansalva el abuso de la credulidad pública.

Efectivamente; y esto prueba muy bien nuestro atraso. Solo en España pueden causar entusiasmo y hacer prosélitos en el dia esas doctrinas exageradas de frenologia y magnetismo, que hace mas de treinta años que estan sirviendo de pávulo á la sátira y al ridículo en Francia, Inglaterra y Alemania. No queremos con esto combatir ciertos principios reconocidos, demostrados y que forman parte de los estudios fisiológicos y anatómicos. Amantes de los progresos de la ciencia como el que mas, les tributaremos siempre un homenaje sincero y respetuoso. Pero entre aquellos, que (como todo lo cierto y todo lo bueno) son muy en corto número, y el monstruoso sistema con que se pretende hacer aplicaciones hasta á la economía política, hay una distancia respetable que no suprimiriamos jamás por todos los laureles y coronas que pueden tejer en los momentos de efervescencia las manos de todos los magnéticos, magnetizados y por magnetizar.

Y si esto pensamos acerca de la doctrina en sí misma, ¿qué diremos del profesor que la ha esplicado en los salones del Liceo? Una palabra sola: que el señor Cubí es el Doctor Dulcamara de la ciencia.

El dia 22 se verificó la solemne inauguracion de la Academia de Nobles-Artes. No faltan personas que se las prometen muy felices para esta nueva era en que aparece en España el arte, bajo los auspicios de una reforma cuyos resultados solo al tiempo corresponde señalar y apreciar debidamente. Nosotros no queremos meternos en *dibujos*, y mucho menos tratándose de materias artísticas, en que á fuer de francos y sinceros, debemos confesar que no nacimos para aventurar asertos ni escribir profecias. Creemos por lo tanto mas seguro decir lo que ha pasado, dejando á nuestros lectores en plena libertad de elegir *motu propio* entre el entusiasmo que deberá infundir á los inteligentes la idea de una completa restauracion, y la indiferencia que inspira en todas las cosas el sistema del *statu quo*, por mas que los conservadores opongan lo contrario.

No faltó una numerosa y lucida concurrencia, com-

© Biblioteca Nacional de España

puesta mayormente de las reputaciones científicas, lo cual demuestra que en nuestro pais no escasea entre las gentes del buen tono, el *laudable deseo de saber...* lo que pasa; deseo que algunos califican de curiosidad, y sobre esto no disputaremos, porque no somos amigos de cuestionar sobre meras palabras: el hecho de la concurrencia nadie lo negará, y eso es cuanto basta á nuestro propósito. Tampoco negarán los que hubieren asistido á esta solemnidad y hasta los que solo hayan tenido noticia de ella, que el señor Marqués de Falces pronunció un brillante y bien meditado discurso, donde se juzgaba á las artes bajo el mejor punto de vista. Si ha habido pues discurso y en él no se ha echado de menos el juicio correspondiente, ¿ qué es lo que ha faltado? Nada seguramente; las artes podrán tal vez no mejorar gran cosa con el discurso, ni necesitarian quizá de un nuevo juicio: pero bueno es que haya discurso y sobre todo juicio: siquiera porque en materia de artes, no vayan los estrangeros á tenernos por locos, diciendo que no tenemos pizca de juicio.

En prueba de lo contrario ahí está el discurso del señor Marqués, donde consta ademas que la rutina es perjudicial para las artes, y que el progreso nace directamente de la libertad y de la amplitud de las reformas. Si esto les pareciere poco á los estrangeros, para nosotros sobra con lo que tenemos y punto en boco.

De la misma manera pudiéramos juzgar del nuevo plan de estudios de la Academia, si en ello no se comprometiera nuestra circunspeccion y nuestra gravedad, cualidades de que no nos despojamos nunca cuando median asuntos sérios y trascendentales. Así diremos con la mayor formalidad que no nos disgusta el plan, y que si bien le consideramos susceptible de grandes mejoras, no es enteramente malo; y en medio del grande atraso en que se encuentra España con respecto á las demas naciones, siempre vale algo tener un reglamento á que atenerse, cuando antes carecíamos de él completamente, y no se podia estudiar ni bien ni mal; ahora siquiera podremos estudiar mal, lo cual siempre es un adelanto. Repetiremos pues, que en nuestra opinion, el plan bastará por ahora. En cuanto al porvenir, seremos un poco mas exigentes, ó por mejor decir, será mas exigente el movimiento mismo de las artes, que no puede sujetarse á las leyes arbitrarias de un cuerpo esclusivo. Las Academias consideran siempre al arte bajo un aspecto absoluto; error notable porque en materia de artes hay tantos modos de ver, tan variadas y diversas teorías que es imposible señalar al ingenio un carril del cual no pueda apartarse.

Por tanto la Academia debe concretarse á ser severa en en la parte científica y dar á la artística, toda amplitud, toda libertad, pues de esta libertad saldrá, lo esperamos, el nuevo arte español.

En conclusion diremos, que el gobierno tanto en acordarse del arreglo de este abandonado ramo, cuanto en la designacion de los profesores, ha dado una muestra de que no le son indiferentes los progresos del arte: con especialidad en este último punto merece los mas cumplidos elogios. Despojándose por un momento de ese instinto de errar que tan comun suele ser en nuestros ministerios cuando se trata de la eleccion de personas, ha buscado á cada profesor para la clase que mejor podia desempeñar. Si es cierto, como aseguran sugetos bien informados, que á semejante eleccion ha presidido el consejo del señor Gil y Zárate, desde luego le tributamos nuestro agradecimiento en nombre del porvenir artístico de nuestro pais en que tanto creemos deber interesarnos.

JEROGLIFICOS.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

La Araucana es conocida entre los poemas épicos.

N. 8.º

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España